



SERIE
**Walker Segunda
Generación**
Vol. 4

EL COLOR DEL *Impulso*

De la autora de las series «Hermanos Walker» y «Resiliente»

Marcia D M

EL COLOR DEL IMPULSO

WALKER SEGUNDA GENERACIÓN

MARCIA DM

Copyright © 2024 by Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas a menos que se haya comprado una copia por separado. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso escrito, excepto en el caso de citas breves en artículos críticos y revisiones este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, son usados de manera ficticia y no debe ser interpretado como real. Cualquier parecido con hechos reales, lugares, organizaciones o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

A mis lectoras, este libro es suyo.

ÍNDICE

1. [Bernardo](#)
2. [Bernardo](#)
3. [Bernardo](#)
4. [Harriet](#)
5. [Harriet](#)
6. [Bernardo](#)
7. [Harriet](#)
8. [Bernardo](#)
9. [Harriet](#)
10. [Bernardo](#)
11. [Harriet](#)
12. [Bernardo](#)
13. [Harriet](#)
14. [Bernardo](#)
15. [Harriet](#)
16. [Bernardo](#)
17. [Harriet](#)
18. [Bernardo](#)
19. [Harriet](#)
20. [Bernardo](#)
21. [Harriet](#)
22. [Bernardo](#)
23. [Harriet](#)
24. [Bernardo](#)
25. [Harriet](#)
26. [Bernardo](#)
27. [Harriet](#)
28. [Bernardo](#)
29. [Harriet](#)
30. [Bernardo](#)
31. [Harriet](#)
32. [Bernardo](#)
33. [Harriet](#)
34. [Bernardo](#)
35. [Harriet](#)
36. [Bernardo](#)
37. [Harriet](#)
38. [Bernardo](#)
39. [Harriet](#)
40. [Bernardo](#)
41. [Harriet](#)
42. [Mason](#)
43. [Harriet](#)
- [Epílogo](#)

[Bonus 1](#)

[Postfacio](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Marcia DM](#)

SINOPSIS

Imagina un mundo en el que el éxito y la fama no pueden llenar el hueco en tu corazón.

A los veintisiete años y con una crisis existencial en pleno apogeo, Bernardo Walker descubre que la vida perfecta que ha construido carece de algo que él considera esencial, pero que aún no sabe qué es.

Premios, reconocimiento, viajes... Nada de eso logra colmar ese espacio vacío en su pecho.

Todo cambia inesperadamente cuando una intrépida bandida roba su cámara, su herramienta fundamental de trabajo, y Bernardo comienza una búsqueda implacable, convirtiendo el robo en la misión de su vida. La obsesión crece, pero no importa, porque la bandida, Harriet, aparece en escena, desafiante y combativa, con una vida difícil a cuestas.

Ella, una chispa de caos en su existencia se convierte en la respuesta a los problemas de Bernardo y en la solución a sus nuevas necesidades.

Él se sumerge en su vida como un salto a la piscina, pero se encuentra con un vacío inesperado. Choca contra la dura realidad, vulnerable y desprevenido, pero de ese impacto surge una historia de amor que desafiará todas las expectativas.

CAPÍTULO 1

BERNARDO



Robo una copa de champán de la bandeja de la camarera y le lanzo un guiño para que no me considere un grosero, ella sonríe tímidamente y desaparece entre los invitados.

El contenido baja rápidamente por mi garganta, más rápido de lo normal, y es que a pesar de todos mis años de experiencia, todavía no puedo tomar fotos con una sola mano y no hay tiempo que perder.

Patético, lo sé, pero es mi secreto mejor guardado.

Dejo la copa en una mesa vacía y continúo con la tarea que me pidió mi madre, la anfitriona de este evento de caridad.

«Las fotografías del gran Bernardo Walker serán vendidas para donar el dinero al refugio de mujeres de San Francisco».

Quizás no dijo específicamente «el gran Bernardo Walker», eso lo digo yo, el gran Bernardo.

También me llaman Berny, Nando y Buenardo mis amigos cuando se burlan de mí. Soy multifacético.

Acepté esta misión porque honestamente no tengo nada mejor que hacer, decidí tomarme el verano de descanso para pasar tiempo con mi familia, amigos y quizás agregar un par de sesiones de terapia a mi agenda para arreglar un pequeño tema que ronda incómodamente por mi cabeza.

Nada grave.

De verdad, es una tontería.

Algo insignificante, una hormiguilla molesta escarbando mi cerebro.

Algunos lo llaman dramáticamente «crisis existencial», yo lo llamo un tropezón sin caída.

Dos señoras de pelo *muy* corto y *muy* blanco se acercan y se ponen delante de mí, posando elegantemente, esperando que el payaso les saque la foto.

Ahhh... Esto lo hacía a los quince porque quería el dinero para comprarme una cámara mejor y ahora tengo que hacerlo a los veintisiete porque mi nombre es reconocido y todos quieren tener una foto de B.W.

Qué vida tan abrumadora la mía.

Mi padre aparece detrás de mí, con un traje azul y un gesto cómplice que me dice que me entiende, él no es muy de fiestas elegantes como esta, sus tatuajes definitivamente resaltan en un lugar tan chic.

Los míos también, la diferencia entre él y yo es que los míos no se asoman por debajo de la camisa, ni se apoderan de mis manos.

Aún no he llegado a ese punto.

—Tu madre te está agradecida —dice apoyando una mano pesada sobre mi hombro.

—Lo sé, lo sé...

Mi padre mira hacia un lado y luego al otro, después se acerca a mi oído.

—No te lo tomes tan en serio, disfruta un poco de la fiesta.

—Esto no es una fiesta —gruño recordando el aburrimiento—, la única razón por la que estoy aquí es por esas mujeres que necesitan ayuda.

—Tu madre te crio bien —dice mi padre mirándome a los ojos.

—Lo sé, apesta, soy tan moralmente correcto...

Se ríe y guarda sus manos en los bolsillos.

—¿Dónde está mamá?

—La perdí hace media hora cuando una horda de mujeres la arrinconaron para pedirle consejos —dice a regañadientes.

Mi padre se retiró hace unos años ya y desde que tiene el doble de tiempo libre, vive pegado a mi madre todo el día como una ventosa, es más, me atrevo a decir que mi madre se escapó a propósito.

Pasa un grupo de jóvenes riendo y levanto la cámara para tomar una foto.

—Iré al otro extremo del salón, todavía no he rondado por ahí.

—No me dejes... —susurra mi padre con apuro—, que si no tengo que lidiar con...

—¡Walker! —grita un hombre de pelo blanco y mil años.

—Joder... —gruñe mi padre por lo bajo apretando sus dientes, luego procede a enmascarar una sonrisa y murmura—: Sálvate, corre...

Me alejo de mi padre con una carcajada y me escabullo entre la gente.

La música de fondo es un jazz de esos de ascensor, el bullicio lo cubre un poco, pero no lo suficiente.

Le tomo una foto a una señora que busca algo en su cartera con un poco de ansiedad.

—Señora, ¿está todo bien? —pregunto acercándome.

—Juraría que lo tenía... —murmura.

—¿El qué? —Me detengo a su lado, le saco tanta altura que ni intenta conectar con mis ojos. Son de un verde hermoso, ella se los pierde.

—Un broche de oro, lo tenía en mi cartera, quería ponérmelo cuando me tomaras la foto.

Miro al suelo y a nuestro alrededor.

—¿Quizás se le cayó?

Cierra la cartera y mira mi cuello con una expresión de autosuficiencia.

—Probablemente siga en mi cómoda, no te preocupes, gracias. —Me sonrío y sigue su camino.

Por estas cosas debes hacer ejercicio todos los días, Bernardo, la memoria es lo primero que se pierde.

Miro los techos altos de este lugar elegante, de allí cuelgan unos candelabros del estilo del Fantasma de la Ópera y tomo aire profundamente, agradecido por la amplitud.

¿Lugares pequeños? No, gracias.

Así estoy bien. Necesito poder moverme.

Un destello hacia la derecha roba mi atención y me aleja de mis pensamientos claustrofóbicos. Allí, en un rincón, hay una mujer de vestido negro con brillos, no es el vestido más despampanante que haya visto en mi vida, pero debo confesar que le sienta muy bien.

Demasiado bien.

Lo combina con su pelo chocolate, liso y largo, tan largo que casi le llega a la espalda baja.

¿No le molesta tener el pelo tan largo?

Ah, ahí está mi respuesta, ella busca recogerlo como lo haría una futbolista en medio del partido, pero luego parece recordar que está en una gala y lo deja caer otra vez.

Parece estar atrapada en su propia piel, puede ser el vestido ajustado al cuerpo o los zapatos con tacón de aguja, yo estaría igual de incómodo con todo eso.

Es más, los zapatos que yo llevo me dejan a ras de suelo y, aun así, los odio, no quiero imaginar tener los tobillos a merced de un alfiler.

Levanto la cámara y apunto hacia ella, quizás haciendo más zoom de lo habitual, para ver detalles que desde aquí no puedo ver.

Todo fotógrafo tiene un lado espía.

¿Qué? ¡Espía suena mejor que acechador!

Su nariz es pequeña, su maquillaje le crea unos ojos penetrantes, las cejas más oscuras que su pelo, pero hace poco aprendí que las mujeres se maquillan las cejas también, así que puede tener que ver con eso.

La carrocería delantera y trasera son óptimas, equilibrada para el cuerpo pequeño que tiene.

Hago un poco más de zoom y le miro los pies.

No, no sacaré fotos de ellos, ese es un mercado demasiado trillado ya. Pero sí puedo apreciar que son pequeños, así que esos tacones le dan una altura completamente falsa, a mí no me engaña.

Se apoya sobre un pie como los flamencos y masajea su tobillo.

Definitivamente, está padeciendo esta fiesta.

Disparo la cámara, una, dos, tres, cuatro, cinco... Bueno, *seis veces*.

La mayoría son fotos de su perfil, definido, con un cuello fino y elegante.

Pero... No, aquí hay gato encerrado, puedo darme cuenta de que ella no encaja, ella es una chica urbana atrapada en su peor pesadilla.

Aquí faltan zapatillas, quizás un gorro de lana negro, sí, puedo visualizarla con ese atuendo.

—¡Berny! —grita mi madre distrayéndome—. ¿Podrías sacarme una foto con mis amigas nuevas? —pregunta rodeada de mujeres de al menos el doble de su edad.

Sonrío y camino hacia un contingente de arrugas.



CUARENTA FOTOS DESPUÉS, vuelvo a recorrer el salón.

Ya puedo notar que a esta hora la gente está más suelta, ergo, borracha; te tocan, te hacen chistes malos, flirtean contigo inclusive con el marido a su lado... Sí, el control se fue a la mierda.

Un señor se hace el gracioso haciendo chistes machistas y los otros se ríen a carcajadas, yo disimuladamente camino hacia la dirección contraria.

Lo de la fotografía surgió cuando mi padre me llevó por Europa la primera vez y allí entendí que existía el ángulo.

Intentaré explicarme mejor:

Como fotógrafo, siempre me fascina la manera en que los ángulos de la cámara pueden transformar completamente una imagen. Al igual que en la vida, cada ángulo ofrece una perspectiva única y nos permite ver el mundo desde diferentes puntos de vista.

Cuando elijo un ángulo contrapicado, colocando la cámara cerca del suelo, me encuentro con una visión inusual pero cautivadora. Las líneas convergen desde abajo hacia arriba, dando una sensación de grandeza y poder. Es como mirar el mundo desde la base misma, recordándome que incluso las cosas más grandes tienen sus raíces humildes.

Por otro lado, cuando cambio a un ángulo picado, mirando desde arriba hacia abajo, la vista se transforma por completo. Las líneas se despliegan ante mí, revelando patrones y detalles que pasan desapercibidos desde el nivel del suelo. Es como tener una vista panorámica de la vida, viendo cómo se entrelazan todas las cosas desde una perspectiva elevada.

Y después está el ángulo más común, la lente a la altura de los ojos, que captura la vida tal como la vemos a diario. Este ángulo nos da una sensación de familiaridad y cercanía, pero a veces también puede limitar nuestra percepción. Es importante recordar que, al igual que en la fotografía, cambiar de ángulo en la vida real puede abrirnos a nuevas experiencias y entendimientos.

En aquel entonces mi padre me prestó su cámara, la que después terminó siendo mía (lo siento, papá) y comencé a disparar.

Inmediatamente después hice un curso intensivo, pero lo más jugoso lo aprendí en YouTube, de fotógrafos que se apasionaban por explicar los trucos que aprendieron durante su carrera.

Después, lo bonito pasó a ser aburrido, no era suficiente, necesitaba acción, drama y misterio. Por eso, viajé a África a un safari de lujo y me di el gusto de captar los momentos más críticos en la vida de un animal.

Ahí encontré la cúspide del placer.

Tuve la suerte de llamar la atención de National Geographic y no por ser un semental, sino por sacar fotos que terminaron nominadas.

Hago esto desde hace muchos años ya, por eso, sacar fotos a un grupo de ancianos no sería el pináculo de mi carrera. Pero debo recordarme que esto no es mi carrera, esto es para mi madre y sus causas.

Ella me crió para ser un hombre de bien, para que no camine por la calle como si fuese el único ser humano en el planeta, para ceder el paso, para conducir sin mirar el maldito móvil como un zombi idiota que no puede dejar de mirar una pantalla, aunque mi vida (y la del resto)

esté en riesgo.

Tomo aire.

Lo suelto.

Intento ser un buen samaritano, lo intento, pero la estupidez humana a veces me saca de mis casillas.

Detrás de mí escucho un suspiro irritado, casi me río en voz alta porque puedo sentirme identificado con ese lenguaje.

El «suspirongo».

El suspirongo es un lenguaje versátil, puede ser simplemente una necesidad de cambiar el aire, para obtener paciencia, para expulsar irritación como hizo la persona detrás de mí, para estar en desacuerdo, para decir que estás enamorado, para pedirle «al de arriba» que te dé un minuto de silencio, para coger aire después de un movimiento brusco, para encontrar equilibrio emocional...

Puedo seguir.

Me doy la vuelta con una sonrisa y para mi sorpresa, la chica urbana está detrás de mí con una cara de irritación que da miedo.

—Los esnobs son una pesadilla, ¿verdad? —Está de brazos cruzados, su bolso es más grande que su cabeza y puedo ver que pesa para su hombro.

Este ángulo superior definitivamente la favorece tanto como el lateral, qué interesante.

—¿Crees que aquí son todos unos esnobs? —pregunto levantando la cámara, tomo una foto rápida.

Pobrecilla, cree que yo no soy parte de este grupo solo por ser el fotógrafo de la fiesta.

—Estoy segura —dice mirando sobre mi hombro—, ¿qué anciana quiere ponerse un vestido largo y usar tacones? No las que yo conozco, eso te lo garantizo.

—Puede ser, pero también puede que hagan un esfuerzo para ayudar con la causa de esta noche —explico con una sonrisa angelical.

Ella cambia el peso de un pie a otro, se sostiene de mi brazo y se masajea el tobillo otra vez como antes. Miro su mano con curiosidad, le queda bien a mi antebrazo.

—Vamos, que quienes de verdad necesitan el dinero nunca ven un centavo de lo que esta gente paga —dice con mucha determinación. Es de opiniones fuertes, al parecer.

No sonrías, no dijo nada gracioso, joder.

—¿Qué propones como solución, entonces?

Ella vuelve a pararse sobre sus dos pies y cruza los brazos, luego vuelve a acomodar el bolso pesado en su hombro.

¿Qué demonios lleva ahí? ¿Ladrillos?

—Involucrarse, es tan simple como eso —explica—, esta gente cree que tirar dinero a los pobres como si fuésemos strippers en un escenario de mala muerte es suficiente, pues no.

Me río ante la imagen poco ética de un sintecho bailando en una barra.

No, Bernardo, ¡no!

Un momento, ¿fuésemos?.

—¿Qué haces aquí si odias a este tipo de gente?

—Lo mismo que haces tú, trabajar. —Vuelve a sujetarse de mi brazo y se acomoda el otro pie, mientras murmura palabras de odio relacionadas con las modas y estupideces estéticas que se rigen en esta sociedad.

—Oh... Claro —levanto la cámara—, soy el fotógrafo de la fiesta.

Ella me mira como si acabara de cantar una canción al revés para demostrar que es

demoníaca.

Podría, depende de la canción, pero no es el momento de poner eso a prueba.

—¿Paga bien este trabajito? —pregunta señalando la cámara con su barbilla.

¡¿Trabajito?!

Viajar hasta los confines del mundo, esperar en medio del ártico durante horas a que un maldito pingüino se digne a caminar delante de mí y tropezar adorablemente, no es solo un trabajito, señorita.

—Paga bastante bien —digo en lugar de mi pensamiento, recordando mi piso en San Francisco, el coche, los viajes privados..., la cuenta de banco.

Ella acaricia la solapa de mi traje, sintiendo la tela entre sus manos y asiente como si eso la convenciera de mi declaración.

Nunca conocí a alguien tan hostil que *no* me cayera mal.

Jareth quizás sea la excepción, él no tiene la capacidad de caerle bien a nadie, pero yo veo su lado agradable.

Ángulos, eso es todo.

—Un gusto, fotógrafo —dice exhalando sus palabras con cansancio—, nos vemos por ahí, ¿vale?

Y se aleja, sin decirme qué es lo que hace en esta fiesta.



UNA HORA después me encuentro buscándola, quizás inconscientemente, entre los rostros de las mujeres de esta fiesta.

Fue el único momento de la noche donde me divertí y es normal, por no decir natural en mí buscar placer constantemente.

Después de sondear en cada rincón del salón, me doy por vencido y sigo tomando fotos, saludando gente que me reconoce y bebiendo.

Palabra clave, bebiendo.

La foto que tomo es de dos señoras riendo a carcajadas, siempre me gusta tomar retratos de gente pasando un buen momento. Reviso la imagen en la cámara, sonriendo al recordar sus risas cuando les dije señoritas en vez de señoras.

Entonces miro detrás de ellas, tras una de las puertas de cristal que da a un balcón, un destello.

Uno que reconozco inmediatamente.

Te tengo.

Entusiasmado camino hasta allí y la encuentro mirando hacia la oscuridad de la noche, no hay mucho que ver, ya que las frondosas copas de los árboles bloquean la vista de la ciudad.

—Estos pijos sí que saben elegir lugares para sus fiestas... —murmuro mientras me coloco a su lado.

Me gusta esto de pretender que no soy parte de esta calaña de personas.

Ella se sobresalta y mira de soslayo hacia mí, reconociéndome inmediatamente. Parece relajarse.

—Conozco lugares con mejores vistas —decreta mirando hacia la oscuridad.

Mis ojos rondan por el cielo, San Francisco siempre tiene el cielo nublado, ver una estrella es tan único como ver una nave espacial con alienígenas azules musculosos.

Dejo la cámara sobre la barandilla de cemento y apoyo mi codo sobre la misma.

—Creo que tienes razón, San Francisco podría lucirse más en otros lados. ¿Qué haces aquí fuera?

—Estoy en mi descanso —explica, y pasa a apoyar sus codos como yo, dejándonos a la misma altura.

Me tienta mirar hacia atrás, estoy seguro de que su trasero se ve increíble en esa pose.

Estas son las cosas que me dicen que ella no está acostumbrada a usar esta ropa, con un pantalón sería diferente.

Creo.

—Nunca me dijiste qué es lo que haces aquí...

—No —responde. Me mantengo en silencio esperando la respuesta—. ¿Tus padres estuvieron presentes en tu vida?

Su pregunta hace que junte mis cejas, no la vi venir.

—Eh... Sí, bastante.

—¿Los dos por igual?

—Tal vez mi padre más, se jubiló temprano.

—Qué suerte. —Me mira de soslayo analizando mi rostro, cada centímetro—. Debe ser bonito.

—Lo es... Bueno, mi madre dice que siempre fue un hombre atractivo, yo creo que es un semental de pura cepa.

Eso la hace reír y me gusta saber que saqué un pensamiento probablemente abrumador de su cerebro.

—¿Y tú qué eres? —cambia de posición para mirarme de frente.

Imito el movimiento.

—Yo soy adorable, ¿no crees?

Vuelve a reírse.

—Sí que lo eres. ¿Y qué crees que soy yo?

Doy un paso más cerca, disimuladamente, claro.

—Un ser tan extraordinario que estoy considerando iniciar un culto a tu figura.

La mujer frente a mí de ojos almendra y pelo largo se ríe con una mirada cómplice.

—¿Te suele funcionar esa frase para conquistar mujeres?

—No lo sé, dímelo tú, es la primera vez que la uso.

—Creo que podrías hacerlo mejor. —Se yergue y descansa su espalda en la barandilla.

Yo me pongo frente a ella, olvidando por completo la fiesta de detrás.

Acomodo mi garganta exageradamente.

—Aparte de robarme el aliento, ¿qué haces para ganarte la vida?

—Ya la escuché antes.

—Qué público más difícil, está bien, me gustan los retos. ¿Eres un alienígena? Porque acabas de abducir mi corazón.

—Ah, esa fue muy cursi.

—¿Es tu nombre wifi? Porque siento una conexión muy fuerte entre los dos.

Una carcajada brota de su garganta y se sostiene de mi hombro para no tropezarse con esos tacones.

—Esa sí me gusto. —Su risa se difumina lentamente y yo la observo con orgullo.

No era mentira cuando dije que era un público complicado.

—Funcionaron, ¿no?

—Sí, has captado mi atención, fotógrafo.

Eso es todo lo que necesito para dar un paso adelante y sorprenderla con un beso.

Al principio se tensa, pero poco a poco cede y se pierde en la sensación.

El beso es cálido a pesar de que sus labios están fríos y sostengo su nuca para atraerla a mí y besarla intensamente.

No es que hubiera olvidado la sensación de besar, pero cuando pasas tanto tiempo en un ambiente salvaje, digamos que no hay mucho espacio para la seducción.

Consejo: nunca te bajes los pantalones en medio de la selva.

Envuelvo su cintura, sintiendo la textura de su vestido de brillos e inclino la cabeza para besarla con profundidad.

Ella gime en mi boca, despertando algo en mí y la presiono contra la barandilla para sentir su cuerpo contra el mío.

Es ella quien rompe el beso para tomar aire. Sus ojos almendra me miran casi liados, como si no pudiera entender qué demonios acaba de pasar.

—Yo tampoco lo entiendo —digo recuperando el aliento—, pero si eso fue un beso...

—Qué será lo demás.

—Exacto.

Vuelvo a besarla con más soltura, con más pasión, con más ímpetu.

Lo que daría por follarla aquí y ahora.

Mi mano se desliza por su espalda y disimuladamente llego a su trasero, apoyando mi mano allí casi con miedo.

Pero esta chica misteriosa vuelve a sorprenderme, haciendo lo mismo con el mío.

Quiero sonreír, ninguna mujer me tocó el culo mientras me besaba.

Ahora lo rompo yo.

—Ven a mi piso —imploro—. Prometo no ser un psicópata, solo un hombre muy, muy, *muy* caliente, que te encuentra muy, muy, *muy* atractiva.

Sonríe y asiente.

—Está bien.

—¿Sí? —wow, pensé que tendría que convencerla—, genial, espérame, iré a decirle a mi...

Oh, joder... No sabe quién soy.

Y no puedo llevarla engañada a la cama, mi código moral inventado no me lo permite.

—Oye —rasco mi nuca—, hay algo que no te conté.

—Tienes novia.

—No.

—¿Esposa?

—Tampoco.

Ella arquea una ceja.

—...¿Novio?

—No... Es verdad que soy el fotógrafo de esta fiesta, pero no soy cualquier fotógrafo, mis fotos aparentemente son algo grande —explico pretendiendo ser humilde— y estoy hoy aquí trabajando para la caridad, la gente paga mucho dinero por ellas.

Ella me escucha y escucha.

Su rostro neutro, no puedo leerlo.

—Eres reconocido.

—Sí —media sonrisa—, solamente lo digo porque no quiero que pienses que...

—Que eres un fotógrafo normal.

—Claro, bueno no, no usaría esas palabras exactas, pero...

—No te preocupes.

Eso dice, pero no estoy convencido.

—Te prometo que no soy un pijo más de toda esa muchedumbre.

—Entiendo.

—Dices entiendo; sin embargo, tu lenguaje corporal dice otra cosa.

Ella se acerca a mí y deja un beso en mis labios.

—¿Qué tienes que hacer ahora?

—Mi madre es la que organizó este evento, solo le diré que ya tomé suficientes fotos, ¿me esperas?

—¡Claro! Ve.

Me giro sobre mis talones y me detengo.

—¿No te moverás de aquí?

—Noo, ¡ve!

—Mira que mi corazón es muy sensible.

—¡Ve, fotógrafo! Antes de que me arrepienta.

Sonrío y entro a la fiesta, encuentro a mi madre a pocos metros.

—Mamá...

—Sí, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te vi succionarle la cara a esa chica, el resto de los invitados también, por cierto.

Ve, Berny.

Me río sin aclarar nada y dejo un beso en su frente.

Vuelvo al balcón listo para llevarla, pero... ¿Qué cojones?

No solo falta ella, sino que tampoco está mi cámara.

Miro hacia un lado y hacia el otro, ¿a dónde demonios se fue?

CAPÍTULO 2

BERNARDO



C amino por la calle Hyde, mis manos en los bolsillos de mi cazadora, es junio y la ciudad no se ha enterado de que estamos en verano, especialmente cuando cae el sol y con él la temperatura.

Ayer llegué de Dallas, después de un intento fallido de visitar a mi primo, Astor *Desaparecido* Walker. Buscaba a alguien con quien poder hablar de los últimos dramas que acontecen en mi vida, pero cuando vi a mi primo y su salud mental tan al borde del colapso tuve que olvidarme de todo y enfocarme en él.

Obviamente, desde que consiguió reconectar con Azul, su gran amor de la infancia, yo pasé a ser un personaje secundario de su vida, pero ya vendrá a llorar otra vez a mí cuando tenga otra crisis.

Al menos mis tíos me agasajaron unos días, hasta que decidí volver a mi ciudad.

Entro al pub Rose & Wolf, desde la calle no se escuchaba nada, pero dentro está abarrotado de gente, todos los que salen de las oficinas vienen aquí a ahogar el estrés del día.

Las paredes están adornadas con paneles de madera oscura y elegantes detalles de época. La iluminación tenue genera una atmósfera íntima, resaltando los detalles cuidadosamente seleccionados por su dueño, Finn, como los candelabros de hierro forjado y las reproducciones

de obras de arte británicas.

Detrás de la barra principal, pulida y reluciente, se encuentra Finn, un irlandés que adoptó a San Francisco como su ciudad natal hace unos años, lo miro para saludarlo, pero está entretenido hablándole a una muchacha que parece muy interesada en él.

Camino a la mesa de siempre, una recluida en el fondo del pub, donde no hay tanta gente hablando a gritos, allí me esperan los tres hombres más extraños, egoístas y opuestos entre sí que conozco.

Mis amigos.

Durante el colegio creamos un fuerte vínculo. Los cuatro veníamos de familias poderosas, algunos más que otros, pero nos unía algo: el dinero, el sex appeal y la PlayStation.

Hoy ya no tanto, Archie cambió la Play por culos operados, Alex por la obsesión al trabajo y Jareth, bueno, Jareth es un caso aparte, él sigue siendo el mismo muchacho oscuro y cruel que era en el colegio, lo quiero igual.

Nuestras personalidades fueron mutando y, aunque a ninguno le preocupa llegar a fin de mes, tampoco le preocupa cuántos millones hay acumulados en su cuenta de banco.

Bueno, Alex quizás sea un poco así.

Los tres ya están aquí, los identifico rápido entre la gente.

Soy conocido por llegar tarde a todos lados, así que nadie se sorprende cuando me deslizo sobre la silla de cuero y apoyo mis codos sobre la mesa media hora más tarde de la estipulada.

El tiempo es una construcción social, dice mi tío Luca y yo me lo tomo en serio.

Los tres me ignoran completamente y siguen hablando de sus negocios.

Jareth, Alex y Archie.

¿Los tres mosqueteros o los tres chiflados? Todavía no lo tengo decidido.

—Es un suicidio económico, la gente no vale la pena —dice Jareth con su cara permanente de pocos amigos.

Lo quiero tanto.

Jareth es el más amargado de los cuatro, según él, nació así, con el corazón negro. Yo todavía no estoy seguro, sostengo que alguien se lo oscureció.

¿Su padre, quizás? Recuerdo que no tenían una buena relación.

Jareth carga con lo que denomino un rostro aristocrático, de facciones afiladas, elegantes, pelo negro noche con el corte del momento, ojos bien definidos, oscuros y penetrantes. A veces me cuesta sostenerle la mirada durante mucho tiempo, siento que puede ver todos mis más oscuros secretos y probablemente los use como moneda de cambio si es que algún día nos hacemos enemigos.

Coge su vaso de whisky sin hielo, porque, según él, el hielo es para cobardes, y le da un trago, enfatizando su declaración.

—Según mi cabeza de Recursos Humanos, eso podría hacernos atractivos —responde Alexander, Alex para los amigos—. Ya no puedes maltratar al empleado, necesitas hacerle sentir cómodo para que rinda.

Alex comenzó una aplicación dirigida a las personas que son obsesas del ejercicio; no solo te guía, sino que tienes asesoramiento online de nutrición y no sé cuántas cosas más. Probablemente están hablando de eso.

—Tener el mejor seguro médico te hace atractivo, no tener kombucha en la nevera de la oficina... —bufa exageradamente—. Al final del día, eres tú quien debe tomar una decisión, quién soy yo para asesorarte si tan solo soy un *asesor de compañías*.

Alex chista por lo bajo y me mira de la misma manera que mira a alguien que no termina de

caerle bien. Si no lo conociese mejor, me sentiría insultado.

—Nunca creí que iba a preguntarte esto, pero ¿por qué esa cara? —cuestiona analizando mi rostro, sus ojos ámbar se mueven sobre mí.

Alex solía ser jugador de rugby, por ende, su cuerpo es masivo, pesado y gigante.

Sí, su nariz sigue rota después de no sé cuántos años.

—¿Esta? —señalo con el dedo mi rostro—, es la que me dieron mis padres.

Jareth niega con la cabeza, pero Archie se ríe.

Archie es el más infantil de los tres, quizás deba tener eso en cuenta si es el único que se ríe de mis chistes.

—Sí, ya te quieres ir, ¿no? —cuestiona Alex.

—No, y todavía no tengo ningún proyecto —levanto la mano y Finn asiente, no necesita que le diga qué quiero, somos asiduos aquí—, me quedará unos meses a descansar.

—Al fin tendré alguien con quien salir, estos dos viejos nunca quieren ir de fiesta conmigo —dice Archie deslizándose su pelo liso hacia atrás como si fuese una publicidad de champú, eso hace que note que el pelo le creció tanto que lo tiene más largo que yo y eso que lo tengo a la altura de los hombros.

—Eso es porque te emborrachas como un niño —gruñe Jareth—, y si sobrio eres insoportable, imagínate balbuceando recuerdos que tienes con la niñera.

Archie pone una mano en su corazón.

—Me ofendes, y todos recordamos a mi niñera con cariño, tú especialmente.

—Que te jodan —devuelve Jareth.

Pero Alex no piensa soltar el tema.

—Repito la pregunta, ¿por qué la cara?

Encojo mis hombros.

—Supongo que solo estoy cansado.

Eso hace que suelte un poco y lo deje pasar.

Finn aparece con una Guinness hermosamente presentada y la deja delante de mí.

—¿Bien, Bernardo? —*Es un hombre de pocas palabras.*

—Bien —le respondo y me da una palmadita en mi hombro, gira sobre sus talones y se retira.

—¿Cómo le fue a Bianca con el evento? —pregunta Archie.

Interrumpo el primer sorbo de mi cerveza con impaciencia.

—No hagas eso, no la llames Bianca como si fuerais amigos íntimos.

—Ese es su nombre, ¿no? —Sonríe con suficiencia.

—Sí, pero es raro que la llames así —digo por lo bajo—, y le fue bien, excepto que la recaudación extra del evento se esfumó.

—¿Se esfumó? ¿Cómo? —pregunta Alex uniéndole sus cejas oscuras en medio de su frente.

—Me robaron la cámara.

—¿Qué coño? ¿En una gala? —Jareth se muestra indignado—. Está claro que la clase alta ya no es lo que era.

Encojo mis hombros.

—Lo que ocurrió fue lo siguiente...



—LLAMA A LA PUTA POLICÍA —ordena Jareth—, esa chica debe ir presa.

—Vamos, Jar, que no es tan grave.

Mi amigo levanta las cejas hasta la línea de su pelo casi.

—Coincido con Jareth, esa cámara debe estar valuada en ¿cuánto? ¿Quinientos mil dólares?

—pregunta Archie.

—Ni hablar de cada foto en la tarjeta de memoria —agrega Alex.

Yo le doy un sorbo a mi cerveza y la apoyo sobre la mesa, todos lo hacemos, excepto Jareth que usa un posavasos, obviamente.

—Sí, pero presiento que ella necesita ese dinero más que yo.

—Era guapa, ¿verdad? —pregunta Archie con una ceja arqueada.

Eso influye mucho también.

—Lo era, y besaba muy bien, sus labios...

—Vale, sí, ya entendimos —interrumpe Jar, odia hablar de intimidades—, entonces, ¿qué harás?

—Nada.

—¿Nada? —preguntan los tres al mismo tiempo.

¿Qué pretenden que haga? ¿Que contrate un investigador privado y la rastree por todo San Francisco, si es que sigue en esta ciudad?

—Sí, que se la quede, seguramente le sirva el dinero.

—Nah, déjame decirte qué tienes que hacer, Nando —dice Archie acomodándose sobre la mesa, su sudadera negra Armani está arremangada hasta los codos—. Tienes que buscar esa cámara en internet, seguro que la publica en alguna plataforma de compra-venta.

—No lo creo...

—Todo el mundo publica en Craigslist, si buscas bien, seguro que ya está ahí —agrega Alex. Los miro a los tres completamente perdido.

—¿Y qué hago cuando la encuentre?

Jareth masajea sus ojos mientras suelta aire por su nariz.

—Se la compras, Buenardo, se la compras, así tú recuperas la cámara y ella recibe algo de dinero, aunque si yo estuviese en tu lugar la enviaría derecho a la cárcel.

Pongo cara de asco.

—Pobre la persona que intente robarte alguna vez.

Jareth encoge sus hombros restándole importancia a su declaración.

Archie continúa:

—Es la mejor opción que tienes, todos contentos. —Levanta la mano y llama a Finn, luego pregunta—: Otra ronda, ¿no?

Mientras la conversación se desvía, yo me quedo pensando en esta nueva alternativa que se me presentó. De golpe entiendo la razón de por qué me junto con estos sátrapas, tienen desarrollado el hemisferio izquierdo del cerebro.

Yo uso más el derecho.

Es curioso cómo todo este plan me emociona un poquito, es una aventura nunca antes explorada por este hombre. Me han robado, sí, mil veces, pero nunca me interesó ver al ladrón después del suceso.

Ahora pienso en ese rostro y reconozco que tengo un poco de emoción por verla otra vez.

¿Qué hará cuando me vea? ¿Me golpeará? ¿Saldrá corriendo?

Archie chasquea los dedos frente a mí.

—Tierra a Buenardo —dice usando el apodo que me pusieron en el colegio cuando me

decían que pecaba de bueno—, deja de pensar en la bandida.

La Bandida, le queda bien el apodo.

—Llevaba una bolsa muy grande.

—¿Cómo de grande? —pregunta Alex, es el único que sabe de moda aquí—. ¿Grande como para ir al gimnasio?

—Un poco menos, una bolsa de este tamaño —digo simulando las dimensiones con mis manos.

—Probablemente sea donde guardaba todo lo hurtado —dice Jareth mirando su móvil, claramente aburrido de este tema o mirando acciones en la bolsa, las dos le provocan el mismo semblante.

—Ahora que lo pienso, una señora dijo que se le había perdido su broche...

Archie se ríe.

—Es una genio, llevó una bolsa y se pasó robando toda la noche —golpea la mesa con la mano abierta—, ya me cae bien.

—A mí no —dice por lo bajo Jareth.

—Tú nunca tuviste que robar para comer —la defiende por alguna razón.

Jareth levanta la mirada y me atraviesa.

—Tú tampoco.

Miro lejos disimuladamente.

—Y eso no significa que no pueda comprender que haya alguien que lo haga, no seas tan duro.

Jareth niega con la cabeza, guarda su móvil dentro del traje y se levanta.

—Haz lo que quieras, honestamente me importa una mierda.

—Pero ¿me quieres? —le sonrío.

—Te soporto, que ya es bastante —dice dejando unos billetes sobre la mesa y se retira sin decir más.

Mis ojos viajan a Alex y Archie. Los dos parecen haber perdido interés completo en la conversación cuando Archie le muestra una foto de la nueva «amiga» que tiene.

Y yo me quedo sentado en la mesa, intentando entender de dónde salió esta nueva fijación de ojos almendra y pelo chocolate.

CAPÍTULO 3

BERNARDO



Compra propiedad.

Ese fue el consejo de mi padre desde que era un pequeño encanto, compra propiedad.

Y eso hice, lejos de ellos. Bueno, no tan lejos, pero a unos buenos y encantadores cuarenta minutos.

La zona, San Francisco, mi ciudad.

Algunos la odian, por ser fría y hostil. Otros, como yo, encuentran belleza en lugares inhóspitos como las ratas que corren por la noche de una bolsa de basura a otra.

Es donde nací, donde pasé mis tardes llenas de vagabundeo cuando era adolescente.

Sí, Sausalito es hermoso, con la marina y esas montañas verdes, pero, como le dije a mi padre mil veces, claramente es una ciudad para personas (millonarias) retiradas.

Demasiada paz.

Demasiada quietud.

Y este culo inquieto necesita caos, ruido, emoción.

Por ende, soy el dueño del segundo apartamento del edificio Liberty, una vieja fábrica que fue remodelada para esnobs como yo.

¡Ja! ¿¡Yo, esnob!? Esa chica no sabe lo que dijo, nadie es menos esnob que yo...

Camino por la empinada calle, que serpentea entre elegantes casas victorianas y edificios históricos, y por un segundo creo que en realidad no sé exactamente lo que significa ser esnob.

Por eso, saco el móvil de mi bolsillo trasero y googleo.

Un esnob es una «persona que imita con afectación las maneras, opiniones, etcétera, de aquellos a quienes considera distinguidos o de clase social alta para aparentar ser igual que ellos».

¡Te lo dije! Yo no soy un esnob, yo no imito a nadie y, definitivamente, no es mi culpa que mis papis tengan mucho, mucho, mucho dinero.

Libero una carcajada mientras guardo el móvil y esquivo a una pareja ebria que camina a mi lado y casi pierden el equilibrio y comienzan a rodar por la calle.

Mis ojos vagan por los faroles de hierro forjado y las escaleras exteriores típicas de mi ciudad y pienso que quizás no sea esnob, pero sí afortunado.

Nací en la mejor ciudad del mundo, en la mejor familia, y eso quizás no sea la realidad de muchos.

Joder, lo veo todos los días en la calle. San Francisco tiene tantos sin techo como Starbucks y eso apesta.

Mi barrio se llama Russian Hill y tiene unas vistas impresionantes. Desde aquí puedo ver el Golden Gate y Alcatraz, y los miles de veleros que pasean por las costas de la ciudad, probablemente siendo disfrutados por esnobs que...

¡Basta! Ya no es gracioso, deja de recordarla.

Entro al edificio de ladrillos y subo los estrechos escalones con rapidez.

En el primer piso vive Mael Lambert, sí, sí, el famoso artista francés que pinta esas obras de arte que uno mira y dice: «Yo podría hacerlo mejor».

Él mismo, adorado por muchos, criticado por otros porque en una entrevista dijo que el pan americano no es más que engrudo con agua y lo etiquetaron como xenófobo.

El tipo es especial y sus muchos años lo hacen un poco más malhumorado de lo normal, pero es buen vecino, silencioso, hasta que le llega la inspiración y escucho cómo lanza cuadros y pinceles por todos lados.

Ya no le queda ni una pared intacta, eso seguro.

La puerta de mi piso es negra, pero está toda rayada alrededor del picaporte por el viejo dueño. Tuve que poner sistemas de seguridad porque las cosas que tengo aquí pueden ser muy tentadoras para un...

Bandido, o bandida. Joder, esto es un problema, tengo que salir mentalmente ya de esta mujer.

Ignorando absolutamente todo, camino directamente a mi Mac y me siento en mi despacho.

No tengo ninguna lámpara encendida, pero la luz blanca de la calle entra furiosa por los ventanales.

En mi pequeña oficina de paredes oscuras encuentro un refugio donde profundizar esta obsesión.

Craigslist.

Allá voy.

Varios colegas de profesión me habían hablado de este sitio como un buen lugar donde encontrar a personas que dejan el hobby de la fotografía atrás, hombres y mujeres que gastan un dinerillo en equipos carísimos, luego se arrepienten y publican todo aquí para venderlo y recuperar algo de la inversión.

El sitio es conocido por su diseño simple, noventero y su enfoque en la zona geográfica del

usuario. Aunque muchos lo usan porque no es el sitio más seguro del mundo, ya que la plataforma no verifica la identidad de los usuarios ni supervisa las transacciones.

Lo cual es beneficioso para mí, puesto que no quiero que sepa quién soy.

PixelPoeta es mi nombre de ahora en adelante.

Una vez creado el usuario, investigo todo lo que venden algunas personas de por aquí.

KoalaMarino vende un monitor roto a cuatrocientos dólares, por ejemplo.

LobizonDeMedianoche vende un sillón mordido por sus perros... Interesante.

No sé si mi bandida haya elegido este sitio, no parece ser algo muy serio.

Entonces hago clic en la lupa y escribo: «cámara fotográfica».

La lista es interminable, deslizo para abajo y encuentro cosas demasiado viejas, tecnología muerta o dañada directamente; las imágenes tampoco ayudan, ¿quién les enseñó a estas personas a vender?

Una foto muy precaria llama mi atención, una cámara sobre una cama deshecha. En la descripción dice: «Cámara lujosa, creo».

¡¿Creo?!

¡Dios santo! ¡¿Y está pidiendo solo quinientos dólares?! Esta mujer está absolutamente loca.

Arqueo una ceja y le hago zoom encontrando el modelo y ese pequeño raspón que le hice por apoyarla sobre el cemento y darle un patadón en uno de mis viajes.

Te tengo, Bandida.

El usuario es HarrietLaEspia.

¡Oh! ¡Recuerdo esa película! Mi madre dijo que era fanática y me obligó a verla cuando era niño. Era algo sobre la espía más joven del mundo, recuerdo que andaba con su cuaderno y bolígrafo por todos lados, escribiendo los secretos de sus compañeros de colegio.

¿Quizás sea fanática de las películas viejas?

¡O es espía!

¡O es Harriet!

Querida @HarrietLaEspia,

Vi tu publicación de la “cámara lujosa” y estoy muy interesado en comprar tu cámara cuanto antes.

Si estás en la zona, podríamos encontrarnos en un parque para hacer el intercambio de dinero.

Joder sueno como un secuestrador.

Quedo a la espera y a tu disposición.

@PixelPoeta.

CAPÍTULO 4

HARRIET



C amino de puntillas por la cocina porque Isadora duerme plácidamente en el sillón y, por más que me haya dicho que, a menos que ponga al estadio completo del Manchester City gritando en su oído, no se va a despertar, intento no hacer ruido.

Anoche le tocó cubrir a una compañera en el restaurante y se fue a dormir tarde.

Sirvo dos tazas de café y las dejo en la moderna mesa de madera negra, una que encontramos en la calle Mission, abandonada por algún rico que decidió cambiar el estilo de su casa.

Mi hermanito tiene que estar a punto de salir de su habitación con sus pelos revueltos, sus ojos pesados de sueño y las mismas ganas de ir al colegio que de agarrarse las manos con la puerta.

Pronto acabará las clases y llegarán las vacaciones de verano y, a pesar de que él se muere de ganas por ser libre, a mí me preocupa un poco todo el tiempo libre que tendrá.

Mientras lo espero, le doy un sorbo a mi café y meto dos rebanadas de pan en la tostadora.

—Buenos días —susurra Mason cuando se desliza en la silla.

Mi hermano tiene trece años y dos problemas. El primero es que tiene que lidiar con el único familiar que no se dio a la fuga, o sea yo; y el segundo es el problema de que todos debemos parecerle unos idiotas.

Sí, mi hermano es uno de esos con una alta capacidad intelectual que uno solo conoce por la televisión. Un milagro, si consideramos que ninguno de nuestros padres destaca por sus extraordinarios genes.

—Hola, hermanito —revuelvo su pelo y dejo el plato con las tostadas sobre la mesa, luego rápidamente abro la nevera para sacar todo lo que le gusta ponerle encima.

Mason es autosuficiente, no necesita que le haga el desayuno, pero disfruto hacerlo. El pobre pasa la mayor parte de su tarde solo en el piso. Él dice que no le molesta, pero a mí sí, no me gusta saber que pasa tantas horas solo en este piso tan decadente.

Al menos Isadora entra y sale durante el día y le hace un poco de compañía cuando yo estoy en alguno de los tres trabajos que tengo.

Mi amiga, Isadora, está viviendo con nosotros momentáneamente, ya que la desalojaron de su mini piso a tan solo unas calles de aquí.

Somos un grupo con mucha suerte.

El barrio chino es el único barrio en San Francisco que es medianamente accesible dentro de los estándares de San Francisco, donde el metro cuadrado sale a casi un millón de dólares.

Así que es normal que vivamos tres humanos en un piso con una habitación, un baño, dos ventanitas, ah, y olor a arroz frito del restaurante de abajo.

—¿A qué hora vuelves hoy, Hatty? —pregunta mordiendo la tostada cargada con mantequilla de cacahuete y queso crema; sus gustos son raros.

Mis horarios son tan irregulares que ni yo sé qué me toca hoy.

—Déjame ver el calendario —digo agarrando el móvil por primera vez desde que lo puse a cargar anoche. Pero me distraigo con un correo.

¡Alguien finalmente mordió el anzuelo!

Un tal PixelPoeta escribió que quiere comprarla, así que le respondo inmediatamente.

¡Ese dinero me ayudará muchísimo!

Querido PixelPoeta:

Si tienes tiempo, hoy mismo puedo enseñarte la cámara en el parque de Embarcadero.

Estaré a las doce del mediodía, al lado de la escultura del arco y la flecha.

Saludos

HarrietLaEspia.

Levanto la mirada y encuentro a Mason con cara de pocos amigos.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¡Hice una pregunta hace literalmente tres segundos! —Le creo, es preciso con el tiempo.

—¡Ah! Estaré aquí a las nueve, tienes comida en la nevera si tienes hambre.

—Sabes que siempre te espero.

Sí, lo sé, y eso me clava un cuchillo en el pecho.

—Lo sé, hermanito, ahora ve que se te hace tarde.

Mason se levanta con la tostada en la boca y coge la mochila del suelo.

—¡Adiós, Isa!

—Adiós, pequeño demonio —responde mi amiga con voz rasposa—, ¡quiero buenas notas!

—¿Cuándo no las traje? —dice, y cierra la puerta.

Yo los miro con una sonrisa, me gusta que se lleven tan bien. Isa pasó a ser una segunda

madre en la dinámica extraña de esta familia.

Pero no puede permanecer mucho tiempo más aquí. A la agente de protección de menores, Jada, no le gustan los cambios e Isa es definitivamente un cambio brusco en la vida de mi hermano.

Mi amiga se sienta en el sillón con su espalda encorvada y sus pelos negros envolviendo su rostro como Samara. Masajea su cuello buscando calmar el dolor que le provoca dormir allí.

Isadora no es pequeña, mide como un metro noventa y no cabe en ningún lado.

Arrastra sus pies hasta la silla donde estaba Mason y se desploma.

—¿A qué hora comienzas hoy? —pregunta sosteniendo su cabeza con la mano.

—En una hora —Mis mañanas suelen estar cargadas de pedidos que haga la gente, me subo a mi bicicleta y reparto desde cafés, hasta documentos importantes en empresas, todo gracias a una aplicación que me deja tener este segundo trabajo, donde elijo qué pedidos hacer dependiendo del dinero que me vaya a ganar—. Adivina qué.

—¿Finalmente llegaron los zombis?

—¡No, alguien picó por la cámara!

A Isa se le abren los ojos turquesas. Cuando le dije que sus ojos me parecían realmente bonitos, su respuesta fue que el 10 % de la población mundial tiene ese mismo color de ojos. Mason escuchó la conversación y agregó que eso sería un estimado de setecientos noventa millones de personas.

Ya no se le puede hacer un cumplido a nadie.

—¡Te lo dije! ¡Ahí todo el mundo compra! ¿Cuándo?

—A las doce, si es que acepta. —Le doy un sorbo más al café frío y me levanto para ir a ponerme el uniforme de Yen's, el restaurante donde trabajo de lunes a viernes por la tarde.

Me doy una repasada en el espejo, nada que no conozca, excepto un grano nuevo en la barbilla que me duele cuando hablo; lo demás sigue igual, mismo pelo marrón, mismos ojos ámbar.

El uniforme de Yen's es simplemente un polo de manga corta negro con el logo sobre el lado izquierdo del pecho, un pantalón negro que ya está casi gris y unas Vans clásicas que encontré en un Ross en un día de suerte.

Si tengo que pedalear toda la mañana, debo hacerlo de manera cómoda antes de llegar al restaurante.

Cuando salgo a la cocina/salón, Isa está viendo Reels hipnóticamente, dice que es lo único que la despierta.

—¿Te veo en Yen's? —pregunto, agarrando la cámara escondida detrás del cubo de basura para guardarla en mi mochila, no quería que Mason la viera.

Prefiero que él no sepa que a veces tengo que hacer estas cosas para llegar a fin de mes. Hay veces que el tráfico de pedidos en la aplicación se estanca o la gente no se siente generosa al dejar propinas.

Es entonces cuando debo recurrir a lo único que me avergüenza para sobrevivir: robar.

Me abochorna, no quiero que piense que su hermana es una ladrona, quiero que esté orgulloso de mí, pero ya no puedo coger más trabajos.

Entre los pedidos, mi turno en Yen's y mi emprendimiento, ya no tengo tiempo ni para depilarme.

De verdad, ahí abajo tengo el Amazonas. ¿Y en las piernas?, ni te cuento, podría pasar por jugador de fútbol tranquilamente.

Aunque por mi altura solo podría ser Messi.

No soy muy alta, yo digo que mido un metro setenta, pero en realidad mido un metro sesenta en un buen día.

Le doy un abrazo a mi amiga y salgo disparada.



***Querida HarrietLaEspia,
Estaré esperándote al lado de la escultura a la hora que has estipulado,
llevaré una gorra roja, espero que puedas reconocerme.
Estoy ansioso por ver la cámara.
Saludos
PixelPoeta.***

RARO, este tipo me da mala espina, pero ignoro mi sexto sentido y continúo pedaleando por la transitada calle Montgomery para terminar con el último pedido del día.

Tras pedalear toda la mañana, quizás me arrepiento de llevar una cazadora tan gruesa, pero prefiero que este tal PixelPoeta no vea el logo del lugar donde trabajo, es solo una cuestión de protección, considerando que la cámara fue hurtada.

Joder.

Ya pasaron dos semanas desde la noche de la gala y todavía tengo el pecho saturado de culpa.

Porque después de rumiar el tema por más tiempo que una vaca aburrida al lado del camino, reconocí que el chico no se merecía eso.

Fue sin pensar, «sin usar la lógica», como diría Mason. Vi la cámara, recordé lo que dijo y, seamos sinceras, el «tengo que avisar a mi mamá» fue un poco infantil y actué.

En un segundo vi la posibilidad de tener algo de valor para vender, la cogí y la guardé en mi bolsa. Lo siguiente que hice fue cambiar mis tacones por las zapatillas y salté del balcón como si fuese un doble de acción, cayendo sobre los arbustos de debajo, los cuales estaba analizando como colchón de caída justo cuando llegó el fotógrafo.

Debe odiarme.

Yo lo haría después de ese micromomento de intimidad tan... Esta cazadora no ayuda con esos recuerdos.

Toco la campanilla de mi bici para avisarle a un oficinista que vengo por detrás y se aparta, insultándome, claro.

Hace más de un año que no me besaba con alguien, es completamente real lo que estoy diciendo, me da vergüenza inclusive.

Pero ¿quién tiene tiempo para conocer gente estos días? La vida es muy caótica, rápida y superficial.

Me detengo en el semáforo y releo los mensajes que tengo en el móvil. El único importante es mi jefe, Gerardo, que me advierte que no llegue tarde otra vez. Qué jodido idiota, la única vez que llegué tarde fue hace un mes cuando Mason se había despertado con fiebre y tuve que llevarlo al hospital.

Y fueron diez putos minutos.

El semáforo se pone verde y pedaleo con fuerza para llegar a la siguiente esquina, donde hay una rampa para discapacitados que uso para subir a la calle y por ende llegar al parque de Embarcadero.

—Ey, Gary, ¿cómo estás? —le pregunto a mi amigo.

Gary es un sintecho que vive aquí en el parque. De vez en cuando la policía viene y destruye su carpa, pero él siempre vuelve.

Nos conocimos hace ya unos cuantos años, cuando pasé un mes viviendo en la calle. Gary me ayudó a entender cómo sobrevivir a esos días de frío y miedo. A qué baños ir para asearme y cómo sobrellevar mi periodo sin terminar con infecciones no deseadas.

Fueron días oscuros, desolados, que prefiero no recordar.

Gary tiene grandes entradas en la cabeza, una barba mal cortada y muchas capas de ropa, siempre está sentado en una silla plegable leyendo un libro en gravísimo estado. Su título es *La Guerra y la Revolución* de Trotsky.

—¡Harry! —dice esbozando una gran sonrisa—. ¿Qué haces por aquí, pequeña?

Verás, Gary no es un sintecho porque la vida le haya dado la espalda. No, él eligió esta vida. Según el hombre, quiere estar fuera de la red, fuera de las manos sádicas de este Estado que quiere «controlarnos» y «busca hacernos amebas irreflexivas que trabajan como hormigas».

Allá él.

—Vine a hacer una venta, me encuentro con el tipo en quince minutos, pero quería pasar a saludarte antes de seguir.

—¿Sigues trabajando para ese idiota esclavizante?

—Sí, señor —respondo desabrochando el casco debajo de mi barbilla—, y los domingos estoy en la feria.

No hace falta que diga cuál, él sabe que la única feria que se celebra los domingos en San Francisco es en el parque del Golden Gate, o como la llamamos los ciudadanos, «El mango de la sartén» por su forma en el mapa.

—¿Y cómo van las ventas?

Encojo mis hombros.

—Podrían ir mejor, por ahora solo estoy cubriendo los materiales, pero supongo que algún día repuntaré.

Hago pastelitos, tartas y cosas ricas. El sábado pasamos el día entero con Mason preparando todo para el domingo estar allí.

Mientras el sueño de mi hermano es ser astronauta, físico, ingeniero o neurocirujano, no lo tiene decidido todavía, yo sueño con trabajar en lo que más me gusta, que es cocinar. No sé de dónde saqué ese hobby, porque mi madre no sabía ni encender la vitrocerámica y mi padre no conocía la comida sólida.

Supongo que haber aprendido sola a alimentar a mi hermano hizo que me fascinara la cocina, por eso trabajo en Yen's, porque Gerardo me prometió que en mis ratos libres podía pasar el tiempo con el chef y aprender todo el movimiento que conlleva un restaurante.

—Esos idiotas no saben lo que se pierden... —dice con su voz rasposa de fumar tanto.

Me encojo de hombros y miro hacia la escultura del arco y la flecha, preguntándome si alguno de esos cuerpos que rondan alrededor es mi comprador.

—Algún día Gary, cuando tenga mi propio restaurante, podrás venir a comer gratis.

—Te tomo la palabra —me señala con sus manos enguantadas y guiña un ojo.

Acomodo mis pies en los pedales y me dirijo hacia el parking para bicicletas.

Rápidamente pongo la cadena alrededor de la rueda y miro una vez más mi mochila para

verificar por quinta vez si está conmigo.

Tengo unos cuantos metros hasta la escultura, todavía tengo tiempo, así que camino con tranquilidad, recordando que no soy una ladrona.

Que esto es un mal necesario y que algún día tendré suficiente dinero para no recurrir a estos momentos de nervios.

Me quedo de pie al lado del vallado de la escultura, miro la flecha gigante y me pregunto: «¿Quién demonios hizo esto y por qué?».

La escultura es algo así como una megaflecha gigantesca clavada en el suelo cerca del agua. La primera vez que la vi, me quedé mirándola con cara de «¿esto es arte?». No es que sea una experta en estas cosas, pero no es como esas estatuas antiguas que ves en los libros de historia.

Lo que sí puedo decir es que es enorme. Como si un gigante hubiera tirado una flecha tan grande que se quedó clavada ahí. Supongo que eso es lo que intentaron hacer los artistas, impactar a la gente.

Los minutos pasan.

Mi ansiedad se eleva.

Siéntate, tómame un minuto, no todo el mundo es puntual.

Me siento en el banco de cemento a mi lado y reposo mis ojos en el Puente de la Bahía.

Todos admiran al Golden Gate, pero el Puente de la Bahía para mí es el más elegante. Cuando el sol se esconde y las luces se encienden, este gigante de acero se convierte en el rey de la noche. Me encanta venir con Mason aquí, sentarnos en Embarcadero y simplemente observar el destello de las luces y los coches cruzar.

Algunos podrán preferir flechas gigantes, pero para mí, esas luces nocturnas son la verdadera joya de la bahía.

Espero con impaciencia a PixelPoeta.

Miro el móvil, esperando ver algún mensaje diciendo que está llegando tarde, pero no hay nada.

Y quedarme quieta solo hace que el frío suba y suba, es inevitable, el frío siempre me alcanza y a veces me dispara recuerdos de días de desesperación donde no tenía qué ponerme para calmar el frío de la noche.

Deja de pensar en eso, todo está bien, vives con Mason, eso es todo lo que necesitas.

—Se llama «El Arco de Cupido» —dice una voz detrás de mí.

Me levanto y volteo.

Me encuentro con un hombre de gorra roja y gafas envolventes. Alto, mucho más alto que yo (pero eso no es muy difícil) y una media sonrisa.

—¿Perdón?

—La llamaste «la escultura del arco y la flecha», sin embargo, no es simplemente eso, es el arco y la flecha de Cupido.

Miro la enorme escultura que tiene como 20 metros sobre mí y vuelvo a mirar al tipo, preguntándome qué coño le pasa.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto.

Su voz me suena, ¿será alguien que conocí en la calle?

No lo creo, lleva unos vaqueros que no parecen sucios y una cazadora negra moderna.

—Soy PixelPoeta.

CAPÍTULO 5

HARRIET



—Oh, sí —digo metiendo la mano en búsqueda de la cámara—, supongo que quieres verla, ¿no?

PixelPoeta asiente y cruza sus brazos sobre el pecho, esperando con una media sonrisa que me inquieta.

Yo sabía que este tipo me daba mala espina, ¿quién sonrío así? Como si supiera algo de mí...

Se la entrego y él inmediatamente la coge con manos expertas.

—Bonita cámara... ¿Ya no la usas?

—No... —respondo rápidamente, miro a mi alrededor y de golpe Embarcadero parece un desierto, ¿a dónde se fue todo el mundo?

—¿Ha habido problemas con píxeles muertos en el sensor? —pregunta.

Joderrrr.

No sé nada de cámaras y nunca se me ocurrió que el tipo iba a hacerme preguntas.

—Ninguno —miento.

Asiente pensativamente y mira por la lente hacia la bahía.

—¿A cuánto se puede subir el ISO antes de que aparezca demasiado ruido? —Dispara un par de fotos hacia el agua y luego una hacia mí, haciendo que me incomode aún más.

¿Qué dijo?! ¿Algo de ruido? Ehhh...

—Los altavoces funcionan bien, sí.

PixelPoeta arquea una ceja que se asoma tras sus gafas oscuras.

Seguro que dije una estupidez.

—¿Tiene la tarjeta de memoria?

—Sí, sí.

—¿Mis fotos siguen ahí, entonces?

Frío.

Frío húmedo y aterrador corre por mi espalda.

PixelPoeta quita sus gafas e inmediatamente doy un paso atrás.

—Estaba empezando a sentir que ni mi cuerpo ni mi voz son tan memorable como creía...

Salgo disparada.

Corre.

¡Corre!

Joder, joder, joder.

El fotógrafo está aquí y está enfadado.

Mis piernas corren a la velocidad de la luz.

No puedo ir presa, no puedo abandonar a Mason.

—¡Oye! —Escucho detrás de mí.

Miro sobre mi hombro y el fotógrafo está mucho más cerca de lo que imaginaba.

Corro sobre el césped y de golpe siento una mano que se aferra a mi brazo como una trampa para osos. Los dos caemos bruscamente y, en el movimiento brusco donde sigo intentando desprenderme de su agarre, casi pierdo la cazadora.

Ahora cuelga de un solo brazo.

—¡Quítate! —grito al sentir que me retiene contra el suelo—. ¡Quítate de encima!

—No, ¡tú me robaste la cámara!

—¡Lo siento! ¡¿Está bien?!

—¿Dime por qué?

—Por qué, ¡¿qué?!

El fotógrafo mira hacia un lado y luego al otro, probablemente comprobando que no haya nadie mirándonos.

Eso hace que mi instinto despierte e intento soltarme de su agarre otra vez, ¡pero el tipo no cede ni un poco!

—¿Por qué me robaste la cámara? —Su peso me está aplastando, intento quitarlo de encima, pero es como tener una montaña sobre mi pecho—. Dímelo o llamo a la policía.

Saca el móvil de su pantalón y lo pone sobre mi rostro.

—Necesitaba el dinero —digo un poco más calmada—, ¿contento?

—No, ¿para qué quieres el dinero? ¿Drogas?

—¡¿Drogas?! —¡quiero escupirle!—. ¡No! ¡Mi hermano va al colegio, y ya tengo tres trabajos y no me alcanza! Dije que lo siento, ¡déjame ir!

El forcejeo se detiene.

El fotógrafo recorre mi rostro con unos ojos verde musgo y mi mente decide que este es el mejor momento para recordar cómo me besó en el balcón. Odio pensar en eso justo ahora, cuando mi vida completa está en manos de este tipo que me tiene sujeta en el suelo como si fuese una criminal.

Eres una criminal, Harriet.

Lentamente, se quita de encima y se sienta sobre los tobillos.

Yo rápidamente deslizo la mano por la manga que quedó huérfana y abrocho mi cazadora para que no vea mi uniforme.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta con un tono sereno.

—Trece... —respondo con cautela.

Me levanto y él hace lo mismo.

Enfrentados, nos miramos, analizando algo el uno del otro.

Sin el traje y la cámara parece otro tipo, recuerdo cuando lo vi. Asumí que debía vestirse bien para mezclarse entre la gente del evento, pero cuando dijo que era un fotógrafo reconocido y que encima sacaba fotos para la caridad, fue como si despertara y comenzara a ver una imagen nítida.

Ese traje no era uno comprado en un centro comercial, ese traje era a medida; me sentí una estúpida por no darme cuenta de lo obvio. El tipo era alguien más en esa fiesta, no había alquilado el vestido como yo, ni se sentía fuera de lugar.

El tipo pertenecía a ese grupo.

Por eso me fui, ¿qué puedo tener en común con un tipo forrado? Y eso de pasar una noche con alguien nunca se me dio bien.

Ahora solo lleva unos vaqueros, con las rodillas verdes por lanzarse al césped, una cazadora negra y debajo una camiseta blanca.

Simple.

Normal.

Tan atractivo que me duelen los ojos.

—Ten —dice metiendo la mano en el bolsillo delantero de su vaquero—. Toma el dinero.

Un fajo de dólares está frente a mí.

No sé por qué me enfurece.

No quiero su caridad, ya bastante humillación tengo.

Quito su mano con un manotazo.

—No lo quiero. —Me doy la vuelta y camino lejos de él.

Aléjate, corre, escóndete en algún lugar hasta que se te pase la humillación, querida.

—Bandida... —llama, pero no volteo, no respondo a ese nombre—. ¡Harriet! Toma el dinero.

—¡Métetelo por el culo! —digo sobre mi hombro, y cuando diviso mi bicicleta en el mismo lugar donde la dejé, agrego—: ¡Y la cámara también!

CAPÍTULO 6

BERNARDO



—Eso te pasó por seguir los consejos de Alex, nunca sigas los consejos de un buscavidas —dice Jareth con sus brazos cruzados, sus ojeras hoy están un poco más coloradas y sospecho que tiene que ver con el segundo vaso de whisky que está bebiendo, él siempre bebe uno solo.

Estamos en el Rose and Wolf los cuatro, pero solo Jareth me está escuchando, ya que Archie está hablando con una mujer apoyado en una pared a unos metros de nosotros y Alex está hablando por teléfono con Japón, o China, o algún país lejano.

Qué groseros.

Cojo el vaso de cerveza negra y lo giro sobre su eje lentamente, jugando con la posibilidad de derramar todo. Eso inquieta a Jar un poco y es muy posible que lo esté haciendo a propósito, inconscientemente quizás.

—Me comporté como un idiota, Alex no tiene la culpa —digo mirando el borde del vaso.

Jareth suspira, no, no suspira, suelta aire con irritación y acomoda sus codos sobre la mesa. Su camisa blanca está remangada hasta el bíceps.

Jar es experto en suspirongo, lo habla a la perfección.

—Al menos recuperaste la cámara —dice mirando hacia Archie con desaprobación—, podría

ser peor, podrías estar a punto de quebrantar la ley.

Miro hacia donde está Archie con un poco más de detenimiento y arqueo una ceja al entender lo que Jar quiso decir.

—Oye, ¡Archie! —grito, mi amigo se da vuelta inmediatamente—. ¿Cuántos años de cárcel estás dispuesto a pasar?

Mi amigo lo entiende inmediatamente y observa mejor a la «mujer», que no es mujer, más bien muchacha, y no entiendo cómo Finn permitió que entrara a este bar.

Me río cuando puedo escuchar la pregunta que le hace.

—Tienes más de dieciocho, ¿no?

—Los cumpliré en un mes... —dice la muchacha.

Archie gira sobre sus talones al son de un «nop» y camina hacia la mesa.

—Lo juro, a veces usan tanto maquillaje que parecen más mayores —dice sentándose a mi lado—, creí que al menos tenía veinte.

Jareth interviene.

—Las manos. Debes fijarte en las manos, es la única parte del cuerpo que delata la edad, y esas manos estaban agarrando el biberón hace tan solo unos años.

Los tres nos reímos justo cuando Alex termina la llamada y se une a la charla.

—¿Otra vez, Archie? Un día terminarás en prisión y te aseguro que ninguno de los tres querrá pagar un abogado.

—No los necesito, idiotas, yo tengo uno.

—Sí, pregúntale si quiere defenderte por estar con una menor —dice Jareth.

—¡Que no lo sabía! Mírala, no parece tener diecisiete.

—Parece la nena de papá intentando parecer una señora «como las que ve en internet» —dice Jareth

Jareth, el cruel, la mira con un poco de asco, la chica cruza sus brazos y se aleja sintiéndose completamente humillada.

Y eso me recuerda a alguien más.

—¿Crees que me perdonará algún día? —le pregunto a nadie, pero es Jareth el que responde con un bufido.

—No la verás nunca más, ¿por qué te preocupa tanto?

—Ya te lo dije, me dijo que tiene un hermano del que debe hacerse cargo y...

—¿Y tú le creíste?

—Tendrías que haberle visto la cara, estaba diciendo la verdad.

Alex escucha atentamente y luego agrega.

—Dónale dinero, si te sientes tan mal, puedes hacerlo anónimamente.

Niego con la cabeza y ahí sí derramo un poco de cerveza que cae por mis dedos, los limpio con una servilleta de papel que absorbe tanto como el cemento y cuando levanto los ojos, me encuentro con los oscuros de Jar, asesinándome en su mente.

Miro lejos una vez más, perdiendo la batalla de miradas, pero gané en irritarlo un poco más.

Siempre hay que ver el vaso medio lleno.

—No creo que sea una opción, pude darme cuenta de que es terca.

—Y tú no eres el puto ejército de salvación, Buenardo —dice Jareth—, si no tendrías que donarle a cada sintecho que te cruzas por la calle.

Si no es mi responsabilidad, entonces, ¿por qué me siento *tan* responsable?

No les hago esa pregunta, me la guardo en la cajita de cuestiones sin respuesta.

—¿No tenías novia nueva? —le pregunto a Archie cambiando de tema.

—No éramos compatibles... —dice tomando el último trago de su vaso.

—¿Legalmente? —susurra Jareth con maldad y Archie le devuelve el dedo del medio.

—Comenzó a dejar sus cosas en mi piso.

Los tres deslizamos un «Uuuh» al mismo tiempo.

—Bandera roja —agrega Alex.

Archie se encoge de hombros, como si esto no le pesara, y me da un poco de envidia. Solía tener una novia, Sofía, que descubrí que me estaba engañando con un magnate de Silicon Valley. Eso destruyó por completo mi autoestima y confianza en la gente.

Sin embargo, Archie tiene la misma capacidad emocional que una piedra pómez.

—¿Asumo que recuperaste las fotos? —pregunta Alex.

—No lo sé, todavía no revisé la cámara. —Bebo un sorbo y siento los dedos pegajosos por la cerveza que derramé antes.

Jareth me observa esperando que diga algo con ojos rencorosos, ¡pero no lo haré! Me rehúso a que mi amigo me haga bullying silenciosamente.

—¿Y a qué estás esperando? —pregunta Archie—. ¿No quieres ver si se sacó fotos desnuda?

Los tres lo miramos con desaprobación.

—¡Fue solo una sugerencia!



FUE SOLO UNA SUGERENCIA QUE, por alguna razón, se instaló en mi cabeza como un programa malicioso que destruyó todo mi sistema. Por ende, cuando llego a mi casa, conecto la cámara a un ordenador que ya no uso por las dudas de que la memoria tenga algo que pueda dañarme.

Física y psicológicamente.

La máquina procesa todo y la dejo sobre la tapa del inodoro para cepillarme los dientes mientras espero.

Miro mi reflejo en el espejo, primero de un lado y luego del otro. Debería afeitarme, parezco el Yeti. Cortarme el pelo no estaría mal, aunque siempre disfruté de mi pelo largo.

Mael dijo una vez que no tenía idea de lo afortunado que era por tener pelo, que no se me ocurriera cortármelo nunca y que, si lo hacía, él no iba a volver a saludarme.

Lo llevo recogido desde que tengo memoria, no le encuentro el sentido ya. Debería ir a la peluquería, quizás hacerme el mismo corte de Jareth simplemente para hacerle enfadar.

Cuando la máquina tintinea informando que terminó de descargar las imágenes, escupo el remanente de dentífrico y cojo el ordenador.

Camino con él hasta mi cama y allí lo coloco sobre mis piernas.

Reviso todas las fotos, saqué más de las que debería, pero eso es porque de las mil fotos quizás solo una valga la pena y no puedes arriesgarte. Están las señoras, mi madre sonriendo, mi padre con cara de aburrido escuchando a un viejo hablar de negocios y *ella*.

La Bandida tiene más fotos de las que pensé que había tomado; de perfil, de frente, de espaldas, joder, todas son brillantes.

O soy un increíble fotógrafo (tengo premios que avalan esa declaración) o la Bandida es muy fotogénica.

Me detengo en las últimas tres fotos, que claramente no son mías.

El enfoque está mal y la luz es asquerosa.

Definitivamente fue ella.

La imagen es un simple pastelito, decorado con un glasé celeste y fideos de colores, se ve adorable y apetecible al mismo tiempo, solo espero que no sean esas velas que parecen comida que confunden mi cerebro todo el tiempo.

La siguiente imagen es de una tarta de manzana, dorada y deliciosa.

¿Por qué tomó estas fotos?

Hago un poco de zoom, observando el fondo, se ve una pared blanca y un poco gastada, con rayones, como si un niño hubiese decidido que ese era el mejor lienzo que pudo encontrar.

Me pregunto si ese fue su hermano de pequeño, no creo que haga eso ahora, o espero que no al menos.

Pero entonces me distraigo con algo clave, una tarjeta personal apoyada sobre la superficie de la mesa, solo puedo leer dos cosas:

«Catering Harr» y «Puesto 32, Golden».

Qué coño es Golden.

¡Oh! ¡Golden Gate Park! ¿La famosa feria, quizás?

Así que la Bandida tiene un puesto en la feria, me pregunto si vende esas cosas o hace algún tipo de artesanía.

Quizás esa sea una forma de ayudarla sin espantarla. Podría ofrecerle mis servicios como fotógrafo y ayudarla a vender sus productos por internet.

¡Hasta podría publicarlo en mis redes sociales!

¡Joder, Berny eres un puto genio!



ENTRO A LA FERIA muy emocionado pero un poco perdido.

Nunca había experimentado una feria de esta manera, yo creí que iba a encontrarme juegos, tómbolas y payasos caminando en zancos.

Pues no, mi imagen estaba completamente errada.

El bullicio de la multitud y los chillidos de los niños llenan mis oídos mientras camino entre los puestos que son como pequeñas carpas blancas. No sé por qué creí que habría menos gente, pero está lleno.

Cada puesto tiene un número en la esquina superior derecha de la carpa, así que disimuladamente comienzo a buscar el puesto que más me interesa, el treinta y dos.

Y camino.

Y camino.

Puedo ver que la feria sigue y que los últimos puestos ya no tienen tanta gente. Todos parecen quedarse en los primeros.

Treinta y dos.

En cuanto pongo los ojos sobre el puesto me alejo, escondiéndome detrás de la carpa del otro lado de la calle y me asomo como si fuese un detective de bajo presupuesto.

El puesto tiene un cartel que dice «Catering Harriet» hecho a mano, pintado con témpera y un muy mal pulso.

Detrás del mostrador la encuentro, sentada en una silla, charlando con un niño, su hermano, asumo.

El mostrador está lleno de cosas, desde muffins, hasta tartas y galletas, todo bien empaquetado y presentado.

Y eso que yo no soy de dulce, pero joder, quiero zamparme la carpa entera.

Lo que llama mi atención es que nadie se acerca. Al menos desde el momento en que divisé el puesto, no vi una sola persona acercarse y casi que puedo escuchar a mi corazón romperse.

Los dos solos ahí, esperando que alguien compre con un poco de incomodidad en sus ojos y también angustia.

Joder.

Doy un paso adelante, decidido a acercarme, pero me detengo.

Estoy seguro de que, si me ve, pensará que soy un acosador que se ha obsesionado. No sé si sea así, pero no quiero que se asuste.

—¡Oye, niño! —le grito a un adolescente que pasa a mi lado con un monopatín.

El chico se detiene y lo levanta dándole una patada.

—¿Qué quieres, viejo?

—¡¿Viejo?! —Tomo aire y me calmo—. ¿Harías algo por cincuenta dólares? —El chico arquea una ceja—. ¡No seas cochino! Quiero que vayas a un puesto y compres algo.

—¿Y por qué no vas tú?

—¿Quieres el dinero o no? —pregunto con un tono muy parecido al de Jareth.

Funciona, porque el muchacho estira su mano y ahora soy yo quien arquea una ceja.

—¿Crees que nací ayer? Quiero que te acerques a ese puesto y compres todo lo que tienen. —Le doy el dinero—. No salgas corriendo con el dinero porque corro más rápido de lo que crees, ¿entendido?

—Sí. ¿Todo lo que tienen?

— Sí, ve, y cuando vuelvas te llevas los cincuenta.

—No sé si me convence, parecen demasiadas cosas, podría hacerme daño.

¡Qué descarado!

—Está bien, cien, ve antes de que me arrepienta.

Satisfecho, cruza la calle y me quedo observando la cara de la Bandida, alias Harriet cuando le dice que quiere todo.

Ella se cruza de brazos y se pone de pie, su hermano la imita.

El muchacho le muestra el dinero y ella estira la mano abierta como hizo él para asegurarse de que no es mentira.

Cuando le entrega el dinero se lo da a su hermano y este cuenta los billetes a la velocidad de la luz, luego asiente. Un rato después está todo en una bolsa y el muchacho cruza la calle, dirigiéndose directamente a mí.

Mierda.

Me escondo como un cobarde, porque la mirada curiosa de Harriet lo sigue.

—Aquí tienes —dice entregando tres bolsas de comida.

—Gran trabajo, ten. —Le doy el billete de cien.

—¡Genial! —dice subiéndose a su monopatín y alejándose de mí.

—No te comprarás drogas con eso, ¿no? —cuestiono sintiéndome inquieto de golpe.

—Nah viejo, no te preocupes, solo las jeringas. —Me guiña un ojo y se va patinando.

—¡No es gracioso! —grito, pero el muchacho ya está lejos para escucharme.

¿Y ahora qué demonios hago con toda esta comida?



—¡QUÉ rico! —dice Mila al abrir su segundo muffin—. ¿Dónde los has comprado?

—Los hace una amiga.

¡¿Qué?! ¡Es casi la verdad!

Valentino me observa, quizás detectando la mentira desde el otro lado de la mesa, lleva al bebé Amadeo en brazos, absolutamente dormido, mientras que mi ahijado Nico come vorazmente el muffin celeste, pintando las comisuras de su boca.

Lo miro y le guiño un ojo, él intenta hacer lo mismo, pero cierra los dos.

El legado Walker.

—¿Es solo una amiga? —pregunta Mila, subiendo los pies a la silla para abrazar sus piernas, lista para el chisme.

—Sí, tiene un puesto en la feria del Golden Gate, esto era lo que le ha sobrado hoy. —*¿Por qué estoy mintiendo así?*

—Eso es genial, podemos ir algún día, ¿no Val? —Mi prima estira la mano sobre la mesa y Valentino la toma con su mano libre.

—Lo que quieras, Sirena. —Valentino me mira, con un poco de sospecha, ¿qué le pasa a este tipo?

Desde que los encontré enroscados en la despensa de mi madre siento que me odia.

Que se joda, por meterse con la única mujer que tenía prohibida.

—¿Cómo van los proyectos? —pregunta haciendo el esfuerzo por hablarme frente a su mujer.

—Oh, ya sabes, algo por aquí, algo por allá... —respondo de manera esquiva.

—¿Cuál es tu próximo destino? —consulta Mila probando una galleta de pepitas de chocolate.

—No lo tengo definido, me tomaré el verano para descansar.

—¿Para descansar o para estar con tu amiga? —pregunta Valentino con malicia.

Tiene suerte de que el bebé haya decidido despertarse, porque si no...

CAPÍTULO 7

HARRIET



La política de Gerardo dice que no nos podemos ir hasta que el último cliente se vaya.

Odio esa política porque hay gente a la que le importa un bledo el empleado del restaurante. No piensa en que quiere volver a su casa o que su hermano la está esperando para cenar.

Así que, aquí estamos Isa y yo, esperando al anciano que toma sopa a la velocidad de un empleado público mientras charlamos de lo que ocurrió hace ya unos días.

—Al menos no llamó a la policía, no me gustan los soplones —dice Isa inspeccionando sus manos, nunca se pinta las uñas, pero siempre las mira. Su estómago apoyado sobre el mostrador de la caja registradora.

Yo estoy del otro lado, de brazos cruzados, mirando fijamente al anciano o a la persona esporádica que pasa por la puerta, volviendo felizmente a su hogar.

Ya no queda nadie en la calle a esta hora, la gente está en sus casas o de camino a ellas.

Definitivamente, el turno de la noche es el peor de todos.

Yen's es el restaurante donde paso más horas que en mi piso. Escuché a muchos clientes llamarlo «ecléctico». No sé qué significa exactamente, pero creo que es una forma elegante de decir «mezcla de cosas extrañas». Y este lugar está lleno de cosas extrañas. Paredes con papel

tapiz que parece que vomitó un arcoíris, lámparas colgando del techo y sillas que no combinan para nada pero, que al mismo tiempo, parecen encajar.

Lo más loco es que la gente que viene aquí, oficinistas en su mayoría, piensa que es guay. En serio, he visto a tipos con corbatas y chicas con zapatos de diseñador tomándose fotos con sus platos de comida como si estuvieran en una película.

No entiendo por qué les gusta tanto este lugar. Sí, la comida es buena, pero no es para arrancarse las pestañas.

Los chefs no suelen durar mucho, gracias a Gerardo se van en cuanto se dan cuenta de que el tipo está loco. Pero el último, José, tiene habilidad y tengo la suerte de que le caigo bien, por eso siempre me deja una bolsa lista cuando me toca este turno para llevarme la comida que no se vendió ese día.

A Mason le encanta cuando me ve entrar por la puerta con una bolsa.

—Fui demasiado incrédula, ¿cómo no pensé que fuese a buscarla ahí? Es rico, no idiota — digo por lo bajo.

Hace tres días que no duermo pensando lo cerca que estuve de perderlo todo. No, nunca más.

Tendré que decirle a Mason que tendremos que ajustarnos una vez más y no contar con ese dinero espontáneo que a veces llega a casa.

—Yo tampoco lo pensé, amiga —dice Isa—, y yo te di la idea, así que soy responsable.

Miro sobre mi hombro, sus labios están apretados con un poco de vergüenza.

—Tú no eres culpable, yo tomo mis propias decisiones.

El viejo se mueve y las dos lo miramos con ansiedad esperando que llegue el momento de irse, pero simplemente se acomodaba.

Suspiro intentando reprimir la imagen de Mason, esperándonos para comer.

Pero Isa, que no tiene pelos en la lengua, dice:

—Ya basta. —Rodea el mostrador y camina hacia él.

—No, Isa... —susurro con apuro, pero no hay nada que detenga a este toro inmenso.

Isadora Taylor es una fuerza imparable.

—Señor, ¿le gustaría llevarse la sopa a su casa? —No es un tono amigable.

El señor levanta la mirada lentamente, la observa por encima de sus gafas gruesas.

—No, quiero comerla aquí.

—Lo entiendo, créame, no obstante, ya pasó media hora desde la hora de cierre y los empleados merecen terminar el día también. Como sabrá, no podemos echarlo, así que simplemente le pido que tenga eso en cuenta.

El viejo se sostiene de la mesa para girarse y mirarme, transformo mi rostro para que vea lo enojada que estoy.

Cuando vuelve a mirar a Isa, ella está de brazos cruzados y sus cejas bien, bien arriba.

—Bueno, está bien, pónmela para llevar.

—Me parece estupendo, si me permite.

Isadora vuelve caminando hacia el mostrador como si desfilara por una pasarela, con actitud y fuerza, y simplemente no puedo dejar de sonreír.

No sé qué haría sin ella.



CUANDO LLEGAMOS AL PISO, se me retuercen las tripas porque sobre la mesa hay tres platos puestos, con tres vasos y una botella de agua.

Mason está sentado en el sofá donde duerme Isa, haciendo la tarea con mucha concentración.

—¡Bienvenidas a casa! —dice con entusiasmo, y no puedo evitar correr hacia él y arrojarme encima—. ¡Hatty! —se queja por mi peso, pero segundos después Isa se tira sobre nosotros.

Los tres nos morimos de risa hasta que Isa se quita y comienza a recalentar la comida que trajimos del restaurante.

Cuando nos sentamos en la mesa, conversamos los tres sobre lo que ocurrió en el día. Mason siempre nos cuenta algún chisme del colegio porque sabe que nos alimentamos a base de eso también. Isa le cuenta lo que ocurrió con el anciano y yo los observo, simplemente contenta por tenerlos en mi vida.

—¡Joder! —digo de golpe—. Olvidé el postre.

—Yo lo traje —dice Isa levantándose de la silla y escarba en su bandolera hasta sacar tres vasitos de mousse de chocolate.

—Qué lujo —dice Mason penetrando el mousse con una cuchara desechable que Isa dejó a su lado.

Yo revuelvo su pelo, sintiendo esa pizca de culpa en el estómago que suelo sentir cuando me doy cuenta de que no le estoy dando a mi hermano todo lo que se merece.

Mason me mira y me devuelve la sonrisa, intentando levantarme el ánimo. Él siempre detecta esas cosas.

Isa recoge los platos y se pone a limpiarlos con los auriculares puestos porque dice que detesta el ruido de la vajilla, que le recuerda al trabajo.

—Hatty... —susurra Mason.

—¿Qué pasa? —respondo mirando la pantalla del móvil, últimamente ando obsesionada con que el fotógrafo me enviará un correo como PixelPoeta, pero no ha pasado hasta ahora.

—Cuando sea grande, voy a ser millonario y no tendrás que trabajar ni un día más.

Todo se detiene en mí y levanto la vista.

Los ojos oscuros de Mason son determinantes, a veces me recuerda mucho a mi padre, y se me encoge el estómago.

—Está bien que quieras ser millonario, pero hazlo por ti, Mason, no por mí.

—No, yo quiero que descanses, desde que me sacaste del orfanato no has tenido un solo minuto para ti, yo al menos me aburro.

Cuando me enteré de que mi padre se había dado a la fuga, dejándonos completamente solos, creí que iba a volverme loca de desesperación. Mi hermano, con solo nueve años, y yo, con veinte, totalmente solos en el mundo. Las autoridades no tardaron en llevarse a mi hermano de mis brazos por ser menor de edad. Yo era lo suficientemente adulta para mantenerme sola.

A la fuerza salí al mundo e intenté buscar un trabajo que nos mantuviera a los dos, pero Jada, la agente de protección de menores, me aseguró que lo que yo ganaba no era suficiente para poder ser la responsable económica de mi hermano.

Ahí llegó mi segundo trabajo.

El tercero lo hago para no estar tan ahogados, pero también porque es lo único que me mantiene cuerda.

Lo que no le digo a Mason es mi sueño, yo no quiero dejar de trabajar, yo sueño con ser chef, tener mi propio local y alimentar a cualquiera que quiera probar mi comida.

A veces sueño con esa realidad, donde soy feliz y hago lo que más me gusta.

Despertarme en esos días es lo más duro.

—Bueno, pero no quiero que te cargues con la presión, ¿está bien? Mira, no tendremos mucho pero estamos juntos, y eso es todo lo que necesito. ¿Vale?

Mason asiente y se mete la última cucharada de mousse en la boca, dejando sus comisuras manchadas.

En ese momento escucho a Isa con la nariz congestionada, pero no se gira, simplemente se limpia las lágrimas con la manga de su sudadera y sigue con su trabajo.

CAPÍTULO 8

BERNARDO



Los viajes siempre me dan algo que no encuentro en ningún otro lado.
Serotonina.

Conocer el mundo es un síntoma fundamental de la fotografía, me levanta cuando estoy decaído, me llena cuando estoy vacío y me recarga cuando parece no haber energía en mi cuerpo.

Cuando el famoso canal de documentales me llamó para acompañar a una expedición que iba a aventurarse en el Sahara durante una semana, dije sí, sin pensarlo.

Inclusive habiendo jurado que iba a descansar todo el verano, bueno, «verano» en San Francisco no existe, no es más que una temperatura que varía de fresca a fría durante estos meses.

Ignoré todo lo que me prometí para trabajar solo durante una semana, alejándome un poco de toda esta fijación con Harriet y mi compulsión por ayudarla.

La solución a todos mis problemas.

Bueno, y una mierda.

Encerrado en una carpa moviéndose violentamente por el viento, seguía pensando en cuál sería la mejor manera para ayudar a alguien que no quiere ser ayudada.

Así las seis noches de producción, hasta que me subí a un avión.

Volví hoy en la mañana a mi ciudad y para el mediodía estaba en la puerta de Yen's.

¿Qué es Yen's?

Cuando tuve el altercado con la Bandida, pude ver en su camiseta que llevaba el logo de un lugar, lo recordé una de las noches de carpa, en una de las tantas reproducciones mentales (y obsesivas) de nuestra última interacción, y en cuanto conseguí internet satelital busqué qué demonios era Yen's en San Francisco.

Un restaurante.

La Bandida trabaja en un restaurante y por eso estoy aquí, porque necesito hablar con ella, decirle que si no me deja ayudarla es probable que me vuelva loco y soy demasiado guapo como para terminar en un psiquiátrico. El blanco de la camisa de fuerza no me quedará bien, ya lo sé, porque heredé la piel pálida de mi madre.

No quiero entrar.

El lugar está lleno, todos oficinistas que comen con desespero para poder volver a tiempo a sus trabajos.

Gracias a Dios, nunca tuve que lidiar con un ambiente laboral así, pero, según Astor, es como entrar a una máquina para despojarle el alma a la gente.

Puaj, no quiero ni imaginarlo.

A través de las ventanas de la fachada puedo verla ocupada, atendiendo al menos cinco mesas, llevando y trayendo platos con una sonrisa permanente en la cara, probablemente para que esas sanguijuelas le dejen una propina al final de su comida.

Yo espero pacientemente con mis manos en los bolsillos, hoy es un día frío gracias a la bruma constante que tiene la ciudad, pero con una simple chaqueta estoy bien aquí.

Sé que me vio.

Más de una vez hicimos contacto visual y una de esas veces levanté la mano incómodamente para ver si me reconocía.

La Bandida miró hacia otro lado, pretendiendo no verme.

Pero ella no tiene idea de cuánto tiempo puedo quedarme quieto en un lugar con tal de tener la foto perfecta.

Cincuenta minutos después, una chica con un uniforme igual al de ella sale a la calle.

Tiene mi altura, y sin tacones.

Camina hacia mí con ojos enfurecidos, su pelo está atado en la nuca, pero es largo y negro.

Se cruza de brazos delante de mí y apoya todo su cuerpo sobre el lado izquierdo de su cadera.

—¿Puedo ayudarte?

Probablemente fue enviada por la Bandida.

—¿Eres Harriet? —pregunto cruzando mis brazos sobre el pecho.

—Obviamente no.

—Entonces no puedes ayudarme —devuelvo imitando el tono imperativo.

Ella pone los ojos en blanco y cambia el peso al lado derecho.

—Esto que estás haciendo se llama acosar en este país y te recomiendo que te vayas antes de que llame a la policía.

Tomo aire muy profundo.

—Mira... —hago una pausa esperando que me diga su nombre, pero ella arquea una ceja desafiante—amiga de Harriet, solo estoy aquí porque quiero ayudarla, no entro porque no quiero poner en riesgo su trabajo, pero, por favor, ¿podrías decirle que salga un segundo...?

—¿Ayudarla con qué? —interrumpe.

Sus ojos recorren mi ropa, analizándome de la misma manera que hizo Harriet.

—Con su emprendimiento, sé que ella cocina y yo soy fotógrafo, puedo ayudarla a promocionarse.

La amiga clava sus ojos turquesas sobre mí, parece atravesarme.

—¿Por qué harías eso por ella? Sabes que no puede pagarte.

—Es ad honorem, lo quiero hacer porque... sí —*porque lo necesito*—, oye, no hay malas intenciones aquí, solo soy un buen samaritano intentando ayudar a alguien.

Levanto las manos en rendición.

—No existen buenos samaritanos, siempre quieren algo a cambio.

—Este no, lo juro, sé que ella está pasando un mal momento y tengo las herramientas para darle un cambio a su vida, créeme...

—Isadora —dice soltando un poco de aire de sus pulmones.

Ella también habla suspirando.

—Créeme, Isadora, aquí no hay nada raro.

Isadora mira hacia el restaurante, puedo ver a Harriet tomar nota del pedido que le hace un hombre de traje. Cuando vuelve a enfocar sus ojos en mí, dice:

—Mañana tiene el turno de noche, cerramos a las ocho, siéntate en la mesa número cinco, ella no tendrá más opción que atenderte, eso es todo lo que puedo hacer por ti. Y no le digas que te dije esto.

Pongo mis manos en forma de plegaria y luego un cierre sobre mis labios.

—Gracias.

—Pero si sigue negándose, entonces escúchala, si dice que no, es no.

—¡Entendido! —digo haciendo el saludo militar.

Pero Isadora no se ríe, es más, creo que me mira con pena, gira sobre sus talones y vuelve al trabajo.



—RECUÉRDAME, ¿por qué estamos aquí? —pregunta Jareth cuando sujeta el menú de Yen's con la punta de sus dedos. Seguro tiene algo que decir con respecto al menú.

Yo miro nerviosamente a mi alrededor, el lugar sigue lleno.

Paso tan poco tiempo en mi país que olvido que la gente cena a las seis de la tarde aquí.

—Porque Isadora y yo planeamos una emboscada —susurro inclinándome un poco sobre la mesa.

Jareth fue el único de los tres que estaba disponible hoy, sé que no fue la mejor opción, pero lo que cuenta es la intención, ¿no?

Venir solo me ponía nervioso.

—¿Y quién demonios es Isadora?

Escondiéndome detrás del menú señalo hacia la amiga de Harriet que atiende las mesas del otro lado del salón.

Jareth posa sus ojos sobre ella por un microsegundo, y cuando parecía haber visto suficiente los vuelve a posar.

«Doble toma» le llamo a eso. Cuando ves algo, pero crees que tu cerebro recreó una imagen, por eso debes volver a mirar.

Levanto mis cejas, contemplando a Jareth. Nunca le presta atención a nadie, pero parece regalarle más de un segundo a Isadora.

Cuando vuelve sus ojos al menú, pretendo no mirarlo.

Pero yo lo vi.

Sí, sí, nadie borrará eso de mi mente.

Nunca mencionó a una novia o amante, sabemos que las tiene. Jareth es un tipo atractivo, y lo digo desde toda la heterosexualidad que llevo encima, simplemente las esconde y nunca descubrimos por qué.

—Bienvenidos a Yen's —dice mecánicamente Harriet dejando dos servilletas en la mesa y dos juegos de cubiertos—. Mi nombre es Harriet, qué les apetece to...

Finalmente, sus ojos se posan en mí.

Y se paraliza.

Yo sonrío, mostrando todos mis dientes.

—Hola.

Harriet entra en pánico y mira hacia todos lados, probablemente buscando ayuda.

—Ni de coña... —Retrocede un paso y sostengo su muñeca.

¿Por qué siempre recurro a lo físico con ella? ¡Suéltala!

Jareth mira mi reacción con cara de haber olido una mierda.

—Espera, espera —ruego—, no puedes ignorarnos, por favor.

—Menuda escena de telenovela... —susurra Jareth de brazos cruzados y voz aburrida.

Harriet lo mira un segundo con mucho desprecio, Jar no se queda atrás y, en los concursos de este tipo de miradas, siempre gana.

Harriet vuelve a mí.

—¿Qué quieres?

En un apuro respondo rápido.

—Comida, ¿no, Jar? —digo abriendo el menú otra vez—. Solo queremos comida, elige tú...

Jareth me mira confundido, nunca me ha visto nervioso, pero luego lentamente la vuelve a mirar.

—¿Hay algo que no sea grasoso en este lugar?

¡Joder!

Harriet lo mira con cara de pocos amigos.

—¿Sabes qué? Llamaré a mi compañera para que os sirva.

—¡No, no! Espera. —Miro a Jareth con exasperación y él encoge los hombros—. Jar, vamos, no es el momento de ser un idiota.

Suelta un suspiro y mira al menú.

—Quiero la ensalada de arándanos.

Harriet asiente y anota en su pequeña libreta negra.

—¿Y tú? —pregunta con un tono autoritario, ahora entiendo por qué Isadora y ella son tan amigas.

—¿Qué me recomiendas?

—Una vida... —susurra Jareth mirando su móvil.

Lo ignoro.

—No sé, el sándwich de camarones.

—Listo entonces. —Extiende la mano para que le dé los menús y eso hago, torpemente.

Cuando se va, la sigo con la mirada.

Al voltear de nuevo hacia la mesa me encuentro con Jareth y su rostro indiferente.

—No me juzgues... —digo.

—Es imposible no hacerlo, a veces creo sinceramente, Buenardo, que quieres que la gente te haga bullying. ¿Qué demonios fue eso? ¿La camarera es una ladrona y eres tú quien está nervioso?

—Lo sé, lo sé... —digo mirando a nuestro alrededor, el lugar es guay, pero puedo ver cuán incómodo está Jareth aquí—. Solo quiero acercarme, presentarle una idea.

—¿Y por eso tengo que sentarme con mi pantalón Armani en esta silla pegajosa?

—Vamos, Jar... —ruego—, es solo por hoy.

Ahora es él quien toma aire y junta sus manos sobre la mesa, entrelazando sus dedos elegantes.

Abre la boca para probablemente decir algo cruel cuando Isadora pasa caminando con varios platos en sus manos y brazos, ¿cómo lo hace?

—¡Isadora! —susurro, ella sirve a la mesa que está frente a nosotros con una sonrisa y camina de vuelta a la nuestra.

Jareth mira fijamente su mano.

—¿Qué estás haciendo? No me hables, te dije que no iba a...

—Lo sé, lo sé, pero ayúdame, casi sale corriendo.

Isadora mira a Jareth y luego vuelve a mí.

—Me imagino por qué será...

¿El villano frente a mí?

—Probablemente fue a buscar algo para desinfectar esta mesa —murmura Jar.

Isadora lo escucha.

—Oh, lo siento, si no tiene estrellas Michelin, ¿entonces no sales de tu torre?

Jareth levanta la mirada, con puro odio emanando de sus pupilas negras.

Joder, ¿por qué tuve que venir con él? Valentino era probablemente una opción menos tóxica.

—Mi problema en realidad... —responde con su tono más cruel—, es creer que una pueblerina tenga los mismos estándares salubres que yo. ¿De dónde es ese acento? ¿Arkansas? ¿Missouri?

Mi mandíbula se cae sobre la mesa y miro de soslayo a Isadora, que acaba de cruzar los brazos.

—Arkansas... Ya sabes, la tierra de personas sin dientes y relaciones incestuosas.

Lo que hace Jareth a continuación es lo más aterrador de todo.

Sonríe.

Y me siento tentado a sacar el móvil de mi bolsillo y sacarle una foto a este hito, pero estoy petrificado.

Jareth abre la boca para responder, pero ella habla por encima, mirándome fijamente.

—Te lo dije, fotógrafo, no cuentas conmigo para nada, suerte con Harriet. —Se da la vuelta y desaparece tras la puerta de la cocina.

Cuando vuelvo a mirar a Jareth, está apretando tanto su mandíbula que puedo ver la tensión en su cuello.

Lo dejó colgado.

No lo dejó responder y sé que Jareth está visualizando diez versiones diferentes de asesinato en este momento.



HARRIET NO ES la que nos trae los platos y me pregunto si se endeudó de favores solo para evitarme.

—Gracias —le digo a la camarera—. ¿Puedes darle un mensaje a Harriet?

—Sí, claro —dice deteniendo su huida.

—Dile que tengo tiempo de sobra...

Jareth levanta la mirada del plato, con total desacuerdo en su rostro.

—No pienso quedarme en esta pocilga más tiempo —dice mi amigo en el momento en que la camarera asiente y se va.

—Me quedó claro en la décima queja, Jar, solo quiero que piense que no tiene escapatoria.

—Le doy un mordisco al sándwich y observo a Jar mirando su móvil en vez de comer—. ¿No te gustó?

Arquea su ceja gruesa y elegante.

—¿Crees que confío en las camareras de este lugar? Una te robó, la otra es una mocosa ordinaria...

—Vamos... —digo—, que no dijo nada que no fuera en respuesta a tu provocación.

—Y justamente por esa razón no pienso ni probarlo.

Isadora vuelve a pasar a nuestro lado y Jareth la sigue con la mirada. Ella, por supuesto, lo ignora.

Y cumple su promesa, porque cuando termino mi sándwich Jar sigue sin tocar su ensalada.

Mi amigo es muy terco. Pero atento, por eso dice:

—Tu ladrona acaba de colgar su delantal para salir por la puerta de atrás.

—Joder... —Me levanto y rápidamente voy en su búsqueda.

CAPÍTULO 9

HARRIET



Cierro la puerta y vuelvo a respirar a pesar de sentir todo el peso de la ciudad en mis oídos.

Tenerlo sentado ahí me estaba volviendo loca, especialmente por su sonrisa cada vez que ponía los ojos sobre él.

¿Qué le pasa a este tipo?

¿Por qué está aquí? ¿Y quién demonios es el otro ricachón que parece la parca en persona?

Salgo al callejón que da a la salida de empleados y me siento en una silla oxidada donde solemos descansar las camareras.

Miro mi móvil buscando distraerme cuando la puerta se abre.

Tiene que ser una broma.

—¡Déjame en paz! —grito cuando pone sus ojos en mí, me levanto y me alejo—. Vete, no sé qué demonios quieres, pero yo no puedo dártelo.

—Harriet... —comienza.

Odio que sepa mi nombre.

—¿Tan aburrida es tu vida? ¿No tienes nada que hacer?

Sonríe y acaricia su nuca, siendo encantador y sexy y... ¡Ah!

—Bueno, en este momento no, estoy en un...

—No me interesa.

—Lo entiendo, te lo juro, sé que no resulta agradable saber que un tipo anda acechándote por toda la ciudad, pero estoy aquí solo porque quiero ayudarte.

—¿Quién te dijo que necesito ayuda?

—Yo creo que sí, tuve el privilegio de probar las cosas que cocinas.

Entrecierro mis ojos con rencor.

¡Lo sabía!

—Fuiste tú, ¿no? El muchacho del domingo...

Era muy raro lo que ocurrió en la feria, nadie se acercaba y ¿de golpe un skater viene y compra todo?

A esos me los conozco bien y sé que no gastan todo ese dinero en comida.

—¡Tenía hambre! —se defiende.

Niego con la cabeza y froto mis ojos con irritación.

—No puedo creer que me esté pasando esto.

—Escúchame, solo escúchame un segundo —suplica—. Me gustaría ayudarte con unas fotos, nada más, quizás puedas hacer algo como lo que vendes en la feria y yo podría sacar unas buenas fotos para que hagas publicidad, hasta podría promocionarte en mis redes sociales, eso es todo, no busco más que eso —dice todo tan rápido que hasta me da un poco de pena ver su ansia por venderme su «brillante idea».

—No necesito tu ayuda —repito.

Realmente no veo en qué me beneficiaría todo esto.

—Yo creo que sí, necesitas solo un empujón, tus cosas son increíbles, mi prima lo dijo también y... y su marido, que es más amargo que el aloe vera, dijo que estaba todo delicioso. Tienes mucho potencial y creo que con solo un poco de...

Bufo con fuerza.

Con odio.

Con desesperación.

—A veces pienso que os criasteis en el mismo lugar.

—¿Os? —pregunta mirando sobre su hombro izquierdo y luego el derecho creyendo que hay alguien más en el callejón.

—No podéis ver a alguien progresar sin sentir la necesidad de intervenir siempre ¿Sueñas con ser el héroe de mi historia?

—¿Qué? No, no es nada de eso, simplemente...

—Vete a salvar a otra persona, tienes para elegir en esta ciudad.

—Harriet, no busco ofenderte, solo siento que podría cambiar tu vida...

Esta gente siempre es igual, optimista, simplista, y como su vida es así, creen que la del resto es igual.

Lo miro a los ojos verdes, sus cejas tristes, su mirada derrotada. Pareciera que este tipo de verdad cree todo lo que dice.

Niego con la cabeza y miro al asfalto, buscando alejarlo de una manera menos grosera.

—Mira, gracias, pero no acepto tu propuesta —digo con un tono tajante pero calmo—. Ahora, si no te importa, debo volver a mi trabajo.

—Harriet, solo piénsalo...

—Adiós.



VUELVO CAMINANDO con Isa por la noche.

Yo llevo mi bicicleta a un lado y ella camina con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero, parece pensante, con la mente lejos de aquí, sin embargo, no puedo evitar ser verborreica cuando mi vida está patas para arriba.

—¿Crees que dejará de venir? —pregunto después de un largo monólogo.

Isa levanta la mirada y se enfoca en un sintecho que camina por la calle de enfrente, gritando palabras sin sentido y asustando a turistas.

Esto es absolutamente normal en esta ciudad y ninguna se siente amenazada por él.

—No lo creo, lo veo bastante enfocado en ayudarte.

—Pero ¿por qué? —pregunto con frustración—. No soy nadie en su vida.

Isa se detiene y, por ende, yo también. Sobre nosotras, una farola ilumina con una luz amarillenta la calle.

—Amiga, yo te quiero mucho, lo sabes, ¿no?

—Sí, yo también.

—Bueno, sabes que yo quiero lo mejor para ti y Mason, ¿no?

—Claro.

—Entonces, escúchame. Son escasas las oportunidades de triunfar que se suelen presentar en la vida y, si ese tipo es tan importante como dice, te daría exposición, podrías hacer todo lo que siempre has soñado. Por ende, esto de «no necesito tu ayuda» es patético y absolutamente irritante, lo digo con todo el amor del mundo. El tipo está forrado, por el amor de Dios, ¿y viste al idiota de su amigo? Igual. Gente como tú y yo no solemos dar con tipos como ellos. Aprovecha este síndrome de héroe que tiene, los contactos que podría ofrecerte y acepta su puta propuesta, ¿vale?

Me quedo con la boca abierta.

—No quiero ser un caso de caridad...

—Pero lo eres, Hatty, lo siento, pero lo eres, prácticamente eres una madre soltera que no le alcanza para vivir. Es tu realidad, necesitas ayuda. Imagina todos tus problemas esfumándose de golpe, no solo podrás darle la vida que quieres a Mason, sino que lograrás hacer que Jada deje de pisarte los talones y hacer visitas sorpresas. Si demuestras estabilidad económica, no vendrá tan seguido.

Tomo aire, sintiéndome derrotada.

Es doloroso lo que dice, pero muy en el fondo sé que todo lo que hago no es suficiente para los dos. Mason se merece todo y yo no estoy pudiendo proveer eso.

Isa pone sus manos sobre mis hombros y dice:

—No eres menos, no eres irresponsable y no significa que has fracasado, significa que eres humana, que estás haciendo todo lo que está a tu alcance para que Mason pueda ir a la universidad o que tenga un techo o ropa que usar. Eres increíble, admirable y yo quiero con todas mis fuerzas que estés rodeada de éxito y orgullo, y sí, de una cantidad de dinero desorbitada también.

—No quiero convertirme en uno de ellos.

—Eso es la estupidez más grande que he escuchado salir de tu boca y mira que recuerdo

cuando dijiste que prefieres Big Bang Theory a Friends, así que imagínate cuán estúpida sueñas ahora. No odies a los ricos solo por ser ricos, si no, ¿qué diferencia hay cuando un rico te odia por ser pobre?

Joder...

Busco una respuesta rápida; sin embargo, ninguna viene a mi cabeza.

—Supongo que tienes razón, estoy juzgando sin conocerlo.

—Siempre tengo razón, amiga —señala su pecho con el pulgar, yo sigo mirando hacia arriba, ya que mi amiga me saca una cabeza—, y estoy diciendo esto aquí y ahora porque no quiero que Mason esté al tanto de esto. Todo esto parece orquestado por el destino; si no lo escuchas, te dará la espalda.

Continúa su caminar y yo tardo algunos segundos en seguirla.

Cuando estamos a la par otra vez, me mira y guiña un ojo.

La quiero y valoro tanto que esté en mi vida que no sé cómo expresarlo, por eso, sujeto la bici desde el asiento y engancho mi otro brazo al de ella para caminar las calles restantes juntas.

Como lo hacemos siempre.

CAPÍTULO 10

BERNARDO



La mañana del domingo es fría.

A San Francisco le gusta mantenernos tensos, al menos hasta el mediodía, cuando sube un poco la temperatura.

En la feria comienzan a montar los puestos y yo espero pacientemente por ella, sentado en un banco.

Anoche me fue concedida una llamada con el mismísimo Astor y cuando le conté la situación, me dijo que a veces las personas están programadas de una manera, y lo puso en estos términos:

«El potrillo cree que la libertad está en el salvajismo, en correr y esquivar las caricias, eso es todo lo que conoce, pero en el momento que descubre el placer de una caricia o la recompensa en manzanas, se da cuenta que la verdadera libertad yace en la armonía entre el salvajismo y el nuevo conocimiento de un mundo que no tenía idea que existía».

Mi respuesta entonces fue:

«Entonces, ¿quiere que la acaricie?».

Y cortó la llamada.

Pero después de pensarlo bien, me dije a mí mismo que quizás Harriet no conoce la ayuda,

por eso lo ve con tan malos ojos, y hoy le voy a demostrar lo que se siente al recibir ayuda sincera o, como mínimo, al no tener que controlar cada aspecto de tu vida.

Buenardo está aquí, diría Jareth.

—Oye —escucho detrás de mí—, ¿qué puesto tienes? —pregunta un hombre de unos sesenta años con rastas grises.

—El treinta y dos.

Señala con el dedo.

—Allí están las carpas, puedes montarla a tu ritmo, nadie te va a meter prisa aquí.

Miro hacia donde apuntó, una montaña de varas de metal y tela, y camino con decisión.

No puede ser tan difícil, ¿no?



LO ERA.

Por eso vino mi amigo de rastas grises y me ayudó a dejarlo perfecto en el momento exacto en que encuentro a Harriet y a su hermano parados con sus manos ocupadas y las bocas abiertas.

—¡Sorpresa! —digo nerviosamente.

Harriet apoya las bandejas y las bolsas que colgaban de sus codos con lentitud sobre el mostrador, comprobando que el puesto no se caerá en mil pedazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con cautela mirando a su hermano, que debo resaltar que está en modo defensa y me gusta.

Siempre quise un hermanito, pero mis padres me lo negaron mil veces.

Ignoro su pregunta y extendiendo la mano para estrecharla con él.

—Soy Bernardo, todavía no lo soy, pero busco ser amigo de tu hermana.

El muchacho extiende su mano con precaución.

—¿Solo amigo? —pregunta apretando mi mano.

—Ehh... —*joder*—, sí, si ella lo permite.

Harriet analiza nuestra interacción de brazos cruzados, estos hermanos sí que son un dúo duro de roer.

—¿Dónde la conociste? —cuestiona observándonos con sospecha.

Miro a Harriet, se ve alterada.

—En Yen's —explico—, soy fotógrafo y le propuse a tu hermana sacar fotos de los productos que vendéis aquí. Muy amablemente aceptó mi oferta.

Sí, puedo ser un idiota cuando le pongo empeño.

Harriet abre la boca para responder con furia y yo le sonrío inocentemente.

—¿Fotógrafo? —pregunta el muchacho soltando mi mano—. ¿Cómo dijiste que te llamas?

—Bernardo Walker.

El pequeño abre los ojos y mira a su hermana esperando confirmación; ella encoge los hombros. Claro, ella no sabe cómo me llamo.

—¿Bernardo Walker? ¿El fotógrafo que ganó el premio de National Geographic el año pasado?

Miro mis uñas y las lustro sobre mi pecho.

—Él mismo.

El muchacho saca un móvil deteriorado de su bolsillo y me muestra el fondo de pantalla.

La foto que ganó el premio es la de un león que bosteza y en ese momento un pájaro se posa en sus dientes. La imagen se hizo viral porque mucha gente la interpretó como la representación de la valentía. Lo que no saben es que, después del disparo de la cámara, el león cerró la boca y se lo comió.

Dejemos que sean felices.

—Guau... Hatty —dice clavándole el codo a su hermana en las costillas—, es famoso.

—No me digas... —dice ella, poniéndose manos a la obra e ignorando nuestra charla con honores.

Pero aquí ya hay un plan en marcha.

Es evidente que el pequeño es muy importante para ella, así que si me gano al muchacho... me llevo el premio.

—Oye —digo—, ¿cómo te llamas?

—Mason —responde bajando el cierre de su cazadora para quitársela, los jóvenes nunca tienen frío.

Debajo tiene una camiseta negra con la imagen de un anime.

—¡Qué guay! ¡Eres fan de Jujutsu Kaisen! —digo estirando mi puño para que él lo choque conmigo.

—¡¿Tú también?! —dice sorprendido, choca mi puño con una sonrisa—. Ningún amigo la ha visto, es muy vieja para ellos.

Eso me dolió, porque yo la veía cuando era pequeño.

—No saben lo que se pierden, pero obviamente eres un hombre con buen gusto.

Mason se ríe y comienza a abrir las bandejas para ayudar a su hermana.

Yo descaradamente rodeo el mostrador y me meto entre medias de los dos, dejando una mano en cada hombro y digo:

—¿En qué puedo ayudar?

CAPÍTULO 11

HARRIET



Los observo con curiosidad mientras él habla con Mason de su anime preferido, haciendo todas las señas y poses que hacen los personajes para sus hechizos.

Nunca vi a Mason hablar tanto y con tanta pasión sobre algo. Como digo siempre, su problema es que pocas personas están en sintonía con él y eso lo aleja un poco de todos.

Sus amigos juegan online con llamativos y costosos ordenadores, haciendo que siempre se quede fuera de las conversaciones y, cuando consigue intervenir, algunos se aburren porque Mason usa palabras que nadie entiende. Uno de sus hobbies más apasionados es buscar palabras en diferentes idiomas que signifiquen algo muy específico y que nosotros no poseemos. Eso le apasiona, y una vez volvió con el ojo morado porque lo trataron de nerd y se burlaron de él.

Ese día sentí ira por primera vez, porque hemos pasado muchas cosas juntos, muchas penas y abandono, pero sentir que mi hermano estaba desprotegido hizo que perdiera la cabeza.

¿Hice lo que cualquier familiar maduro hubiese hecho? Claro que no. Les pedí a mis amigos de la calle que los asustaran hasta que se hicieran pis encima. Y como eso no me parecía suficiente, Isadora los grabó y los hizo virales en internet.

La maldad siempre tiene consecuencias.

Mi hermano abre las sillas plegables que tenemos para los domingos de feria y me hace señas

para que me siente.

Lo hago con cuidado, observando tan apasionada que casi me olvido de a lo que en realidad vine aquí, a vender.

Pero ¿quién demonios puede concentrarse si está el fotógrafo aquí?

Bernardo, aparentemente *PixelPoeta* no era su nombre.

—Bueno —dice Bernardo mirando la comida sobre el mostrador—, ¿cuál es la técnica?

—¿Técnica? —pregunto cruzando las piernas y los brazos.

—Ese tema otra vez... —susurra Mason.

Yo lo miro con odio y mi hermano me encoge sus hombros, restándole importancia.

Bernardo no entiende lo que está pasando.

—Mi hermana cree que la gente tiene que venir hacia nosotros y no nosotros a la gente.

Los ojos verdes del fotógrafo se posan en mí, esperando confirmación.

Yo solo me defiendo.

—No me gusta invadir a la gente, ellos tienen ojos, si ven algo que les gusta, lo comprarán.

—¿Ves con lo que tengo que lidiar? —protesta mi hermano.

Bernardo sostiene su barbilla con la mano y asiente lentamente.

—Lo veo, querido, lo veo. Es grave.

—Gravísimo.

—¿De qué demonios habláis?!

Bernardo levanta su dedo índice.

—Mírame.

Junta un muffin de cada sabor en una bandeja y rodea el puesto para ir al otro lado.

Señala la carpa:

—¿Dónde está el cartel?

—Se mojó —responde Mason.

—Tenemos que solucionarlo —anuncia. Voltea y comienza a asaltar a la gente que recorre la feria—. Hola, señora, ¿le gustaría probar los muffins de Harriet?

La señora se detiene y le sonríe.

—¿Gratis?

—Claro que sí.

¡¿Qué coño está haciendo?! ¡No puedo andar regalando comida que me costó un dinero hacer!

La señora prueba un poco y abre sus ojos.

—Está delicioso.

—Se lo dije —señala el puesto—, allí hay más.

La señora se acerca con un poco de timidez y pide dos muffins más para llevar.

Poco a poco, Bernardo reparte comida con sonrisas, haciendo chistes o simplemente siendo amable y extrovertido y la gente se acerca a mi puesto.

Yo vendo y Mason cobra.

Y hasta el mediodía estamos constantemente ocupados.

No puedo creerlo, pero ¿admitirlo? Nunca.



PARA EL FINAL del día no tengo nada que empaquetar.

No es un día normal, los domingos suelo regalar a los sintecho todo lo que me sobra y hoy vuelvo con las manos vacías, excepto por las bandejas y las sillas plegables.

Mientras guardo todo, escucho a Mason reír cuando la carpa se desarma sobre Bernardo, atrapándolo bajo la tela blanca. El fotógrafo busca desesperadamente salir y algo en su voz me dice que lo ayude. Cuando logro encontrar su cabeza, le quito la tela de encima.

—Gracias —balbucea un poco agitado.

Mason se ríe y Bernardo lo intenta, pero puedo ver que le cuesta desplegar su sonrisa.

—¿Estás bien?

—Sí, claro que sí —aclara apartando el resto de la tela—, solo intentaba hacer reír a tu hermano.

Pero no le creo, conozco esos gestos, la agitación y los ojos cargados con miedo.

No insisto en el tema y los ayudo a terminar.

—Al final no tomé ninguna foto —dice Bernardo mientras caminamos por el parque—. La gente se llevó todo tan rápido que no me dio tiempo.

—¡Fue increíble! —dice Mason—. ¡Nunca vendimos tanto!

Y no se me pasa que fue gracias a él.

—Nadie puede resistirse al carismático Bernardo Walker —dice.

—Oh, ¿hablas en tercera persona? Genial... —murmuro.

El único que se ríe es Mason, que entiende perfectamente a lo que me refiero.

Bernardo entrecierra sus ojos y saca el móvil del bolsillo de su cazadora.

—«En ciertos casos, el uso excesivo del ileísmo podría estar relacionado con tendencias narcisistas o egocéntricas. ¿La persona podría estar buscando constantemente llamar la atención sobre sí misma o resaltar su importancia?!» ¡Esto está completamente errado!

Los dos nos reímos, pero Bernardo sigue leyendo con preocupación.

—Sois crueles.

Mason se estira para poner una mano en su hombro.

—No está mal ser un poco narcisista, Bernardo...

—¡Que no lo soy!

Cuando llegamos a la entrada del parque carraspeo mi garganta con un poco de incomodidad.

—Bueno, gracias por todo... —digo forzando a mi vergüenza a irse.

—No, no te despidas —dice con ojos cómplices—. Dejad que os ayude.

Él carga con las sillas.

—Pero nosotros nos vamos en tren —dice Mason—. ¡Oye! ¿Qué coche tienes?

Puedo ver la incomodidad de Bernardo cuando posa sus ojos verdes sobre mí.

—Mason, no se hacen esas preguntas...

—Está bien... —aclara, y pone cara de pobrecito al mirar a Mason—. No tengo uno, tengo varios.

—¡Oh! —grita Mason impresionado por el comentario.

Yo, por supuesto, pongo los ojos en blanco, no puedo creer que mi hermano se maraville tanto...

Bernardo se ríe y guía el camino hasta la entrada del tren.

—Os acompañaré.

—Está bien, no te preocupes...

—Insisto —dice guiñándome un ojo.

CAPÍTULO 12

BERNARDO



¿Se nota que nunca me subí al tren?

Espero que no, porque ya pude apreciar que mi privilegio es un problema para ella, por eso actúo como si fuese algo cotidiano.

Hasta fingí haberme olvidado mi tarjeta para que ella pasara la suya. Al menos ahora le debo dinero, cosa que me entusiasma, así tengo la excusa perfecta para volver a encontrarla.

Estoy mintiendo, una vez mi madre me subió al metro cuando era niño, me acuerdo de los ruidos y la voz robótica que anunciaba las paradas.

Nada de eso ha cambiado.

Y cuando se abren las puertas, entro caminando tranquilamente a pesar de estar encerrado en un tubo metálico.

Esa siempre fue la razón por la cual evito el medio de transporte más famoso de San Francisco, el BART (Bay Area Rapid Transit), así se llama este sarcófago enlatado.

Los pasajeros están ensimismados en sus propios universos, todos con auriculares, y el traqueteo inconfundible del tren en movimiento me pone los pelos de punta. Pero luego miro a los dos hermanos sentirse cómodos aquí sentados, delante de mí, e intento enfocarme en eso, en calmar el principio de ansiedad que me consume cuando estoy en lugares así.

¿Te estarás preguntando por qué no siento eso en una carpa?

La respuesta es simple: la carpa tiene un puto cierre por donde puedo escapar en caso de necesitarlo. Aquí estamos bajo tierra, o mar, depende del recorrido de este tren, y no hay escapatoria.

No puedo apretar el botón de emergencia y salir al aire fresco.

Joder.

Odio estos lugares, los odio.

—¿Estás bien? —pregunta Harriet mirándome de reojo.

—¿Yo? Pfff, siempre estoy bien —miento.

Y la Bandida no cree ni por un segundo lo que acabo de decirle.

—Oye, Mason —dice empujando con el codo al hermano—, dile a Bernardo una palabra de esas que te gustan.

Arqueo una ceja, pero Mason parece brillar.

—Ayekan —dice con orgullo, y al ver mi rostro confundido agrega—: Significa mantener el espíritu alegre y positivo.

—Eso me gusta —llego a la conclusión—, ¿de dónde sacas esas palabras?

Mason encoge los hombros.

—Las leo por ahí.

Miro a Harriet y ella señala su cabeza, no entiendo a qué se refiere y ella parece enojarse y se dispone a mirar por la ventanilla hacia la oscuridad subterránea. O al menos eso creo, hasta que conecto con su mirada en el reflejo del cristal. Le sonrío como hago siempre, pero ella mira lejos.

Será un muro impenetrable, pero sé que eventualmente podré asomarme por encima y decirle algo que la haga sonreír.

Antes de darme cuenta, ya estamos en la estación Montgomery y en el momento en que salimos a la luz, puedo sentir el oxígeno inundando mis pulmones.

—Oye, mira que son muchas calles —aclara, mirándome de reojo.

—Me gusta caminar... —respondo con un poco de malicia, sé que quiere deshacerse de mí y no voy a permitir que lo consiga.

—¿Alguna vez has estado por el barrio chino?

Mason camina al menos cinco pasos delante de nosotros, juventud pura.

—Por supuesto, pero hace muchos años que no venía, está cada día más pintoresco.

—Supongo... —responde mirando al suelo.

¿Acaso está avergonzada? ¡¿Qué demonios?! Este barrio es increíble. Es como si hubiera cruzado una frontera cultural sin salir de la ciudad. Faroles de papel cuelgan como guirnaldas, y el aire se impregna de aromas exóticos y especias. Me sumerjo en colores y sonidos, con escaparates de productos raros y letreros en chino que dan vida a cada esquina.

El bullicio de comerciantes y turistas crea una emoción imposible de plasmar en una imagen. Es más que un barrio, es una experiencia sensorial que despierta mi curiosidad y me invita a explorar cada rincón con ojos ávidos.

Me pican las manos por tomar fotos, pero están ocupadas con cosas del puesto.

—Oye, vives en uno de los barrios más famosos de este país.

—Lo sé, lo sé, solo creo que no es el mejor ambiente para Mason.

Puede ser que sea demasiado vibrante y no muy recomendado para niños, pero Mason parece ser muy maduro para su edad y, por lo que veo, transita este barrio como si fuese parte de su propio cuerpo.

—No vivirás aquí para siempre, Harriet —susurro.

Ella levanta la mirada y asiente.

—Es aquí —dice delante de una puerta toda pintarrajeada por grafitis y stickers superpuestos de bandas y mensajes políticos.

Justo al lado hay un restaurante asiático con un tipo moviendo un wok enérgicamente sobre el fuego detrás del escaparate para que todos lo vean.

Inmediatamente después de la puerta, hay una escalera muy empinada, y la ayudo a cargar las bolsas.

Mason sube corriendo con las llaves en su mano para abrir antes de que lleguemos. Cuando la puerta se abre, intento ocultar mi aturdimiento.

Es un lugar... ¿Cómo describirlo? Precario, sí, esa es la palabra. Y es verdad que no debería escandalizarme por ello, he convivido con tribus guerreras en chozas de mierda, literalmente, hechas de mierda; esto no debería ser tan...

Lo primero que encuentro es la pared que me llamó la atención en la foto. Lo que no se veía allí era el dibujo al lado de una casita y un niño hecho de palitos.

—Yo no fui —declara Mason cuando me encuentra mirando esa obra de arte—. Lo hicieron los niños que vivían aquí antes.

Harriet asiente.

—Algún día quizás lo pintaremos, pero nos encariñamos con el dibujo —se ríe por lo bajo—. Puedes dejarlo sobre la encimera —indica, y con cuidado dejo todo allí.

—Hatty, ¿puedo usar la tablet? —pregunta Mason.

—Ve... —responde ella.

Mason se da media vuelta y se encierra tras una puerta.

—Bueno —dice ella—, gracias de nuevo.

—No hay problema, Harriet —respondo caminando hacia la pequeña ventana que da a la calle transitada, debajo hay un sofá con sábanas revueltas y un sujetador olvidado.

—Ahí duerme momentáneamente Isadora, mi compañera de cuarto.

Joder.

¿Cuántos viven aquí?

Trago con fuerza mis palabras.

En ese momento, la puerta se abre e Isadora entra con sus auriculares puestos. Se le iluminan los ojos cuando encuentra a su amiga, pero rápidamente me encuentra a mí y baja la intensidad.

—Isa, él es Bernardo —indica con nerviosismo.

Isadora se acerca a mí con las manos en su chaqueta, me mira de arriba a abajo y hace una pompa con un chicle rosa.

Luego me guiña un ojo.

—De nada, fotógrafo —susurra.

Me río por lo bajo y extendiendo la mano.

—Un gusto.

Isa se sienta en el sillón y saca el móvil.

—Yo como si no estuviera.

—Bernardo se iba de todas maneras —dice Harriet.

—Ah, ¿sí? —respondo con media sonrisa mientras vuelvo a ella, solo estamos a unos pasos.

Se ríe.

Se ríe raspando su garganta como si fuese imposible aguantar la risa.

Y yo me quedo estúpido.

—Está bien, sé captar una indirecta cuando me la lanzan, ¿te veo el próximo domingo?

Espero poder sacar esas fotos antes de que todos devoren tus creaciones.

Eso hace que Isadora levante la cabeza.

—¿Y la comida?

Harriet sonríe otra vez.

—¡No quedo nada!

—¡¿Qué?! —Isadora se levanta con toda su altura y por primera vez le veo una expresión diferente a la neutra y aburrida que lleva siempre.

—¡Todo!

Me mira y levanto las manos.

—Yo no hice nada.

—Eso no es verdad, Bernardo nos ayudó muchísimo, el mérito es suyo —explica la Bandida.

—Ya sabes, si quieres un vendedor, solo llámame.

Harriet asiente con una sonrisa.

No lo puedo creer, la estoy haciendo sonreír.

—¿Por qué no os dais los números? —dice Isadora con un tono sugerente—. Nunca se sabe cuándo vayáis a necesitar el uno del otro.

Los dos intercambiamos miradas, la de ella carga con nervios y la mía, bueno, la mía demuestra que estoy absolutamente agradecido por tener a Isadora de mi lado.

CAPÍTULO 13

HARRIET



—¿Qué pasa? —pregunta Isa del otro lado de la mesa mientras dobla su uniforme recién lavado.

Las dos solemos aprovechar los sábados para lavar la ropa ya que no podemos durante la semana.

—¿Qué pasa de qué?

—Te has reído.

—¿Sí?

Isa me lanza esa mirada borde que suele llevar y vuelvo a reírme.

—Me he acordado de algo que pasó el domingo pasado, una señora le pidió el número a Bernardo y él...—Cuando levanto la mirada, Isa me muestra una media sonrisa absolutamente engreída—. ¡¿Qué?!

—¿Has vuelto a hablar con el fotógrafo?

—No... —digo ocultando un poco la decepción.

No lo conozco lo suficiente, pero puedo darme cuenta de que es *insistente* como un vendedor de coches, y que no haya mandado ni un solo mensaje en toda la semana... se siente raro.

Quizás inconscientemente estaba esperando que lo hiciera.

¿Qué?! El tipo se ofreció a ayudar y el hecho de que gracias a él hayas vendido todo lo que has cocinado, que bese como si fuese un profesional y que encima se lleve muy bien con tu hermanito, no tiene absolutamente nada que ver con que... Ah... ¿Qué demonios estoy pensando?

Me siento estúpida, sí, por supuesto que sí, estaba usando todos los repelentes posibles para alejarlo ¿y ahora lo busco?

Ni yo me entiendo.

—Y, ¿por qué no lo contactas tú? —pregunta Isa.

—¿Yo?! ¿Estás loca? ¿Y decirle qué?

—No lo sé, estás sola un sábado por la noche. Mason se fue a dormir a casa de su amigo y estás doblando la colada como si fuese el mejor plan para un fin de semana. Llámalo, pregúntale qué hace hoy.

—No. —Me levanto de la silla, mis nervios se dispararon de solo imaginar una situación así de embarazosa y cuando eso pasa, me pongo a limpiar.

—¡Suelta esa esponja ya mismo, Harriet Baker! —grita Isadora golpeando las manos sobre la mesa.

Yo la suelto y levanto las manos como si Isa fuese un policía.

—¡No puedo llamarlo, Isa! —grito—. ¡Le robé la cámara!, ¿lo recuerdas? ¿Y qué le diría? Si lo único que quiere es sacarle fotos a mis preparaciones. Y aparte, ¿quién te dijo que quiero llamarlo?

—Ehh... ¿tú? Con esa cara de perrito abandonado que me llevas... Claramente se siente atraído por ti, ¿y no me dijiste que fue el mejor besador que has tenido hasta ahora?

—Sí... —Me cruzo de brazos, la mesa en el medio nos divide.

—¡Llámalo!

—¡No!

—¡Hazlo!

—¡No!

El móvil sobre la mesa comienza a sonar, las dos lo miramos de soslayo como si fuese una bomba a punto de explotar.

Bernardo llama.

Salto lejos del móvil.

—¡Nos escuchó! ¡Nos escuchó! —Camino sin sentido, golpeándome con cualquier objeto que tenga cerca, tropezándome reiteradas veces.

—¡Contesta!

Sacudo mis manos en el aire como si quemaran.

—No puedo.

—Si no lo haces, lo cojo yo.

Niego con la cabeza e Isa se arroja sobre la mesa, derribando toda la ropa doblada, y yo sobre ella. Entre el vaivén de movimiento, se desbloquea la llamada y escucho.

—¿Hola?!

—¡Háblale! —susurra Isadora con histeria, poniendo el móvil en altavoz, luego encoge un hombro para justificar su entrometimiento.

—Hola, hola, Bernardo —digo sentándome en la silla.

—¡Bandida, te necesito! —dice con un tono jocoso.

—¿Bandida? —susurra Isa.

Encojo mis hombros, no está tan errado.

—A-ah, ¿sí? —pregunto sintiendo que mi corazón está a punto de explotar en mi pecho. Isa cubre su frente con la mano, decepcionada por mis habilidades de comunicación.

—Sí, escúchame, sé que esto es loco e improvisado... —dice— pero mi amigo Alexander tenía una fiesta programada para esta noche y acaba de llamarle al catering que estaba en camino para informarle que tuvo un accidente con la furgoneta y que perdió toda la comida. ¿Crees que puedes ayudarnos? Sé que tienes la habilidad y Alex está desesperado. —Escucho la voz de un hombre detrás decir algo sobre que son todos unos incompetentes—. Puedes cobrarle lo que quieras, el dinero no es un problema.

Isa abre los ojos y yo me quedo con la boca abierta sin decir nada.

—¿Harriet?

—Sí, aquí está —dice Isa, ayudándome con la situación—. ¿Cuántas personas?

—Unas cincuenta.

—¿Crees que puedes hacerlo? —pregunta Isa en un tono tranquilo—. Yo te ayudo en lo que me pidas.

—Eh... —me rasco la cabeza pensando, haciendo cálculos—. Quizás algo simple, no tengo tiempo para algo elaborado. ¿A qué hora llegan?

—En dos horas.

—¿Dos horas?! —repito sosteniendo mi frente—. No sé si puedo...

—¿Canapés? —aconseja Isa.

—Eso mismo estaba pensando.

—¡Oye! —grita Bernardo—, eso está genial, sé que puedes hacerlo.

Niego con la cabeza.

—Sí, lo haremos —dice Isa con firmeza—. Estaremos allí lo más rápido posible, envíanos la dirección.

—Enseguida, y Harriet... trae tus tarjetas personales, que tienes un vendedor aquí listo para promocionarte.



EL HORNO SIGUE ENCENDIDO.

Las tostadas con aceite de oliva se preparan mientras termino de montar la primera tanda con salmón ahumado y alcaparras en un plato blanco muy precario que Isa consiguió en el bazar del barrio.

Ella está envolviendo todo y lo apila en una bolsa.

Ya casi estamos listas.

—Deja de mover la hojita de perejil, el plato está perfecto —me regaña mi amiga cuando me pongo perfeccionista.

—No puede quedar mal, esto es muy importante, ¿te imaginas? ¡Si a alguien más le gustan mis platos, podríamos tener clientes!

—Podrías, este es tu negocio, y por eso el fotógrafo pidió que lleves tarjetas, por cierto, ¿cómo sabe que tienes unas?

Hace unos meses, Isa me dio la sorpresa e imprimió tarjetas para el puesto de la feria, todavía las tengo guardadas porque casi nadie las coge.

—No tengo ni idea, ¿las vería el domingo? No lo sé. —Limpio mis manos en el delantal y abro la puerta del horno para sacar la última tanda—. Ya casi está, ¿cuánto tiempo nos queda?

—Cuarenta minutos, que es el tiempo que tardaremos en llegar, ¿quieres que llame al Uber?

—Sí, y cámbiate, necesitamos estar presentables, probablemente necesitan camareras.

Cuando levanto la cabeza, encuentro a mi amiga en ropa interior, poniéndose unos pantalones negros, saltando a pata coja.

Obviamente me hace reír, haciendo que mis hombros se relajen.

Una vez lista, camina rápidamente hacia mí.

—Ve a prepararte, yo termino con este plato, el Uber llega en quince minutos.

Una vez dentro del coche, las dos nos enfocamos en que no se estropeen los platos con cada volantazo que el conductor da.

—Joder, ¿puedes ir más despacio? —grita Isa sosteniendo las bandejas con las manos y con las piernas las bolsas llenas de comida.

—Lo siento —responde el tipo mirándonos por el espejo retrovisor—, van a un barrio lujoso, ¿no es así?

—¿Y a ti qué coño te importa? —responde Isa con su rostro furioso—. Limítate a llevarnos y olvídate de las cinco estrellas, fisgón.

Trago saliva con fuerza.

Cuando el coche se detiene, vuelvo a tragar con más nervios que antes.

Isa no parece afectada por la casa excéntrica delante de nosotras en una colina en la ciudad llamada Tiburón.

Hay varios coches estacionados en la entrada y puedo escuchar música saliendo por las ventanas.

Es de esas casas modernas, cuadradas y con tantas ventanas que me hace preguntarme quién demonios quiere limpiar tanto cristal.

Mientras subimos por una escalinata, escucho su voz.

—¡Ahí están! —Bernardo aparece por la puerta—. La gente está bebiendo sin nada en el estómago y así es como comienzan las demandas, venid, pasad.

Cuando entramos al vestíbulo, puedo escuchar el bullicio en algún salón a lo lejos con música electrónica sonando alto, pero solo encuentro a un hombre de pie con las manos en los bolsillos.

Miro hacia arriba.

—Tú debes de ser Harriet —dice con una voz profunda—. Gracias por ayudarme.

—Te daría la mano pero, cómo verás... —digo levantando las bandejas.

—Sí, claro, ven.

El tipo es gigante, literalmente un gigante. La espalda más ancha que vi en mi vida, su pelo largo está recogido en la nuca y lleva un traje que evidentemente es a medida porque los maniqués no son así en ningún lugar del mundo.

Entramos a una cocina amplia y moderna, con suelos de mármol y madera cálida allá donde mire.

Hay un ventanal a un lado que me muestra una piscina turquesa, con el agua iluminada y gente alrededor, con copas y muchas carcajadas.

—Este es tu espacio —dice el gigante—, usa todo lo que necesites como si fuera tuyo y, cuando estés lista, vas sacando los platos al salón.

Okay...

Bernardo entra junto con Isa y por primera vez puedo mirarlo a los ojos.

Por alguna razón, él me lanza un guiño y comienza a sacar todo de las bolsas.

—Ya puedo imaginar lo que será esto —dice poniéndose de pie a mi lado.

Yo recojo mi pelo, Isa hace lo mismo y comenzamos a preparar los platos.

—No es mi mejor trabajo, pero...

—Sí lo es, hiciste magia en solo unas horas —argumenta apoyando su mano en mi hombro derecho, siento que sale fuego de allí, hasta que por mi hombro izquierdo se asoma el gigante.

—Joder, eso no me llena ni una muela.

Volteo y estiro la mano.

—Ahora sí, gracias por tenerme en cuenta.

El tipo devuelve el gesto.

—Espero que la comida sea tan buena como me la vendieron —dice mirando a Bernardo—. Soy Alexander, por cierto, dueño de este lugar. Por favor, no me preguntes cosas innecesarias y, si tienes dudas, puedes preguntarle a mi amigo. Adiós.

Se da la vuelta y se retira uniéndose a la fiesta de fuera.

Bernardo me empuja con el codo.

—Parece un idiota, pero no lo es, créeme.

—No espero mucho de hombres como él —respondo—. ¿Puedes indicarnos dónde quiere esto?

—Claro, vamos.

Los tres cogemos un par de bandejas cargadas de comida y Bernardo nos lleva por la mansión hasta que encontramos una mesa imponente.

—Dejad algunos aquí, estos otros podríamos dejarlos en aquella esquina, es un tentempié, nadie se sentará a comer.

—¿No quieres que repartamos? —pregunto.

Bernardo parece ofenderse.

—¿Qué? ¡No! Esto es una fiesta, disfrutadla.

CAPÍTULO 14

BERNARDO



«Eso que estás masticando lo hizo mi amiga, aquí tienes la tarjeta».

«¿Te gusta? Pues llámala, aquí tienes su número».

«Esto es lo más delicioso que he probado en mi vida, ¿no quieres un poquito?».

Estas son algunas de las frases que digo a medida que la gente se acerca a los platos y prueba su comida.

Todos comentan lo rico que está todo, excepto quizás algún obsesivo de esos que comen solo un tipo de comida durante toda su vida.

Harriet está en un rincón mirando todo desde la lejanía, por eso me acerco con un plato de su propia comida.

—No los has probado, ¿no?

Isa extiende la mano y coge uno.

—Mmm... Yo ya sabía que estarían increíbles, por algo vivo con ella —dice con la boca llena.

Harriet prueba uno y lo saborea con cuidado.

—Podría estar mejor —declara.

—«Podría estar mejor» —agrega al mismo tiempo Isadora—, siempre dice lo mismo.

Dejo el plato en la mesa de atrás.

—¿Habéis visto la casa ya?

—No, estamos bien aquí.

Arqueo una ceja.

—¿Crees que Alexander se compró esta mansión para no alardear? Vamos, reíros un rato de los ricos.

Las dos se miran y caminan detrás de mí a medida que nos movemos hacia el exterior de la casa, justo donde termina la montaña, acaba la piscina, pero ya no queda nadie aquí, el frío comenzó a apretar.

Hay un juego de sillones blancos casi vacíos, excepto por Archie y Jareth quienes nos observan aproximarnos con cautela.

El primero que se levanta es Archie, habiendo sido educado con el látigo de su madrastra sabe ser carismático cuando quiere.

—Eres Harriet, ¿no? Es un placer enorme conocer...

—¡No! —digo alejando la mano que estiraba para que Harriet la sujetara—. No, Archie.

Él levanta las manos en derrota.

—No seas así, Buenardo, déjame presentarme a tu nueva amiga.

Pongo los ojos en blanco y me aparto solo un poco. Harriet está detrás de mí y le lanza una sonrisa tímida.

—Hola.

—Como decía, un placer conocerte, cuando te aburras de Buenardo, puedes venir a buscarme.

Harriet arquea una ceja, por eso vuelvo a intervenir.

—Y ella es Isadora —explico.

Archie sujeta su mano y guiña un ojo con descaro.

—Y esa sombra tenebrosa de ahí ya la conocéis, es Jareth.

Jareth mira a Harriet con detenimiento y la saluda levantando la barbilla, por supuesto no se levanta.

No se me escapa que no mira a Isadora, no después de lo que pasó el otro día, así que cuando las invito a sentarse un rato, le indico el lugar más alejado de él.

La diferencia entre las dos es que Harriet es un poco más tímida, aparte de pequeña. La amiga, en cambio, es imponente y ocupa espacio como si fuese una emperatriz.

Tal como lo hace Jareth, me doy cuenta.

—¿Cómo habéis conseguido salvar a Alex de esta «catástrofe»? —pregunta Archie haciendo comillas en el aire.

Me río con él ya que pasamos horas burlándonos de la crisis mental que tuvo Alex cuando lo llamó su servicio de catering.

—Los invitados de Alex son los nuevos potenciales inversionistas para su negocio, era muy importante para él impresionarlos —aclaro.

—Oh, entiendo —dice la Bandida mirando hacia el interior de la casa—. Los canapés son una opción muy versátil, se hacen rápido y puedes inventar variedades para no aburrir a la gente.

—El de atún fue definitivamente mi preferido —digo a pesar de que nadie haya preguntado mi opinión.

Harriet ronda mi rostro por un segundo y luego baja la mirada.

¿Soy demasiado? Sé que a veces soy demasiado para la gente, será mejor bajar un nivel o dos.

Mi intención era que la Bandida se sintiera orgullosa de lo que logró esta noche y no solo eso, espero que demande un buen pago de parte de Alex.

Observo cómo esconde sus manos entre las piernas de manera nerviosa y recuerdo cuando en el tren me distrajo hablando de algo trivial.

—Oye, ¿cómo está Mason? —pregunto y escaneo a mis amigos viendo sus reacciones. Para mi sorpresa, el único que sigue activo en esta conversación es Archie, ya que Jareth mira fijamente a Isa con ojos que podrían matarla, ella por supuesto, examina sus uñas sin darle un mínimo de atención.

Joder, cuando quiere, puede ser el mejor psicópata de la ciudad.

—Bien, fue a casa de un amigo hoy, debe estar comiendo y jugando como un descontrolado.

—¿Quién es Mason? —pregunta Archie.

—Mi hermano.

—¡Oh! —dice mirándome con un poco de alivio. ¿Qué demonios?—. ¿Y cuántos años tiene?

—Trece.

—Qué días aquellos —dice dejando caer su espalda sobre el sofá, sus manos en la nuca—. Cuando tu única preocupación era pasar de nivel en la Play.

Me río recordando esos días.

—Archie siempre perdía —digo por lo bajo, pero no tan bajo, para asegurarme de que me escuche.

—¡Oye! Eso es mentira.

—No lo es —agrega Jareth saliendo de su trance—, eras tan bueno jugando como tu madre escondiendo sus tetas del resto.

Archie le lanza un cojín y Jareth lo atrapa en el aire sin esfuerzo.

Tanto Harriet como Isadora nos miran con espanto, nadie comprende cómo es que nos llevamos bien en este grupo.

—No es su madre —aclaro—, es su madrastra y todos la odiamos, no os preocupéis.

—Oh... —dice simplemente, pero puedo ver el intercambio de miradas, deben pensar que somos unos machos idiotas.

—No se merece el respeto de nadie —murmura Archie dándole un trago a un vaso olvidado de vino—. Pero, quién no tiene familiares complicados, ¿no?

Harriet asiente pensativamente, no conozco su situación, no tengo idea de cómo terminó haciéndose cargo de su hermano y preguntar sería de entrometido.

—Amén —dice Isadora—, ¿dónde puedo conseguir algo de beber?

—Bajo la montaña hay un lago —murmura Jareth mirando su copa.

Isadora finalmente le otorga un poco de protagonismo.

—Y lo sabes porque...

Archie se ríe por lo bajo.

—Porque uno siempre tiene que saber a dónde mandar a la sirvienta.

—Oye —digo cambiando mi voz por una menos amigable—. Jar, basta ya.

Pero los ojos de Isadora parecen encenderse.

—Dime algo, ¿tiendes a sentirte atraído por las mujeres de profesiones con sueldos bajos o es una casualidad?

Jareth le da una de esas sonrisas falsas.

Archie se inclina para estar más cerca de mi oído.

—Estás viendo lo mismo que yo, ¿verdad?

—Aha... —respondo con miedo.

Harriet se acerca.

—¿Qué está pasando?

—Jareth tiene una contrincante —murmuro.

—Un juguete nuevo —susurra Archie, y los tres nos miramos con temor.



TODAVÍA NO PUEDO CREER VER una reacción en Jareth.

Honestamente, es algo difícil de lograr en él, pero parece que Isadora despierta algo irritante en su ser.

Siguen discutiendo, lanzándose dardos e insultándose con elegancia cuando recuerdo que Harriet está aquí.

Sentada a mi lado, adorable, masticable, digerible diría también.

—Te invito a ver si esta vista de San Francisco le gana a las otras que mencionaste en la gala.

Nunca volvimos a hablar de esa noche, no hablamos de lo que hizo, o del beso que nos dimos, será por eso por lo que sus ojos están llenos de pánico.

—¿Aquí?

Me río.

—Claro que aquí, Alex tiene una de las mejores vistas. Ven, te lo enseñaré.

Abro la boca para excusarnos, pero nadie parece notarnos. Archie está con su móvil sonriendo con maldad y los otros dos siguen con ese flirteo pasivo-agresivo o lo que sea que estén haciendo.

Indico el camino más allá de la piscina, unas escaleras de ladrillo rojo nos llevan hasta el secreto mejor guardado de Alex.

Una pequeña casa de piscina que tan solo tiene las cosas básicas. Él dice que es el mejor lugar para alojar invitados sin tenerlos en su casa, pero lo que más me gusta es la vista de la ciudad desde aquí.

La Bandida mira con detenimiento, puedo ver el reflejo de las luces de la ciudad en sus ojos y me muero por tomarle una foto. No sé por qué estoy obsesionado con su rostro, hay algo ahí, entre su mandíbula y su boca que me fascina, quizás por eso no pude resistirme el día que la conocí.

—Supongo que tener dinero trae sus beneficios —se ríe, y cuando busca mi mirada, su sonrisa comienza a desvanecerse.

—No es todo tan malo —me río de vuelta.

—¿Tú vives en un lugar así?

—Así, ¿cómo? —la molesto, me gusta escuchar sus opiniones con respecto a la gente adinerada.

—Así... Excesivo.

—Nah —guardo mis manos en la chaqueta y señalo con la cabeza las tumbonas para sentarnos—. Viajo demasiado como para vivir en un lugar que demande tanto mi atención, estoy bien en mi piso.

Harriet se sienta y de nuevo guarda las manos entre sus piernas; sus ojos se posan en el paisaje. La bahía de San Francisco se despliega ante nosotros como un lienzo urbano hirviendo

de vida. Las aguas reflejan la energía de la ciudad con destellos, mientras los rascacielos desafían el cielo con su presencia imponente.

No sé cuántas fotos tengo de la ciudad, insuficientes, seguro.

Cuando me siento, me acomodo para verla solo a ella.

—¿Es por tu trabajo que viajas tanto?

Asiento, mirando el cielo por un momento, hay una grieta entre las nubes por donde asoma la luna y dejo mis ojos puestos allí.

—Sí, suelen llamarme de algunas revistas de ciencia o documentalistas que necesitan un reportaje de la expedición, ahí es donde entro yo.

Harriet toma aire profundamente y lo suelta, dándome un nuevo tipo de suspiro. Parece que algo la agobia de golpe.

—Las cosas que habrás experimentado, ¿no?

Eso sí, pero muchas no son glamurosas.

Como cuando me senté sobre un hormiguero de hormigas asesinas y pasé una semana en un hospital en medio de África, o cuando una araña se me metió en el oído durante la noche.

E hizo nido.

Me recorre un escalofrío al recordar esa última experiencia.

—Sí, es lo que más me gusta hacer.

—¿Y por qué estás en San Francisco ahora?

Dejo caer mi cabeza y miro hacia las pequeñas luces del otro lado de la bahía.

—No lo sé...

Harriet se gira hacia mí y apoya su cabeza en la tumbona con suavidad.

—No te creo.

Me río y la miro a los ojos.

—Yo suelo hacer un ejercicio que me ha enseñado mi madre, es muy bueno, ¿quieres escucharlo? —Harriet asiente con entusiasmo—. Debes mirarte desde lejos, como si fueras un espectador de tu vida. Inténtalo, ¿puedes verte desde arriba siendo observada por ti?

Harriet cierra los ojos por un segundo.

—Sí, puedo verme.

—Bueno, tu «yo» desde arriba lo sabe todo, conoce todo sobre ti, inclusive las cosas que tú te dices para convencerte de algo. Las mentiras, las verdades crudas, esa persona lo sabe todo. Entonces lo que yo hice siempre, fue mirar mi vida desde arriba, juzgarla, observarla. Siempre, y no te miento, siempre me encontré feliz, haciendo lo que más me gusta hacer, que es explorar el mundo, capturar el momento con mi cámara; siempre sentía que en ese instante yo era verdaderamente feliz. Esa era toda la señal que necesitaba para saber que estaba siendo fiel a mí mismo, que ese era el camino que debía seguir.

Harriet me escucha con atención y cuando abre los ojos me mira con un poco de tristeza, como si lo que hubiera visto no fuese algo bonito.

—¿Y cuándo no fue así?

—Hace un año... —respondo mirando mis zapatillas—. Hace un año hice el ejercicio por última vez y ya no sentí que estaba siendo fiel a mí mismo, lo había notado antes, en algunas situaciones donde comencé a sentirme solo, a envidiar a gente querida como mis primos, y ahí comencé a sospechar que estaba haciendo algo que nunca había hecho hasta ese momento, engañarme a mí mismo.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

Encojo mis hombros.

—Comencé a sentir que había algo que faltaba en mi vida, me he encontrado en los paisajes más arrebatadores del mundo solo y me preguntaba cómo sería compartirlo con alguien, vivirlo en familia en vez de con un grupo de desconocidos con cámaras y cables. No lo sé, quizás me estoy volviendo viejo.

—¿Extrañas a tu familia cuando viajas?

—Sí, últimamente más aún, los llamé con un móvil satelital cuando estaba acampando en el Aconcagua y estaban todos sentados en una larga mesa, comiendo, riendo, disfrutando de la compañía, y en ese momento sentí que no valía la pena estar solo allí. Podía volver cuando quisiera, pero tú no sabes lo difícil que es conseguir que toda mi familia se reúna a la vez en un solo lugar.

Harriet se ríe soltando una carcajada que me sorprende.

—Lo siento, me imaginé toda la situación.

Si supiera que la miré así porque quería ver su risa.

—Lo sé, no tienes que pedirme perdón.

—Volviendo a lo tuyo, creo que quizás debas darle a tu cuerpo lo que te pide. Si lo que necesita es pasar tiempo con tu familia, hazlo.

—Eso intento, paso mucho tiempo con mis padres últimamente, con mi prima y sus hijos... Pero, hay un rincón que aún se siente vacío y no sé qué es lo que falta. —Me río sin gracia—. No sé por qué estoy contándote todos mis dramas.

—A veces es más fácil charlar con un desconocido, nos sentimos más libres.

Y por un segundo me doy cuenta de que todo ese espacio vacío, no se siente tan hueco como antes, con esta desconocida.

Esta Bandida.

CAPÍTULO 15

HARRIET



Hace unos años, iba caminando con Isa por la avenida luchando contra el frío que se filtraba por mi chaqueta. Isa me miró con extrañeza y me dijo que no hacía tanto frío, de hecho, ella solo llevaba una camiseta y una chaqueta vaquera.

A partir de entonces comencé a prestar un poco más de atención y llegué a la horrenda conclusión de que soy una persona friolera.

Extremadamente friolera.

Mis manos siempre están frías y mis uñas violetas, más de una vez creí que perdería el dedo del pie por lo congelado que estaba y no me hagas hablar de la nariz, siempre fría.

Y resulta que vivo en una de las ciudades más crudas de esta costa.

Nada loco, solo un gramo más de la mala suerte que me persigue por la vida.

Por eso cuando Bernardo dice:

—¿Tienes frío? —Encojo mis hombros restándole importancia.

—Siempre tengo frío, estoy acostumbrada.

Se sienta en la tumbona y me mira.

—Tu nariz está muy roja, ¿quieres ir adentro?

La verdad, no quiero hacerlo, me gusta estar aquí, hablando con él, lejos de todos esos pijos.

—No, estoy bien.

—Podemos ir a la casa de la piscina —señala sobre su hombro—, tenemos la misma vista y estamos resguardados.

Si supiera que no es la vista lo que quiero seguir teniendo.

Miro hacia atrás, una pequeña casa que es tres veces más grande que mi piso, puedo ver un salón tras unos ventanales gigantes, se ve acogedor.

Joder, Alexander tiene una mansión y la versión miniatura de esa mansión mientras yo solo poseo una bicicleta.

—Vamos, no quiero que termines con hipotermia. —Estira su mano para que la coja y sé lo que está haciendo, pero pretendo no darme cuenta.

Inocentemente, cojo su mano y él me lleva hacia esa casa, la que todavía no entiendo bien su propósito, pero supongo que los ricos solo quieren más cosas para acumular.

La puerta se desliza hacia el costado y cuando entramos puedo sentir la tibieza, por ende, está calefactada. ¿Cómo termina alguien con tanto poder adquisitivo? Yo nunca necesité nada de esto, pero puedo imaginar a Mason sentirse impresionado por tanta riqueza.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta caminando hacia una pequeña cocina detrás del sillón—. Creo que Alex esconde aquí sus mejores licores.

—Estoy bien —digo sentándome en el sillón.

Beber no es una opción cuando mañana tengo que trabajar desde temprano en la feria.

Bernardo se acerca con dos vasos de agua y los deja en la mesita de café delante de mí, ninguno toma un sorbo.

—¿Tienes que ir a buscar a Mason? —pregunta desplomando su cuerpo en el sillón, este se hunde haciendo que me caiga un poco sobre él.

Los dos nos reímos con nervios por la proximidad.

—Hasta mañana no, le di el día libre hasta que termine en la feria. Esta fue la última semana de colegio, comenzó oficialmente las vacaciones, así que aproveché que su amigo lo invitó para darle un descanso.

—¡Ah! Por cierto, ¿qué demonios quisiste decirme en el tren el otro día? ¿Que está loco?

Me río descontroladamente durante varios segundos, ¡está tan confundido!

—¡No! —Limpio mis lágrimas, hace mucho que no me reía tanto—. Mason es un niño con alta capacidad intelectual.

Él abre sus ojos verdes, por primera vez noto que sus cejas son cobrizas como su pelo.

—¿Así como un genio?

—Algo así, lo noté cuando era pequeño, resolvía su tarea mucho más rápido que el resto de niños y no necesitaba mi ayuda. Un día me llamó la directora del instituto para decirme que quería hacerle unos exámenes, por eso llegamos a la conclusión de que sí lo era.

—¡Eso es genial! Es tan preadolescente que no lo noté.

—Es adaptativo, a veces creo que baja un poco para estar a nuestro nivel.

—Pobre, debe pensar que somos todos...

—Tontos, sí, lo sé, siempre digo lo mismo.

Nos reímos y en el movimiento Bernardo termina un poco más cerca.

¿Qué estoy haciendo?

Tendría que rescatar a Isa de las manos de ese pedante y salir de aquí.

Yo no puedo estar con hombres como Bernardo y me conozco, si me encariño con él puede que después se despierten todos los putos traumas de mi pasado y me toque revivirlos de nuevo al detalle.

Termina esto, vete de aquí.

—Oye —pregunta poniendo una mano sobre el respaldo detrás de mí—, ¿y no se le da una beca a chicos como él?

—Sí, normalmente es así, la directora está buscando, pero pocas personas apuestan por chicos de clases bajas.

—Eso no es justo —dice uniendo sus cejas—, la clase no tiene absolutamente nada que ver con la inteligencia.

—Lo sé —digo dejando que él solito se dé cuenta de las diferencias que tenemos—. Por eso necesito ahorrar, por si nadie le da una oportunidad, aún tengo un par de años más para conseguirlo y, si saco un crédito, quizás pueda...

—No pienses en eso ahora —dice—, me apuesto todo mi equipo de fotografía a que piensas en eso veinticuatro siete.

—¿Tan evidente es? —Me río.

—Creo que poco a poco te estoy conociendo, Bandida —dice quitando el pelo de mi rostro.

—Ese es el apodo que me toca, ¿eh? —Lo molesto.

—Es lo mínimo que te mereces por dejarme plantado en el balcón. —Su media sonrisa me hunde en el sofá, sus ojos rondan por mi boca y de golpe siento que no tengo más saliva.

¿Dónde está mi saliva?

¡Joder!

—Creí que era por la cámara.

—A la mierda la cámara, es mi ego lo que te robaste —explica.

—¿De verdad pensaste que iba a ir a casa de un desconocido?

—Por un segundo lo creí.

—Eso es porque tomé clases de teatro en el colegio, tres para ser específica —digo haciendo los números con la mano.

—¿Y qué pasó?

—La profesora me dijo que siempre robaba protagonismo.

Bernardo arroja la cabeza hacia atrás en una carcajada y cuando vuelve a posarse en mí, dice:

—Déjame besarte otra vez, Harriet.

La seriedad en la demanda hace que me petrifique. Lejos está el chico alegre y despreocupado; aquí está otro tipo, uno decidido.

Uno que recuerdo de aquel día, de lo glorioso que fue besarnos en aquel balcón.

—Está bien —respondo robóticamente.

Bernardo acaricia mi rostro y se inclina sobre mí.

El peso de su cuerpo parece encender cada célula de mi organismo, siento destellos en rincones del cerebro que creía dormidos. Se mueve sobre mí y sujeta mi nuca con fuerza, presionando nuestros labios aún más.

Recuerdo que cuando me besó aquel día fue un beso que no había experimentado nunca, ¿pero ahora? Ahora que sé quién es, que sé que no es un idiota más en una fiesta, parece cambiarlo todo, por eso me suelto y envuelvo mis brazos en su cuello, dejando que su peso me termine de acostar.

Bernardo baja una mano y envuelve mi cintura con fuerza, estrujándome contra él, contra su erección.

Gimo al sentir su pulgar acariciando mi mejilla.

—Joder, no hagas eso —dice antes de volver a besarme.

—¿Hacer qué? —interrumpo.

—Gemir así, no soy tan fuerte como parezco y créeme, Harriet, llevo deseando esto desde que me dejaste en esa gala.

Sonrío, sujeto su chaqueta y lo atraigo para besarlo un poco más.



EL SONIDO del tren está siendo atenuado gracias a la música que sale de los auriculares. A mis pies, una bolsa de Ikea con dos bandejas de muffins. Sobre mis rodillas, tres tartas cortadas en porciones y en mi espalda una mochila muy pesada.

Esto fue lo único que hice ayer. Como sabía que Mason no iba a estar presente, preparé menos elaboraciones para poder transportar todo yo sola.

Después de anoche, es de suma importancia distraer mis pensamientos con música. Si no, termino recordando el beso lánguido y tibio que Bernardo me dio en ese sofá, hasta que Alexander apareció en la puerta con una chica colgada de su brazo y nos echó de allí.

Estaba agradecida, realmente.

Porque no tienes que ser Mason para entender que Bernardo es una oportunidad que, como dijo Isa, no debo dejar pasar. El tipo quiere ayudar, besarme también, pero ayudarme es su prioridad, y si arruino todo como sé que suelo hacer, entonces la perderé.

Seguro que él debe pensar lo mismo.

Después de todo, si estuviera realmente interesado en mí, se hubiera comunicado antes conmigo, ¿no?



CASI SE ME caen las bolsas de la mano cuando llego a la feria y lo encuentro colocando un cartel hermoso, de letras grandes que dicen: «Catering Harriet».

Mi mandíbula se cae como en los dibujos animados y mis pasos se acercan lentamente hacia él.

—¿Bernardo? —llamo.

Está sobre un taburete, su chaqueta se subió porque sus brazos están totalmente estirados hacia arriba, mostrando un poco de su espalda baja y un tatuaje que se esconde bajo sus vaqueros. ¿Hasta dónde demonios llega? ¡¿El culo?!

—¡Oh no! Quería que fuera sorpresa —dice terminando de sujetar el cartel a la carpa.

—¿Qué has hecho? —pregunto admirando el cartel.

Cada letra parece estar hecha de glasé rosa y fideos de colores.

—Yo nada, pero encontré a alguien en internet que hace estas cosas y... —dice a medida que baja, y cuando me ve, suelta—: Oh, no.

No llores.

No llores.

¡No llores, joder!

Apoyo las bolsas en el mostrador con rapidez, necesito mis manos para borrar las lágrimas. Bernardo se acerca a mí inmediatamente.

—¿Es muy feo? Puedo cambiarlo, la chica me explicó que era buena idea hacerlo así, pero si te parece mal puedo...

Con mi puño lo empujo solo un poco.

—Es perfecto —digo mirando al suelo.

¿Por qué estoy llorando?

¡¿Por qué?!

Bernardo baja hasta estar a mi altura, parece que le va a hablar a un niño.

—Bandida... ¿Estás emocionada?

—Joder... —digo chistando—. Sí, déjame.

—Oooh —dice con una voz tierna a la vez que me abraza—, ¡creí que lo odiabas!

Lo vuelvo a empujar, esta vez con un movimiento más restringido, ya que sus brazos me tienen atrapada contra su pecho.

—Gracias... —murmuro sobre su chaqueta, su perfume me rodea y mi pecho parece llenarse con algo.

—De nada —dice dejando un beso en mi frente.

Mierda, ¿por qué tuvo que dejar un beso allí? ¿No sabe que las mujeres tenemos fantasías enteras con besos tan simples como ese?

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué haces esto? —digo cuando me suelta.

Encoge sus hombros.

—¿Por qué no?

Niego con la cabeza y comienzo a desenvolver todo, él intenta colaborar y realmente deseo que no lo haga.

No sé cómo reaccionar a todo esto y mis pensamientos destructivos solo gritan palabras como «caridad» o «lo hace porque le doy pena». Debe verme como una damisela en apuros y odio, odio, *odio* que me vea así; y no solo eso, sino que...

—Oye, Bandida... No sé qué estás pensando, ¿quieres decirlo en voz alta?

Ni loca.

—No estoy pensando en nada —respondo y le sonrío a una señora que se acerca con lentitud y una mueca cálida.

—Un muffin, por favor —dice amablemente sosteniendo una bolsa con sus dos manos cerca del pecho.

Asiento precipitadamente y cuando se me traban los envoltorios, les doy un tirón.

—Oye, yo la atiendo —dice Bernardo tomando el mando, yo simplemente salgo de la carpa.

Me escondo detrás y muerdo mi puño para no gritar.

Respira. Esto te resulta abrumador porque no estás acostumbrada, nada más.

Bernardo se asoma minutos después.

—¿He hecho algo mal? ¿Quieres que me vaya?

—Sabes que yo no puedo pagarte por tu tiempo, ¿no? —suelto agresivamente—. No sé qué haces aquí y aprecio mucho el cartel, pero no puedo pagarlo, y no sé si esperas eso de mí o no y me estoy volviendo loca.

—Oye —se acerca lentamente y coloca sus manos sobre mis hombros—, estoy aquí porque quiero estarlo, sí, también quería traer el cartel, pero principalmente porque quería verte.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar.

Siento que le debo algo y que está aquí para cobrárselo. Favores, el mundo se mueve en base

a ellos pero ¿qué le puedo brindar yo a Bernardo que no pueda conseguir por ahí?

—Me gusta tu compañía, nada más. No espero nada a cambio, simplemente me gusta... estar aquí y, si a ti también te gusta mi compañía, entonces no veo por qué no podríamos disfrutar de ello.

Sus ojos verdes superpoblados de pestañas cobrizas parecen decir la verdad, y en esa verdad me encuentro inquietante y tranquila a la vez.

Asiento rápidamente, buscando que no se note mi confusión, abrazo mi torso con mis dos brazos y me balanceo sobre mis talones nerviosamente.

—¿Prefieres que me vaya? —vuelve a preguntar.

—No... No —susurro, quiero decirle que a mí también me gusta su compañía, pero que no sé cómo comportarme, ni tampoco sé cómo explicarle que, a pesar de habernos besado dos veces, no significa nada. Que no puedo tener relaciones, no tengo el tiempo y no tengo el corazón disponible.

Para nadie.

Nada puede alejarme de mis metas.

—Entonces yo te recomendaría ir al puesto y vender absolutamente todo otra vez, ¿qué te parece? —Bernardo estira su mano y la miro por unos buenos dos segundos, las líneas, la forma de sus dedos, las ganas que tengo de cogerla...

—Hagámoslo.

CAPÍTULO 16

BERNARDO



Alex:

Buenardo no tiene nada de bueno, tendríais que haberlo visto anoche, metiéndole la lengua hasta la garganta a Harriet.

Berny:

Si este es tu nivel de privacidad con tus amigos, no quiero imaginar los términos y condiciones de tu App.

Archie:

¿Qué me perdí? Me llamaron para otra fiesta y me fui, ¿alguien notó mi ausencia?

Jareth:

En absoluto.

Alex:

Eso es porque estabas concentrado en Isabela.

Berny:
Se llama Isadora.

Archie:
¿Sabes a quién me encontré en la fiesta? @Buenardo

Berny:
¿A tu sentido común?

Archie:
No, a Sofía, tu ex. No te preocupes, le dije que tu vida estaba mejor que nunca, que tenías novia y que la conociste porque te robó. Así como una película de amor.

Berny:
...

Jareth:
Eso te pasa por ser amigo de un hombre con la mente de un niño.

Berny:
¿Puedes no andar contando esas cosas? Y no es mi novia.

Archie:
Todavía.



Harriet, la Bandida, me mira como si fuese un ente en el que no está segura de si confiar o no. Me recuerda a una vez, cuando un cervatillo caminó a mi alrededor durante veinte minutos para ponerme a prueba. Cuando entendió que no era peligroso, se subió por mi espalda y me restregó el hocico húmedo por el cuello.

Espero que Harriet no haga lo mismo.

Aunque... después del beso de anoche, no sé cuán lejos estoy dispuesto a llegar con tal de tenerla tan cerca.

Mientras interactúo con clientes y curiosos que se acercan al puesto, ella me observa.

Puedo sentirla analizando.

Leyendo cada movimiento.

Cada palabra que sale de mi boca.

Claramente su fuerte es cocinar, ya que al hablar con la gente es robótica al punto de ser gracioso.

No quiero sonar petulante, pero qué suerte tiene de que esté yo aquí y qué suerte que heredé la personalidad de mi padre y no la de mi madre.

—Oye, lo de vender no es lo tuyo, eso es obvio —digo en cuanto se va un cliente que ella estaba atendiendo.

Ella se desploma en el taburete y clava sus codos en sus rodillas.

—Lo sé —suelta el aire, dándome un nuevo suspiro para agregar al catálogo—. Apesto en esto, no sé cómo hablarle a las personas, no me sale eso de sonreír y hacer chistes como a ti. Y no me hagas hablar de pedir dinero, te puedo asegurar que, si alguien me presiona para regalarle todo, soy capaz de hacerlo.

Me río y me agacho para estar a su altura.

—Ser extrovertido no es para todo el mundo —explico apoyando una mano en su rodilla—, por eso hay que aprender a apoyarse en gente que es buena haciendo cosas que tú no, por ejemplo, yo no sé planchar la ropa, me he comprado la plancha más inteligente, moderna y prometedora del mercado y no importa cuánto la pase por las arrugas, no logro que se vayan, ¿sabes qué hice?

—¿Contrataste a alguien para que lo haga?

—Sí, y ¿qué pasa cuando esa persona no puede?

—Ehh...

—Uso la ropa arrugada, como esta camiseta —se levanta la sudadera para enseñarme un nudo de arrugas.

—Guau... —digo mirando fijamente el mapa de arrugas—, eso sí que es...

—Se dice «poco hábil», gracias. —Me levanto cuando presiento a una mujer que quiere acercarse al puesto—. Oh, joder...

Harriet levanta la mirada y me mira con confusión.

—Harriet, ella es mi prima, Mila y su marido, Valentino, no dejes que su expresión lúgubre te asuste, nació así, no puede evitarlo —digo señalándolos—. Chicos, ella es mi amiga Harriet, como podéis ver en el cartel —señalo sobre nuestras cabezas.

Mila sonríe ampliamente y acomoda al bebé en sus brazos para extender la mano sobre el mostrador.

—Un placer conocerte, Harriet, déjame confesarte que no he podido dejar de pensar en tus muffins desde que Berny nos trajo todas esas bandejas a casa.

Harriet me mira de soslayo.

—Ya me preguntaba qué habías hecho con toda esa comida.

—Bueno —me rasco la nuca—, Mila tiene una familia grande que alimentar.

Valentino da un paso al frente, él lleva el cochecito de bebé.

—Hola —dice estrechando la mano—, Valentino Ricci.

—Siempre es así de formal, no lo tomes personal —susurro sobre su oído haciendo que Harriet se ría—. ¿Qué hacéis por aquí? —pregunto acomodando mi garganta.

Todo el mundo entiende que eso significa que tienen que irse.

Ya.

—Oh, decidimos sacar a los niños a pasear, ya sabes que Amadeo heredó el carácter del padre, por eso —señala a su alrededor—, esto es un intento.

Val arquea una ceja.

—¿Debo recordarte que Amadeo se puso a llorar cuando no lo dejaste comer más galletas? Eso no es algo propio de mí.

Mila se ríe con nervios.

—Bueno, de todos modos, queríamos salir y, ¡esta feria es impresionante!

—Lo sé, San Francisco lo es, lo supieras si dejaras de folla... —Harriet tapa mi boca.

—Hay niños presentes —me regaña.

Su comentario no es lo que me deja atónito, sino su tacto voluntario sobre mí. Ella nunca me

tocó primero, siempre fui yo el de la iniciativa.

Sujeto su mano y la bajo con una sonrisa en mi rostro.

—Gracias por salvarme.

Ella también parece notar lo fácil que fue acercarse a mí. El contacto de la piel, el chispazo que estoy seguro de que sintió, lo vi en sus ojos almendra.

Mila y Val comparten una mirada cómplice y quiero gritarles que se vayan, que me dejen solo.

—Bueno, ¿vais a comprar algo o qué? —digo con más agresión de la que siento.

—Bernardo... —dice Harriet por lo bajo.

—Estoy acostumbrada —le dice Mila—, cuando se pone nervioso suele ponerse belicoso. No te preocupes, puedes darme esos muffins. No era broma cuando dije que es lo único en lo que pienso desde hace días, es un nuevo antoj...

Mila mira a Valentino.

—¿Antojo? —pregunta Val.

Valentino mira a Mila.

Y los dos comienzan a reír.



—SUPONGO que te has ganado el último cupcake —dice la Bandida entregándomelo como si fuese una pieza valuada en millones.

Relamo mis labios al mirar el glasé rosa y los fideos de colores.

Ella se ríe cuando le doy el primer mordisco y dejo solo un cuarto vivo.

—Tenía hambre —digo mirando la hora—, son las dos de la tarde, ¿quieres ir a comer por ahí?

Sutil.

Muy sutil, Berny.

—No puedo —dice ella recogiendo todo para irse—, le prometí a Mason que iría a buscarle cuando terminara aquí.

—Perfecto —digo tirando el papel del cupcake a la basura—, yo te llevo.

Segundo intento.

Eso la detiene, levanta la mirada y cuando la conecta conmigo, le sonrío sin mostrar los dientes, sigo masticando el último pedazo después de todo.

—¿Ahora?

—Sí, Harriet, vine con el coche, déjame llevarte. Te prometo que usar un medio de transporte privado no arruinará tu reputación, ni se lo diré a tus amigos.

Ella se ríe.

—Está bien, solo porque estoy segura de que Mason querrá verte.

—Qué gran manera de decir que querrá ver mi coche.



NOS SUBIMOS A MI MASERATI LEVANTE, un buen coche de ciudad, con todas las comodidades de un coche de lujo, y por alguna razón me siento avergonzado de él.

Como si fuese un excentricismo.

Como si no fuese algo por lo que trabajé duro.

Y ella no está haciendo nada para que me sienta así, soy yo, el que tiene el cerebro roto. Tal vez sea porque sé que estas cosas no la impresionan, que si quiero lograr eso tengo que ir por un camino que quizás no sea capaz de tomar y eso me frustra.

Un momento.

¿Quieres cortejarla?

—Ah, tiene calefacción —dice acercando las manos al salpicadero—, es genial.

—Lo sé —digo con precaución, no esperaba una reacción positiva—, como el noventa por ciento de los coches ahora. Lo que es la tecnología, ¿no?

—No te hagas el listo, Bernardo —dice con media sonrisa.

—No me lo hago, nací así. ¿Nos vamos?

Cuando Mason sale de la casa de su amigo, abre la boca sorprendido y señala el coche. Todo se va a la mierda cuando bajo las ventanillas y nos ve dentro.

—Qué demonios... —dice por lo bajo.

—¡Hola, Mason! —saludo desde dentro.

El hermano de la Bandida se acerca al coche y mira hacia el interior.

—¿Este es tu coche? —Su amigo se asoma por detrás de su hombro para espiar.

—Sí, ¿quieres dar una vuelta, Sony?

—¿Sony? —susurra Harriet riéndose por lo bajo.

—Ma-son, son, Sony... Vamos Harriet, no te me quedes atrás —digo, y luego vuelvo a enfocarme en su hermano—. Súbete, Sony —digo subiendo la música, los altavoces explotan—, nos vamos de paseo.

Harriet no entiende lo que está pasando, no puedo explicarle ahora que lo que ocurre es que Mason quiere alardear el coche con su amigo y no sabe cómo hacerlo sin quedar mal conmigo, por eso lo ayudo.

Harriet comienza a sospechar y entrecierra los ojos hacia mí.

—Algún día, cuando seas grande, lo entenderás —digo dándole un toque a su nariz y eso la pone peor, haciéndome reír.

Mason se despide de su amigo y se sube en los asientos de atrás.

—Cinturón —ordeno, y cuando escucho el clic, hago que el coche salga a toda velocidad, haciendo ruido y llamando la atención de todos.

Mason mira hacia atrás, a su amigo, quien se queda mirándonos embelesado.

El muchacho no tiene con qué alardear nunca y se siente bien poder darle ese gusto, aunque sea una vez.

—¡Qué guay, Bernardo! —escucho, y sonrío sintiendo orgullo, pero cuando miro hacia ese vacío interior...

El vacío se achica.

—Me alegro de que te guste, tu hermana no sabe apreciar una máquina como esta.

—Ni falta que me hace, yo no necesito compensar nada.

—¿Y crees que yo sí? —*ven y compruébalo*, quiero decirle, gritarle, *rogarle*.

Pero con ver sus mejillas rojas me doy por satisfecho, entendió cómo terminaba esa frase.

Y por suerte Mason está tan fascinado que no se percata de que la conversación ha evolucionado a temas no aptos para menores.

CAPÍTULO 17

HARRIET



No puedo enfadarme con mi hermano por querer cosas caras.

Es entendible, vivimos restringidos desde que éramos pequeños, viendo desde lejos los viajes a Disney, las familias con coche, calefacción, comida todos los días en la nevera...

Nosotros no tuvimos esa típica infancia americana.

Y hasta me atrevo a decir que apenas ahora es que tenemos un techo y comida asegurados, gracias a que yo tomé las riendas de nuestras vidas. Admito con orgullo eso, todo lo que hago lo hago por él, por su futuro, su comodidad, pero, sobre todo, porque es lo que más amo de este mundo.

Mis padres, aparte de ser unos ineptos e irresponsables, eran fríos y abandonicos. Primero fue mi madre la que dejó una nota diciendo que había comida en la nevera y ese fue el último rastro que vi de su letra. Luego la siguió mi padre, exactamente un año después.

Pero mi hermano pasó años en un orfanato, esperando a que la justicia decidiera dejarlo a mi cargo. El día que vivimos juntos otra vez, dormimos abrazados en una cama minúscula, pero felices. Al fin nos teníamos otra vez el uno al otro y me hice la promesa de que a mi hermano nunca le iba a faltar ni cariño ni las necesidades básicas. Nuestra vida, de todas maneras, nos hizo madurar rápido; son pocos los momentos donde lo verás reaccionando como un niño de

trece años.

Por eso lo miro con tanta emoción, esta excitación nunca brilla con tanta intensidad en sus ojos.

—¿Podemos dar unas vueltas? —pregunta—. ¿Hatty tienes que volver? ¿Bernardo, tienes tiempo?

Bernardo me mira como si entendiera que no puedo escapar.

—Tengo todo el tiempo del universo, esto depende de tu hermana —dice con malicia mientras las calles de San Francisco desfilan a nuestro alrededor.

—¿A dónde quieres ir, Mason? No podemos robarle el domingo a Bernardo, así como así.

—Tengo una idea —dice Bernardo—, vayamos al condado de Marín, allí tenemos unas buenas carreteras para que Mason disfrute de este coche.

—¡Sí! ¡Sí! —grita desde atrás saltando en su asiento.

—Ya escuchaste al muchacho, Bandida, agárrate.



TÚNELES Y CARRETERAS que ladean la montaña, ruido de motor y una velocidad medida.

Bernardo definitivamente sabe cómo hacer pasar un buen rato a un preadolescente.

Y yo estoy aquí presenciando todo.

Escuchando a mi hermanito reírse de los chistes malos de Bernardo, y yo un poco también, haciendo que me olvide de todo.

De que Jada puede aparecer en mi casa en cualquier momento y no puede saber que Isa vive con nosotros, que Gerardo, mi jefe, me respira en el cuello por cada error mínimo que cometo, que mi hermano tenga un futuro asegurado.

Yo también estoy disfrutando de paisajes que nunca había visto, lugares donde solo se llega en coche y realmente son vistas privilegiadas.

Bernardo se desvía del camino para aparcarse en uno de tierra, hay varios coches haciendo lo mismo con sus intermitentes encendidos.

—Este es el mejor paisaje que verás hoy —dice bajando del coche rápidamente para abrir mi puerta.

Mi hermano y yo nos miramos con curiosidad.

—Tengo manos, ¿sabes? —digo al salir—. No necesito que me abras la puerta.

—Déjate mirar, Harriet —responde con indiferencia.

Bernardo nos empuja a los dos a un punto específico y tomamos aire a la vez cuando vemos la inmensidad del paisaje. El puente del Golden Gate parece insignificante al lado de las montañas masivas que nos rodean y todavía no estamos en la cima.

—Impresionante, ¿no? —escucho su voz detrás.

—Y esto está tan cerca de casa... —susurra Mason.

Cuando me doy la vuelta, encuentro a Bernardo de brazos cruzados, apoyado relajadamente contra el coche, su sonrisa orgullosa y feliz.

¿Nosotros le provocamos eso?

Y, por cierto, ¿por qué es tan sexy?

—Gracias —susurro, y él baja la cabeza en forma de reverencia.

Joder.

Joder.

¿Qué es esto que siento?

—Bernardo, ¿puedes ayudarme a tomar una foto con el móvil? Nunca queda bien la configuración —pregunta mi hermano

—Claro que sí —camina hacia él—. Lo que tienes que hacer es muy simple, solo cambia el...

Mi corazón explota.

No, no, traga este sentimiento, no puedes enamorarte.

No tienes tiempo para enamorarte, ¿recuerdas?

Mentalmente, hundo ese globo rojo que quiere salir de mi pecho.

Y me cuesta horrores.

CAPÍTULO 18

BERNARDO



Mi energía siempre estuvo enfocada en mí, me guste admitirlo o no. Desde muy temprana edad salí de casa y me fui a recorrer el mundo con lo puesto. He forjado mi propio camino, cumplí con mis objetivos, gané premios, fama, honor y miles de dólares acumulados en mi cuenta de banco.

Todo muy bonito, ¿y ahora?

Ahora que tengo todo eso, ¿qué es lo que realmente tengo?

Podría decir momentos. Sí, grandes momentos, descubrimientos de diferentes culturas, sabores del mundo que han consumido todos mis sentidos, sí, todo eso lo tengo en mi memoria.

¿Y físicamente?

Aparte de picaduras, cicatrices y enfermedades que no creí tener en mi vida. ¿Qué tengo en el momento en que abro la puerta de mi piso tras un largo vuelo y me desplomo en mi cama?

Tengo silencio.

Tengo comida a domicilio que llega tarde y fría.

Tengo una cama deshecha porque salí corriendo hace meses y nadie entra a mi piso cuando yo no estoy.

Tengo la ausencia del calor de un hogar.

La ausencia del recibimiento, de la emoción por ver a alguien que no ves hace mucho tiempo. Y eso es algo que no puedo explicar sin entender que lo que quiero ahora no es una aventura, al menos no de las que viví muchas veces ya.

En tres años cumplo los treinta y he logrado todos mis objetivos. Por ende, no me extraña tener esta crisis existencial si ya no tengo nada más que lograr. No hay un rincón del mundo que no haya explorado. Excepto, quizás, el rincón en mi pecho, el que late con emoción mientras pregunto:

—¿Queréis ir a los Muir Woods?

A Mason se le abren los ojos, mientras que Harriet arquea una ceja como si hubiese hablado en chino.

—Es un bosque, Hatty —explica Mason clavando los codos en los asientos delanteros para poder ver a su hermana—, ubicado en el condado de Marín, conocido por albergar uno de los últimos bosques de secuoyas rojas costeras del mundo.

—Oh... —dice Harriet mirando hacia mí— y ¿qué se hace allí?

—¡¿Que qué se hace?! —grito exageradamente, escuchar a Mason reír me llena de emoción—. Pues entre muchas cosas, podría decirte que allí se conoce al amor de tu vida. Mis padres se conocieron allí y vivieron felices para siempre.

—¿Vivieron? —pregunta Mason desde atrás.

—Viven, viven... No se murieron. El caso es que, según mi familia, es un lugar mágico.

Harriet aprieta los labios para reprimir su risa.

—¿Pretendes conocer al amor de tu vida allí entonces?

Ya lo conozco.

No.

¿Qué?

¿Yo dije eso?

—No pretendo nada, pero no podéis no conocer esos bosques, son mágicos, ya lo veréis.



LO ODIAN.

Bueno, odiar tal vez es demasiado, pero no están conmocionados como yo, y está bien, no es para cualquiera este bosque.

Mason camina delante de nosotros como siempre y de vez en cuando suelta datos sobre los árboles que no sabía, él quizás sí esté más emocionado que ella, de vez en cuando retrocede y me muestra las fotos que tomó, necesitan trabajo, pero va en muy buen camino.

Me cae bien el chico.

—Cuéntame la historia de tus padres —dice Harriet caminando lentamente y a la par mía, los turistas nos pasan por al lado, quitando la sensación de privacidad. Quisiera dar un chasquido y que todo el mundo desapareciera, menos Mason, claro.

—Mi madre creyó que era buena idea hacer senderismo en este lugar, sola, sin un guía y, como era de esperar, se torció el tobillo.

—Oh, no... —dice tapando su boca con la mano, puedo ver una sonrisa oculta allí—. ¿Cómo salió de aquí?

—Esta es la parte en la que mi padre relata «el momento del héroe», cuando la encuentra tras unos arbustos, al borde de las lágrimas, aunque si le preguntas a mi madre te dirá que eso es todo un invento de él, y se la llevó auestas hasta un hospital.

—Parecen una pareja divertida —dice pensativamente, sus ojos buscan a Mason entre la multitud y, lo que más me gusta, es que el muchacho hace lo mismo con ella.

Se cuidan.

Siempre dije que yo hubiese sido un excelente hermano mayor, o eso creo. Pero mis padres decidieron cerrar la producción después de haber creado la perfección.

O sea, yo.

—Son mi ejemplo a seguir —respondo, y en ese momento veo dos adolescentes correteando entre la multitud, por eso cojo el hombro de Harriet y la atraigo hacia mí para que no la derriben—. Lo siento, esos adolescentes...

—Lo sé, no pasa nada. Gracias —dice despegándose de mí.

Sé que ella piensa en la cercanía de nuestros cuerpos.

En el deseo que despertó aquella noche de sábado en la casa de Alex.

—¡Hatty! ¡Un ciervo! —grita Mason señalando a lo lejos, supongo que es hacia donde todos están sacando fotos.

—Es precioso —responde la Bandida.

A estas alturas siento que los dos estamos persiguiendo a Mason.

—¿Puedo preguntarte por los tuyos? —inquiero con cuidado, y cuando Harriet suspira me adelanto—. No tienes que decirme nada si no quieres.

—Es una historia menos feliz, eso es todo. Mi madre se fue un día sin decir mucho y mi padre decidió que no podía lidiar más tiempo solo con Mason e hizo lo mismo. Por supuesto, el dinero que yo hacía no era suficiente para mantenernos a los dos, así que la agente no me dejó hacerme cargo de mi hermano hasta que conseguí algo más estable.

—¿Mason vivió en un orfanato? —pregunto buscándolo entre la multitud. Me gusta verlo sacando fotos desde diferentes ángulos como le enseñé antes.

Ángulos.

Fundamentales en la vida.

—Durante casi dos años —responde ella tragando el nudo que se formó en su garganta—, por suerte nos veíamos todos los fines de semana y lo podía sacar de allí un rato.

—Joder... Eso habrá sido duro para él. ¿Y tú? ¿Dónde estabas viviendo en ese momento?

—En la calle —se ríe, pero mi cuerpo se petrifica—, solo por un tiempo, hasta que conseguí el trabajo en Yen's.

—Bandida —digo sujetando su codo, detengo mi caminar porque no puedo procesar esta información—. ¿En la calle de verdad?

—Tranquilo, Bernardo, es algo del pasado; fue horrible, pero aprendí mucho en esos días, hice muchos amigos también.

Me sofoca pensar en ella sola, durmiendo en la calle como lo hacen millones de personas en San Francisco.

No puedo.

Siento que necesito hacer algo, borrar ese pasado, darle un presente que la haga sentir...

Sentir...

De repente, me encuentro con ella en mis brazos, inmóviles en medio de la bulliciosa multitud. Las palabras parecen escaparse de mí en este momento, pero lo que sí sé es que quiero protegerla con todo mi ser.

No volverá a pasar por algo así.
Nunca más.
Lo juro.

CAPÍTULO 19

HARRIET



C arraspeo la garganta dos veces para llamar su atención.

Una es para decirle que estoy aquí, la otra es para decirle que ESTOY AQUÍ, MÍRAME. Pero Alexander no levanta la mirada de su monitor, lo que sí levanta es el dedo índice, pidiendo un segundo, creo.

Naturalmente, doy un paso hacia atrás, dándole espacio y me balanceo sobre mis talones mientras espero.

No entiendo por qué su asistente me dijo que entrara, si el tipo claramente está ocupado.

Este despacho es la Antártida de lo frío que está, por eso cierro mi cazadora hasta arriba y guardo mis manos en los bolsillos, mientras este gigante tiene la camisa arremangada hasta el antebrazo y el pelo recogido en un moño alto.

No puede ser normal que no sienta frío, de verdad, esta habitación debe estar bajo cero.

Detrás de él se ve la bahía de San Francisco, estamos a gran altura y el agua brilla furiosamente. Hoy es uno de esos pocos días del año donde tenemos el cielo despejado y una agradable temperatura afuera.

Casi puedo imaginar que es verano.

El escritorio es de madera pesada y resistente, moderno, pero macizo. Me pregunto si

realmente lo necesitará así por su tamaño o simplemente le gustó el estilo.

Cuando levanta la cabeza, dice con énfasis:

—Harriet Catering.

Como si fuese mi nombre y apellido.

—Harriet Baker es, de hecho —lo corrijo—. Me dijo tu asistente que podía pasar, no quise interrumpirte.

—No te preocupes, es que era un nivel difícil —levanta el móvil—. Candy Crush.

Qué. Coño.

Se levanta y estira la espalda, luego señala el sillón delante de él.

—Siéntate, supongo que vienes a cobrar el dinero del evento, ¿cuánto era? ¿Diez mil?

Me atraganto.

—No, no. —Me viene la voz de Bernardo a la cabeza diciendo que podía cobrarle lo que quisiera, pero esa simplemente no soy yo, no puedo cobrar eso por un trabajo de dos horas—. Son tres mil, más el transporte.

Alexander levanta una ceja y me mira con ojos profundos.

—Buen trabajo, has pasado la prueba y por eso voy a sumar dos mil dólares más.

—¿Prueba de qué?

—Conozco la historia, quería saber qué clase de persona eras. —Escribe un cheque.

¿Qué... clase de... persona...era?

Pero ¿quién se cree que es?!

—¿Sabes qué? No necesito ese cheque... —Me levanto de la silla y camino hacia la puerta.

Yo no necesito demostrar nada a nadie.

Mucho menos a un CEO pedante y gigante que tiene una adicción al puto Candy Crush.

—Harriet, espera. —Escucho sus pasos pesados caminar detrás de mí mientras intento salir de esta estúpida masiva oficina que parece tener la puerta a dos calles de distancia—. Espera, fui un idiota, lo sé.

—No necesito pasar ninguna prueba, no tienes ni idea de cómo ha sido o es mi vida para que me juzgues desde tu trono masivo. —Señalo un sillón que gira sobre su eje.

—En verdad, sí lo sé, yo no vengo de una cuna de oro como los otros, siéntate, hablemos.

Eso me hace frenar el impulso de escapar de este lujoso edificio.

¿Este tipo no viene de cuna de oro? ¿Acaso está bromeando? ¡Todo a mi alrededor grita «cuna de oro»!

Cuando Alexander se sienta, se desploma sobre su sillón, y suelta aire como si se hubiese cansado de caminar hacia la puerta.

Imagino que cargar con ese cuerpo no debe ser fácil. O siente dolor, no lo sé,

—No estoy orgullosa de lo que hice con Bernardo, pero a veces el dinero no alcanza.

Alexander asiente pensativo.

—Déjame contarte una historia. Cuando tenía cuatro años tuve que salir a pedir dinero por la calle —revela—. Mi madre se había enfermado y no teníamos dinero para el médico, éramos solo ella y yo en ese entonces —sus ojos recorren su escritorio acomodado a la perfección, su teclado blanco, su bloc de notas y un bolígrafo ubicado en el centro—. Deambulé todo el puto día pidiendo dinero a la gente desde el parque del Golden Gate, hasta Embarcadero, terminé con ampollas en los pies que duraron semanas.

La imagen de Mason pidiendo dinero en la calle me revuelve el estómago. Y por eso a veces recurro a métodos tan poco ortodoxos.

—Lo siento mucho.

—Gracias, pero la historia tiene final feliz si es que quieres escucharlo. —Finalmente, me mira y asiento—. Un coche se detuvo a mi lado mientras caminaba. Un hombre me vio y me preguntó qué hacía solo por la calle, le dije que mi madre estaba enferma y que necesitaba el dinero para pagarle al doctor. El tipo se ofreció a ayudarme, ahora que lo pienso mejor, podría haber salido todo mal, pero no fue el caso. Lo llevé a mi casa y le mostré el estado tan frágil en el que se encontraba mi madre, que para ese entonces ya estaba inconsciente. Más adelante, cuando ya era más mayor, me enteré de que lo que tenía era una infección en el útero y la fiebre la hizo perder la consciencia, en fin. El hombre la llevó al hospital y no solo eso, se hizo cargo de todo, nosotros nunca tuvimos que pagar un solo centavo. —Se ríe por lo bajo, su risa es grave y resuena en su pecho—. Ese mismo hombre se enamoró de mi madre con el paso del tiempo y no solo me adoptó, sino que se comportó como un padre hasta el día de hoy.

—Oh, joder, eso es... Una gran historia.

Trato de ignorar ese doloroso pellizco que siempre me acecha en la nuca cada vez que escucho relatos tan inspiradores y cargados de emociones. No quiero etiquetarlo como envidia, me resisto a admitir ese sentimiento, pero en lo más profundo de mi ser, sé que negarlo es inútil. Envidio a aquellos afortunados cuyas vidas dan un giro de la noche a la mañana, como si fueran protagonistas de un cuento de hadas moderno, con un hada madrina encantadora que, con un simple movimiento de su varita, transforma por completo su realidad. Aunque me duela reconocerlo, desearía ser uno de ellos, vivir esa magia y sentir el peso del destino cambiar en un instante.

—Lo que quería decir con esto es que entiendo que en la desesperación uno toma decisiones drásticas, por eso no te juzgo y respeto a Buenardo cuando quiso ayudarte.

—¿Buenardo? —Me río recordando haber escuchado ese sobrenombre antes.

—Así es como le llamamos, es el único de los cuatro que todavía tiene el alma intacta.

—Jareth definitivamente nunca tuvo una —agrego por lo bajo.

—Definitivamente —se ríe, y desliza un cheque de diez mil dólares sobre el escritorio.

—No puedo aceptar esta cantidad, es irrisoria por unos canapés. —Lo devuelvo.

—No son solo los canapés, Harriet. Aquí va una pequeña clase de negocios, anota: debes aprender a valorar tu tiempo, los materiales que usaste, la ayuda que recibiste para preparar todo con menos de tres horas de aviso. ¿Sabes cuántos servicios hubiesen reaccionado así de rápido? Cero, te lo aseguro. Acepta el cheque, haz lo que tengas que hacer con él. Hoy, por suerte y gracias al hombre que me vio caminando solo por la calle, no necesito estos diez mil dólares.

Cógelo.

Cógelo.

—Alex...

—¿Mason se llama tu hermano?

—Sí.

—Piensa en Mason y dile que me venga a ver cuando tenga edad legal para trabajar.

Lo cojo como si fuese una bomba a punto de explotar y leo el número, nunca tuve una cifra tan grande en mi poder, con esto podría hacer mucho, pero irá directo a los ahorros de Mason.

—Gracias, lo haré. —Me levanto y él me sigue con la mirada mientras desliza su mano por su pelo, parece recordar que lo tiene atado, lo suelta y lo mueve como un león en la sabana africana, es un pelo salvaje y con ondas.

—Sabes que Buenardo está enamorado de ti, ¿no?

Me detengo.

Cierro los ojos.

Él agrega:

—¿De verdad no lo sabías? Las señales son bien claras.

Lo sé, joder, lo sé.

—Quizás es hora de que seas un buen amigo y le adviertas que las muchachas como yo solo sabemos romper corazones —digo con una sonrisa y una mano en el picaporte.

—Ya lo hice, pero creo que es un caso perdido. De todas maneras, recuerda tu propio consejo, Harriet Catering, no vaya a ser que la historia termine al revés.

Con eso, mi sonrisa se borra y la preocupación aumenta. Alex se ríe con aires de grandeza.

—Ve, Harriet, mi asistente te llamará para el próximo evento, oh, y espero que la historia que te conté quede entre nosotros, ¿vale?

—No te preocupes —digo asegurando mi palabra y temiendo por su predicción—. Soy experta en mantener secretos.

CAPÍTULO 20

BERNARDO



Encuentro a mi padre descansando en medio de la piscina sobre un flotador de flamenco. Cualquiera pensaría que fue mi madre quien lo compró, pero estaría equivocado. Eso fue claramente una compra impulsiva de Killian Walker.

En sus oídos lleva unos auriculares blancos a todo volumen, puedo escuchar el ruido desde aquí.

Esta es la casa donde crecí, aquí ocurrieron los momentos más importantes de mi vida. Mi primer diente se cayó justo cuando bajaba por la escalera y sentí algo moverse en mi boca. Mis primeros pasos fueron en este césped un día que mi madre pasaba tiempo conmigo. Según ella, claro, yo no me acuerdo de nada de eso, de lo que sí me acuerdo es de las noches de películas con mi padre y los eventos multitudinarios de mi madre.

En la casa de los Walker los roles fueron opuestos al resto de las familias de mis compañeros. Mi padre era el que se hacía cargo de mi crianza, de que llegara puntual al colegio y que, al final del día, pudiera disfrutar de mi madre cuando salía de su oficina a las cinco de la tarde.

Recuerdo que una vez le pregunté por qué mis compañeros tenían una dinámica diferente en casa y su respuesta fue que él ya había conseguido el éxito. Su tiempo en Property Group había concluido, su presencia ya no era esencial y ahora le tocaba a mi madre brillar en su carrera.

Metó la mano en el agua y lo salpico asustándolo.

Pierde el equilibrio en el flamenco, sus auriculares terminan bajo el agua y me mira con cara de pocos amigos.

—Me debes un par de auriculares.

Encojo mis hombros.

—Valió la pena.

Nada hasta el borde de la piscina y apoya sus brazos allí para charlar conmigo.

—Veo que has recordado que tienes padres.

—No seas dramático —me siento al borde y remajo mis pies descalzos—, que vengo todas las semanas.

—Una vez a la semana no es suficiente.

Mi estómago se retuerce con culpa, sé que debería venir más seguido y por eso estoy aquí, en San Francisco.

—Mira que, si sigues llorando, le diré a mamá que «no estás apreciando el momento».

Esa es la frase más célebre de mi madre.

Con eso pone los ojos en blanco y me tira un poco de agua. Por suerte, aquí en Sausalito el clima es mucho más agradable que en San Francisco, gracias a los microclimas que estas montañas nos dan.

—Hoy comemos solos, tu madre está en la ciudad, no vendrá hasta dentro de unas horas.

—¿Cocinas tú?

—¿Tienes alguna duda?



—¿ENTONCES te pusiste en contacto con una ladrona? —pregunta mi padre después de escucharme relatar todo el drama con Harriet, sus gafas de sol puestas, aún en bañador y el torso desnudo.

Mientras, yo llevo unas bermudas y un polo.

Literalmente, personalidades opuestas en ese sentido.

—Quería recuperar la cámara...

—Y verla otra vez —agrega pinchando una ensalada que, según él, entra en la categoría de «cocinar».

—Eso también —admito y me encojo de hombros—, ella tenía algo que me interesaba.

—Mmm, conozco ese sentimiento.

Lleno mi boca para no agregar nada más a esa declaración, pero una parte traicionera en mí hace que siga hablando, inclusive con la boca llena.

—Su situación es muy precaria y si vieras a su hermano, ese chico es... —me río—, no lo sé, tiene algo especial.

—Por cómo lo describes, suena como un chico genial —dice él. Puedo ver mi reflejo en sus gafas polarizadas—. ¿Y qué harás?

—¿A qué te refieres?

Deja el tenedor y se recuesta sobre la silla de estilo cineasta; una sonrisa acapara todo su rostro.

—Estás completamente obnubilado.

—¿Con qué?

—¿Necesitas que te lo explique punto por punto? Está bien, número uno, te robó y lo tomaste como algo gracioso. —Me río al recordar que fue así—. Número dos, la investigaste como uno de esos obsesos que sé que no eres, o eras en todo caso; número tres la fuiste a buscar a su trabajo para «proponerle» un proyecto que todavía no cumpliste...

—Pero eso es porque la ayudo en el puesto y nunca hay tiempo...

—Número cuatro, trabajas gratis para ella, ni yo pude lograr eso con tu madre, ¿no lo ves? —Mi rostro está estoico—. No, claro que no lo ves, es la primera vez que te pasa.

—¿El qué?

—Que alguien roba tanto tu atención que no puedes pensar en otra cosa que no sea esa persona. Dime algo, y sé sincero, ¿qué es lo primero en lo que piensas cuando te levantas?

—En que me meo.

—Berny... —cruza los brazos.

—Bueno, sí, pienso en ella, pero porque estoy preocupado con su situación, papá, ella está dejando su vida para poder ayudar a su hermano. Vivió en la calle, por el amor de Dios...

—Estás enamorándote.

Abro la boca y... la cierro otra vez.

—No creo que tenga posibilidades, ella está muy reacia todavía.

—Pero, te gusta —sonríe diabólicamente.

—¡Sí!, ¡¿está bien?! Me gusta, joder, ¿qué cambia eso? Ella me ve como un problema.

—¿Por qué?

—Cree en todo este rollo de que, si eres alguien con dinero, entonces debes ser un idiota o un villano sin alma. Intenté mostrarle otra cara de esta vida. El dinero claramente es importante, pero ella lo ve como algo maldito, algo que la convertirá en piedra o algo así.

Mi padre se ríe.

—Recuerdo a tu madre reaccionando de una manera similar, la diferencia es que ella no pudo resistirse a mí, por eso al final le hizo la vista gorda al dinero. Una vez que ella comenzó a desarrollarse, pudo encontrarle el lado bueno, no solo para sus gustos, sino para ayudar a los demás también.

Rasco mi barba y pienso en sus palabras.

Yo ya creí ser irresistible, pero quizás ella no lo ve todavía...

—Sé lo que estás pensando, después de todo eres mi sangre. Tú no eres tan encantador como crees que eres, debes cortejar a una mujer, no puedes esperar que caiga rendida solo por tu sonrisa.

Me río.

Atrapado.

—Mamá es mejor dando consejos que tú.

—Puede ser, pero recuerda que tu madre es una mujer, que, a fin de cuentas, fue conquistada por mí, el tipo que tienes delante, así que hazte un favor y toma nota, que esto da para largo.



MI MADRE LLEGA con su gran bolso LV colgado del codo, gafas de sol extragrandes y sus rizos descontrolados.

Yo heredé su pelo, quizás el mío no es tan rojo, pero la textura es la misma, por eso me decido a cortármelo en el momento en que la veo lidiar con esa melena imponente.

Nos encuentra a mi padre y a mí en el salón, viendo las noticias tirados en el sofá.

—Qué vida de perros —dice ella desplomándose entre los dos.

Es bastante pequeña comparada con nosotros, por eso mi padre y yo la molestamos apoyando las cabezas sobre sus hombros e invadiendo todo su espacio personal.

—Bienvenida, Red —dice mi padre dejando un beso rápido en su mejilla—. ¿Cómo fue?

Mi madre se quita las botas y apoya sus pies sobre la mesa de café.

Yo me levanto y voy a buscarle algo para beber, claramente está agotada.

—Horrible —dice frotando sus ojos. Cuando vuelvo, su maquillaje está todo emborronado, haciéndome sonreír—. Gracias, Berny, ¿pasaste el día con tu padre?

—Sí, ¿no te da pena? Sabes que a los perros no debes dejarlos solos todo el día. —Me río sentándome en la mesa de café para tenerlos de frente.

Mi padre hace el intento de darme una patada pero la bloqueo con mi brazo.

—Podrías venirte a vivir otra vez con nosotros, así no estaría tan solo —se queja.

Mi madre nos mira con una sonrisa en sus ojos, sus labios ocultos tras el vaso de agua.

—Podríais tener otro hijo, así no dependéis tanto de mí.

—Buen intento —dice mi madre levantándose—, contigo fue suficiente.

—¡Oye! —devuelvo al escuchar su tono—. Creí que era porque fui especial.

—Si te ayuda a dormir... —es lo último que dice mi madre al desaparecer en la cocina—. ¡Kill! Ven a ayudarme con la cena.

—Sí, señora —dice mi padre levantándose del sillón.



DURANTE LA CENA en el jardín, mi madre relata un conflicto que tiene con la editorial con la que trabaja ahora.

O algo así, creo.

Mis ojos se mueven por el plato, empujando la comida de aquí para allá sin realmente comer nada.

De golpe, algo me trae a la realidad y cuando levanto la vista, los encuentro a los dos mirándome.

Mi madre con su puño sosteniendo la barbilla y mi padre con su dedo índice en la sien.

—Qué pasa —pregunto mirándolos.

—Te dije que era complicado —susurra mi padre hacia mi madre.

Ella asiente.

—No —digo señalándola—, no me vengas con esa porquería psicológica que usas con el resto.

—Solo quiero saber qué es lo que te pasa.

—No me pasa nada.

Mi padre se ríe por lo bajo.

—Código rojo —dice él.

Yo los miro con furia.

—¡Oh! —Mi madre se sienta más erguida y recoge su pelo—. ¿Quién es?

—Papá...

—La ladrona de la cámara —vuelve a susurrar.

—Joder, ¿no sabes lo que es una conversación privada?

—No tengo secretos con tu madre.

Arqueo una ceja al recordar todas las veces que llegó tarde al colegio y dijo: «No se lo digas a mamá».

—Me alegra que hayas encontrado a alguien, pero ¿quién es ella?

—Se llama Harriet y nos estamos conociendo.

—Aparentemente está pasando por un periodo crítico —explica mi padre, justificando sus acciones—. Por eso todo ese malentendido con la cámara.

—Oh, no, ¿hay algo que podamos hacer para ayudarla?

—¡No! —Me levanto y recojo mi plato—. Por Dios no os metáis, ya hicisteis vuestras preguntas y respondí, no diré nada más.

Entro a la casa y dejo mi plato en el lavavajillas solo para entretenerme con algo y esperar a que se me pase el enfado.

Cuando vuelvo, parecen estar hablando de otra cosa o, al menos, pretenden hacerlo. Mi padre habla de inversiones y dice:

—¿Ya has pensado en tu futuro?

—¿En qué sentido? —pregunto creyendo que aquí viene el tema de Harriet otra vez.

—En que estás aquí, no estás produciendo dinero y lo tienes acumulado en tu cuenta de banco como si fueses un dragón obsesionado con sus joyas.

Me río.

—No es así, simplemente no sé qué hacer con él.

—Siempre lo dije, propiedades.

—Eso es demasiado aburrido, necesito algo mejor, algo que me entretenga.

Mi madre interviene.

—¿No crees que seguirás haciendo esto?

—No lo sé. Ya no... me divierto mucho.

—Se convirtió en un trabajo, ese es tu problema. Me parece que está bien que te tomes un tiempo, recapacitar tus prioridades, ver qué otras cosas te despiertan esa chispa que la fotografía alguna vez te dio.

Y ese es el problema, esa chispa se ahogó completamente.

—¿Y si no encuentro nada?

—Ahí es cuando entro yo, invierte tu dinero, deja que se reproduzca solo y vive tu vida. No has parado de viajar en los últimos siete años, ya no tienes veinte, es normal que tu cuerpo pida otras cosas.

—O que aparezcan cosas nuevas —dice mi madre.

—Ah, ¿sí?, ¿cómo qué?

—Dolor de rodilla, de espalda... —dice.

Los dos se ríen y mi padre sujeta su barbilla para dejarle un beso sobre los labios.

Yo también sonrío al verlos y el anhelo de querer lo mismo crece un poco más.

CAPÍTULO 21

HARRIET



En un instante horroroso, mi estornudo irrumpe justo sobre el plato recién preparado y, en cámara lenta, observo con espanto cómo el moco y la saliva salen despedidos sin gracia, aterrizando de manera perfectamente desagradable sobre la tostada con huevo.

Con el corazón palpitando de pánico, giro mi cabeza lentamente hacia el comensal, cuyos ojos parecen haberse ampliado hasta el punto de no tener párpados, mientras su expresión va desde el asombro hasta la descompostura.

—Lo siento mucho, le traeré otro.

—Más te vale —devuelve el de traje pomposo mientras giro sobre mis talones y camino a toda velocidad hacia la cocina.

Isa ve todo desde lejos e intercepta el plato.

—Ve a decirle a Gerardo que estás enferma —apoya su mano en mi frente—. Joder, Hatty tienes fiebre.

—Estoy bien —digo dando un paso al frente y pierdo el equilibrio, ¿o son mis piernas que no me aguantan?

—Joder... —Isa me atrapa y me lleva a la cocina, el calor de los fogones me sofoca mientras me sienta en una silla—. ¿Dónde está Gerardo?

—Ha salido —dice José, el cocinero.

Cierro los ojos un segundo y apoyo la cabeza contra la pared.

—Aquí estoy bien, solo necesito otra tostada con huevo.

Hace dos días me levanté congestionada y lo que creí que era un simple resfriado está mutando en algo molesto que no me está dejando trabajar *o respirar*.

Trabajar, tengo que trabajar.

Intento levantarme, pero una mano me sienta otra vez. Cuando abro los ojos, veo a Isa con su móvil, está hablando, pero ¿qué dice?

Solo escucho *bla, bla, bla, bla, bla, bla*.



LA RISA profunda y auténtica de mi hermano me despierta, no puedo quejarme, tiene una gran risa y no suele soltarla a menudo. Odio eso, no su risa, claro, sino el hecho de que mis padres hayan arrebatado algo tan natural en un niño; sin embargo, debo recordarme que estoy haciendo todo lo posible para que recupere su infancia.

—¡Esas hormigas son muy agresivas! —escucho, puedo imaginarlo sujetando su estómago.

Su estómago, ¿tendrá hambre?

¿Por cierto, qué hora es?

Levanto el brazo, sintiendo que pesa el doble de lo que en realidad pesa, y con ojos entrecerrados miro la hora.

Las seis de la tarde.

Lo bajo y lo vuelvo a levantar. ¿LAS SEIS?

¡NO DEBERÍA ESTAR EN LA CAMA!

Me siento de golpe, y toda la pequeña habitación decide dar vueltas.

—Oye, oye. —Unos brazos varoniles me rodean y vuelven a acostarme—. Tranquila, Bandida, estás en buenas manos.

¿Bandida?

Me encuentro los ojos verdes más hermosos que he visto en mi puta vida. ¿Bernardo? Es tan guapo... ¿Qué hace aquí? ¿Por qué tiene una media sonrisa?

—Gracias, Harriet, tú también eres hermosa —dice tapándome—. Voy a medirte la fiebre otra vez, ¿está bien?

¿De qué habla?

¿Qué fiebre?

Escucho un bip y un suspiro.

—La medicación todavía no hizo efecto, pero pronto lo hará, estoy seguro.

Siento algo frío sobre mi frente, dándome una ola de placer inmenso; puedo escuchar mi gemido por la habitación.

—Duerme, Hatty —dice Mason—, que aquí está todo en orden.

CAPÍTULO 22

BERNARDO



A las nueve de la noche abre los ojos y esta vez puedo ver que su semblante ha mejorado muchísimo.

Mason está calentando la comida que trajo Isadora mientras la amiga se da una ducha.

Y yo estoy aquí. Sentado al borde de su cama, preocupado y a la vez feliz de poder atenderla, Harriet no sabe lo que se siente que alguien cuide de ella y es hora de que lo haga.

—Holi —digo en la desesperación de hacerla reír. Sonríe y eso es suficiente para mí—. ¿Cómo te sientes, Bandida?

—Mejor. ¿Y Mason?

—En la cocina, ¿quieres que lo llame? —Sujeto su mano y ella se aferra.

—¿Isadora?

—Bañándose.

Intenta sentarse en la cama y coloco dos almohadas bajo su cuello.

¿Mencioné que la habitación es minúscula? Hay dos camas en paredes opuestas con una mesa de noche en el medio. Del lado de Mason hay pósteres de anime y bandas pegados en la pared que sospecho que lo que en verdad intentan hacer es tapar manchas de humedad, mientras que del lado de Harriet hay fotos colgadas de un hilo con unas lucecitas.

Son con Isadora y con Mason en su mayoría.

—¿Cómo llegaste aquí? —Busca en su mesita los pañuelos y se los paso rápidamente.

—Isadora me pidió que fuera a buscarte a Yen's porque tenías una fiebre altísima, por suerte el médico dijo...

—¿Médico? —pregunta con el pañuelo blanco sujetando la nariz.

—No te preocupes, ya está solucionado, solo recomendó bajar la fiebre con esta medicina. —
Muevo el frasquito naranja frente a ella.

—Dime cuánto te debo, Berny.

—¿Berny? —me sonrío—. Nunca me has llamado así.

—Bernardo es muy largo —responde justo antes de comenzar a sonarse la nariz.

Le doy un poco de espacio, cuando escucho a Isadora asomarse por la puerta.

—Hola, mocosa —dice desde la puerta—, comprenderás que no pienso acercarme, ¿no? Alguien tiene que trabajar en esta casa —dice con ironía haciendo que Harriet se ría—. No te preocupes por Gerardo, ya le dije que yo me encargaba de organizar tus turnos. María dijo que necesita las horas extras de todas maneras.

Harriet asiente, pero puedo ver la preocupación rondando por sus ojos.

—Oye, es solo una gripe, no te preocupes.

—No puedo estar de baja —insiste mirando sus manos.

—Sí que puedes —dice Isa con un tono firme—, ve y deposita ese cheque.

—¿Cheque? —pregunto mirando a Isa por sobre mi hombro.

—El grandote le pagó diez mil dólares —dice descruzando los brazos para irse—. La comida estará en cinco minutos.

Y se retira.

Cuando me encuentro con Harriet sonrío.

—¿Alex te pagó diez mil dólares?

—Sí —confiesa con su voz congestionada—, insistió y no me dejó decir que no.

Alex pretende tener un corazón de piedra, cuando en realidad es un gran osito de peluche.

Estoy muy orgulloso de él.

—Eso es genial, Harriet y es solo el comienzo.

—¡Comida! —grita Isa desde la cocina.

—Me haría muy feliz que te comieras un plato entero, necesitas reponerte —expreso levantándome para dejarla salir de su cama.

Y por alguna razón ella se queda mirándome con curiosidad.

—¿No te quedarás a comer?

—Hay solo tres sillas en este piso y ninguna es capaz de soportar mi peso. —Aparto el edredón y las sábanas y la ayudo a levantarse—. Estaré aquí mañana, no me extrañes tanto.

Ella me empuja con debilidad; sin embargo, sonrío y yo me quedo como un estúpido mirándola fijamente.

Estoy absolutamente cagado.

Ca-ga-do.

Esto es real y va a ocurrir, no hay duda de ello.



ME LEVANTO ANTES de que suene la alarma del móvil.
Lo primero que hago es enviarle un mensaje:

Berny:
¿Cómo te sientes?

Harriet:
Como si mi cuerpo decidiera organizar una protesta contra la felicidad.

Berny:
Solucionable entonces, el doctor dijo que mi presencia puede ayudarte, estaré allí en media hora.

ME GUSTA que no quiera detenerme, ya he llegado a su barrio y todavía no envió ningún mensaje del tipo «déjame en paz» como solía hacerme al principio.

Subo por sus escaleras empinadas y toco la puerta tres veces.

Cuando Harriet abre, tiene el edredón envuelto alrededor de su cuerpo y un pañuelo en cada orificio de la nariz.

—Pobrecita —digo entrando a su casa, cierro con cuidado, pero no parece haber nadie.

—No te burles de mí —se queja caminando hacia su cama, yo camino detrás de ella.

Se quita los pañuelos rápido y los tira a un cubo de basura lleno de otros iguales a esos.

Lo recojo y cambio la bolsa sin pensarlo.

—¿Es peor si te digo que no lo estaba haciendo?

—Sí —se queja mientras cubre su cuerpo, pero lo hace mal, sus pies quedan por fuera y los acomodo para que no coja frío.

—¿Quieres un té? Traje varias cosas que te harán sentir mejor.

—¿Sabes encender la tetera eléctrica?

Deslizo una mano por su frente, pretendiendo leer su temperatura, pero luego aprieto su nariz.

—No te hagas la lista, «Harriet la espía».

No necesito saber cuánta fiebre tiene, ya que Isadora me envió toda la información necesaria. Está mejorando, solo falta que se vaya la congestión que le deja la nariz roja.

Le preparo un té y adorablemente dispongo galletas en su plato para presentarlo. Ella sonrío cuando lo ve.

—No estoy acostumbrada a que me traten como una princesa —dice antes de darle un sorbo.

Yo me siento en la cama frente a ella, la de Mason, que está hecha y hasta decorada con un Pikachu. ¿Dónde estará? Si se supone que estaba de vacaciones.

—Era hora de que ocurriera, ¿qué princesa serías?

Ella piensa bien...

—Tiana, ya sabes, ¿la de la Princesa y el Sapo?

—¿Y por qué?

Deja la taza en su mesa y se cubre con el interior del codo cuando comienza a toser.

—Su sueño era abrir su propio restaurante, ¿recuerdas?

—¡Oh sí! Eso estaba guay, no sabía que ese era tu sueño. —Cruzo mis piernas, apoyando el

tobillo sobre mi rodilla—. ¿Qué platos ofrecerías en la carta?

—No lo sé, nunca me permití imaginar tanto.

—Deberías, es un buen ejercicio. Soñar es gratis, Harriet, por ahora al menos, hasta que algún CEO perverso se apropie de los sueños de los demás.

Ella pone los ojos en blanco, a veces siento que soy demasiado positivo para ella, espero que no la irrite. Ese positivismo lo heredé de mi padre, definitivamente.

—¿Cuál es tu plato preferido? —cuestiona.

—Mmm —pienso, buscando recuerdos—, tengo muchos, no podría elegir uno solo de tantos que conozco, pero el ceviche peruano lo recuerdo como algo increíble, ¡ah! Lo sigo saboreando. —*Ese sí que fue un buen viaje.*

Ella coge su móvil y comienza a buscar la receta.

—Podría hacerlo.

—Claro que puedes hacerlo, no hay nada que no puedas, Bandida. Tómate el té, esa garganta lo necesita.

—¿No te gusta mi voz de locutora?

—Prefiero la tuya mil veces.



CUANDO LLEGA MASON AL MEDIODÍA, se detiene en la puerta cuando me encuentra de pie frente a la vitrocerámica sirviendo un plato de fideos con salsa.

Harriet está sentada en la mesa envuelta todavía en el edredón, excepto la cabeza, viéndose encantadora, y todo eso despierta sensaciones nunca antes experimentadas en mi pecho. Está escuchándome balbucear sobre mis viajes como si los estuviera viviendo en carne propia.

Me detengo al ver el rostro conmocionado de Mason.

Es de película casi.

—Hola... —dice con precaución.

—Comeremos en diez minutos —digo con mis puños clavados en mis caderas como hacía mi madre cuando me retaba—. Si no estás sentado para entonces, te perderás uno de los platos más elaborados de mi repertorio: fideos de caja con salsa de bote. Por cierto, ¿dónde estabas?

—Hatty me envió a casa de mi amigo Lautaro, y él tenía que estudiar para las asignaturas que no aprobó, así que lo ayudé.

Mason choca su puño con el mío, luego deja su mochila colgada en el respaldo de su silla.

—¿Cómo te sientes, Hatty?

—Mejor —responde con toda su voz ronca—. ¿Cómo te fue?

—Mira —dice con entusiasmo y saca de su bolsillo varios billetes.

—¿De dónde has sacado eso, Mason Baker?! —Harriet acaba de perder cualquier tipo de relajación que había conseguido durante la mañana.

—La madre de Lautaro me quiere pagar por darle clases, así que me dio cincuenta dólares hoy.

—Mason...

—¡¿Qué?! Mi tiempo vale oro.

Harriet me mira como pidiendo ayuda.

—El muchacho es ingenioso, eso es innegable.

—¡Pero eso es ilegal, Mason! No tienes edad suficiente para trabajar todavía.

Su hermano abre la boca para decirle algo, pero se silencia de golpe, dejándome intrigado. Me pregunto si Harriet se percató de que nos conocemos porque ella también hizo una ilegalidad.

—¡Pero son cincuenta dólares!

Sirvo los platos mordiendo mis labios para no reír, y los dos hermanos hunden sus rostros en la montaña de fideos.

Los observo orgulloso comer y creo que esto me gusta mucho.



Archie:

¡Enfermero, tengo el corazón roto!

Berny:

No es gracioso.

Alex:

Es bastante gracioso, ¿cómo esta Harriet?

Berny:

Mejora cada día un poco más.

Jareth:

¿Asumo que me perdí algo «importante»?

Archie:

Buenardo está haciendo de las suyas, mientras Harriet se enferma, él aprovecha el momento para subir en el ranking.

Berny:

Solo soy un buen amigo, lo haría por cualquiera de vosotros.

Archie:

Yo tuve neumonía y no te dignaste a pasar por mi casa para ver cómo estaba.

Berny:

No fue para tanto.

Archie:

¡Casi me internan!

Berny:

Lo siento amigo, quizás no eres tan guapo como creías.

CAPÍTULO 23

HARRIET



Los tres nos refugiamos en nuestra habitación, ya que mi energía empezó a caer en picado tras ese plato gigante de comida.

Nada mal para alguien que dice que no suele cocinar nunca en su vida.

Los escuché hablar y reír mientras lavaban los platos y hasta me dieron ganas de volver y participar, pero minutos después los dos aparecieron en la puerta, casi espiando a ver si dormía o no.

Mason ahora está despatarrado en su cama, feliz y riendo con Berny, mientras que el fotógrafo está sentado a los pies de mi cama, con su espalda apoyada contra la pared. Nos está contando una anécdota que involucra a su padre y a sus tíos. Parece que son una familia muy unida e ignoro la punzada que siento cuando escucho que algo así existe ahí fuera.

Una familia que se quiere, que pasa tiempo juntos, que se ayuda y contiene.

Con Mason tengo eso, pero somos solamente dos y secretamente a veces fantaseo en cómo sería nuestra vida si nuestros padres no fuesen dos completos idiotas. Si tuviera a alguien con quien compartir la carga mental que conlleva criar a un preadolescente, mantenerlo y formarlo para que sea un hombre decente.

Y no como nuestro padre.

—Por eso le prohibieron la entrada a Disney a mi padre —dice finalmente—. Por suerte yo no caí en esa y yo sí puedo volver.

—¡Pero tu padre es un salvaje! —me río—. ¡¿Cómo le va a preguntar a Bella si le gustaba más la Bestia antes de que se convirtiera en ser humano?! ¡Y delante de los niños!

Nos morimos de risa con tan solo imaginarlo. Mason tiene lágrimas en los ojos.

—Mi padre puede ser muy infantil si se lo propone.

—¿Cómo es Disney? —pregunta Mason abrazando sus piernas. Un silencio cae de golpe en la habitación.

Bajo la mirada, sintiendo culpa de golpe.

—Oh, es increíble, todo es mágico, la comida está muy rica y las atracciones son alucinantes —responde Berny—, pero no me hagas describirlo, mejor vayamos y lo experimentas tú mismo.

—¡¿Qué?! —decimos Mason y yo al mismo tiempo.

Berny mira a Mason y lo encuentra con sus ojos bien abiertos y emocionados, y luego a mí, con mis cejas tan unidas que no hay espacio entre ellas.

—No, Bernardo... No.

—¿Por qué no? Cuando te mejores, podríamos ir. El viaje por carretera es de cuatro horas, nada más. Vamos, Harriet, ¡yo os invito!

—¡Hatty! ¡Porfis! —grita Mason poniéndome en una situación imposible.

Bernardo comienza a aplaudir al ritmo de «¡porfis!, ¡porfis!, ¡porfis!», y Mason lo sigue con una sonrisa plasmada en su rostro.

Cuando mis ojos conectan con Bernardo repite: «Yo lo pago todo», pero, a pesar de eso, no puedo evitar sentir inseguridad, ¿Qué pasa si se olvida y espera que yo aporte dinero? Bueno, tengo esos diez mil que me dio Alex... En caso de emergencia, podría tirar de ahí.

Vive la vida, déjate ayudar.

Joder.

—Está bien.

—¡Sí! —grita Mason y sale corriendo—. Se lo voy a contar a Lautaro. —Lo escucho en la cocina buscar su móvil histéricamente en su mochila.

—Voy a matarte —amenazo.

—¿A besos? —responde, ganándose un cojín directamente en su rostro.

Pero mis mejillas se encienden y no es por la fiebre.



—¿Eso dijo? —murmura Isa acodada en el mostrador.

Es la primera vez que estamos a solas para hablar de todo lo que ocurrió esta última semana y, aunque Yen's está repleto de gente, nos contamos cosas durante los segundos que tenemos entre que esperamos el pedido y lo llevamos a la mesa.

Como, por ejemplo, el hecho de que Bernardo vino todos los días, cocinó y cuidó de mí y de mi hermano con un amor que aún no puedo comprender el origen.

Isa me mira con ojos entrecerrados, pero una sonrisa en su rostro.

—¡Mírate, toda roja!

Cubro mi rostro con mis dos manos.

—¡No estoy roja! —siseo y miro hacia una de las mesas. «La Insufrible» vuelve a llamarme. Así la llaman todas, una cliente que viene demasiado a menudo, yo no le puse el apodo, pero realmente lo es—. Espera.

Vuelvo a la mesa y la encuentro con su cara de haber olido una mierda y sus uñas exageradamente largas.

—Pedí específicamente un almuerzo sin carbohidratos —señala su plato con las dos manos, sus ojos claros y sus pestañas postizas tipo araña me miran como si fuese una abominación en persona.

—Lo siento, ¿dónde están los carbohidratos? —pregunto haciendo relucir mi ignorancia, yo solo veo una gran ensalada verde.

—En la quinoa, ¡aj!, ¿nadie hizo un curso online de nutrición en este lugar? De verdad, solo tienes que mirar TikTok para entender lo básico. La quinoa tiene carbohidratos, querida. —Empuja el plato con brusquedad—. Haz el favor y cámbiamelo.

Su compañera cubre su rostro y mira hacia otro lado con vergüenza.

Respira, Harriet, respira.

Necesitas este trabajo.

—¿Me estás escuchando? ¿O, aparte de ignorante, eres sorda también? C á m b i a l o.

—No te preocupes, todo el puto restaurante está escuchándote —dice alguien detrás de mí— y creo que todos estamos de acuerdo en que la ignorante eres tú.

Bernardo está detrás, sus tres amigos de pie tras él.

Los cuatro juntos son como una montaña y tengo que mirar hacia arriba.

Oh, no, no, no, no...

Le hago señas para que se silencie, pero sus ojos están puestos en la Insufrible.

—¿Disculpa? —pregunta ella arqueando una ceja.

—Así que Harriet no era la única sorda —murmura Jareth haciendo que la mitad del restaurante se ría, ya que todos están en silencio.

Joderrrr.

Alex y Archie sueltan una risa cruel y yo entro en más pánico que antes.

—Métete en tus asuntos —dice la Insufrible.

—¿Sabes qué? —digo precipitadamente—. Me haré cargo de esto. —Agarro el plato y lo saco de la escena del crimen nutricional.

—No, es una adulta que puede lidiar con esto. Si pensó que podía hablarte así, entonces estoy seguro de que puede lidiar conmigo o con el resto de estas personas —señala a su alrededor.

La Insufrible se levanta.

Todos tienen los móviles apuntando hacia nosotros.

No sé qué hacer.

¿Debería responder por su mala educación? ¿Pretender que no está pasando nada?

Miro a Isa y ella encoge los hombros, pero al ver mi pánico hace señas para que me escabulla de la situación.

No puedo, no puedo dejar que escale.

—¿Quién te crees que eres?

—¡¿Quién crees que eres tú para hablarle así a un ser humano?! —grita Bernardo dando un paso más cerca.

Este no es él, no hay sonrisa, ni movimientos relajados, este hombre aquí es colérico, imponente y un poco aterrador, debo confesar.

—¡Que se vaya! —grita alguien en el fondo.

Esto se está yendo de las manos.

Me acerco a la mujer para susurrarle que no se preocupe, que le traeré un plato diferente, cuando le da un manotazo al plato en mi mano, haciéndolo caer a mis pies y sobre mí.

—¡Quítate de encima, mugrosa! —La Insufrible me empuja haciendo que me choque con Bernardo y él me sostiene rápidamente.

La gente comienza a protestar.

—¡Que se vayaaa, que se vayaaa! —comienza a gritar Archie, haciendo que todo el mundo lo siga con el abucheo.

—Isa —dice Bernardo firmemente—, llama a la policía o sácala de aquí, lo que sea que te dé más placer.

—Con gusto —dice mi amiga sujetándola del brazo. La Insufrible grita barbaridades e insultos terribles en el camino, hasta que Alex abre la puerta y le dice adiós con una sonrisa sobrada en sus labios—. Grita todo lo que quieras, recuerda que estos son tus cinco minutos de fama.

Creo que es en ese momento cuando se percata de que hay al menos diez móviles apuntando hacia ella y se silencia por completo.

En cuanto la puerta se cierra, el lugar entero comienza a aplaudir y yo me quedo atónita cuando todos me preguntan si me encuentro bien, que cuánto lamentan que haya pasado por un momento así, pero en lo único que me concentro es en él.

En sus ojos rabiosos.

En la indignación que carga en sus hombros tensos.

En el agarre firme de sus brazos.

Y me pregunto, por un segundo, qué hice para merecer semejante... cariño.

CAPÍTULO 24

BERNARDO



—¿E stás bien? —Mi voz sale furiosa.
No es su culpa, pero no puedo detener la furia que llevo por dentro. Nunca había sentido el deseo de pegar a alguien, mucho menos a una mujer, pero por Dios, sentí que el de arriba me puso a prueba porque pensé que iba a perder la cabeza. El hecho de que le haya hablado así, como si fuese de una especie inferior, es inconcebible para mí que alguien sea capaz de comportarse de esa manera.

¿En qué mundo vivimos?

¿En qué clase de personas nos hemos convertido, que creemos que porque alguien nos sirve en un restaurante significa que son inferiores?

—Sí, sí —limpia su delantal que tiene comida y pedazos de plato—, gracias.

Sus ojos almendra me miran brillantes y conmovidos, por un segundo creo que está al borde de las lágrimas, hasta que Isa se acerca.

—Vamos a limpiarte, amiga. —Y se la lleva hacia la cocina, donde la reciben el cocinero y supongo que el jefe, un idiota grandote que parece más cabreado con ella que con la situación.

Nos sentamos en una mesa libre los cuatro y ninguno de ellos habla durante un rato. Los convencí de comer aquí, ya que es el cumpleaños de Archie y tiene otros planes para esta noche

en los que dudo que podamos seguirle el ritmo.

—Bueno, si esto no es un gran cumpleaños, no sé lo que es entonces —festeja mi amigo.

Esta vez no puedo reírle el chiste, nada de esto es gracioso. Harriet fue agredida verbal y físicamente y sospecho que no es la primera vez.

No puedo salir del estado mental en el que me encuentro, quiero ir con ella, quiero ayudarla, quitarle ese delantal sucio y humillante, y llevarla lejos de aquí.

Conmigo.

Quiero darle todo lo que la vida le prohibió.

Quiero cuidar de ella, compartir el peso que carga en sus hombros.

Cubro mi rostro con las dos manos y rasco mi cabello recién cortado con brusquedad.

No puedo hacer nada de eso, ella nunca me lo permitiría.

—¿Estás bien, Buenardo? —susurra Alex leyendo el menú.

—Todavía no —respondo uniendo mis manos sobre la mesa, mi pierna se mueve tan rápido que estoy a punto de hacer un surco en el suelo.

—Esto debe pasarle todos los días, estoy seguro de que está acostumbrada —susurra Jareth con su tono aburrido de siempre.

—¿Y crees que está bien? Joder, Jar, ¿tú tratas así a la gente?

Jareth baja el menú y me atraviesa con los ojos.

Me siento lo suficientemente valiente como para sostener la mirada.

—Al menos soy equitativo y le respondo así a todo el mundo, no solo a las camareras, pregúntale a mi contable si no.

Chisto por lo bajo y niego con la cabeza, no estoy para soportar el humor de nadie.

Isadora se acerca a la mesa con su cuaderno desgastado.

—¿Cómo está? —pregunto con apuro.

—Perfectamente, mi amiga tiene puesto un chaleco antibalas para personas como la Insufrible, ahora, díganme, caballeros, ¿qué van a pedir?

Se prepara para escribir, pero nadie responde.

Isa los mira uno por uno, evitando a Jar por supuesto, y arquea una ceja.

—¿Necesitáis un retiro espiritual antes de decidirlos?

—No —dice Alex—, yo iré con esa ensalada que la loca tiró al suelo, se veía apetitosa.

—Yo pediré el sandwich de pavo —señala Archie el menú—. ¿Hay algún agasajo para el cumpleaños? ¿Un muffin de Harriet quizás? ¿Tu número de teléfono?

Jareth lo mira sin expresión alguna, pero puedo ver la tensión en su mandíbula.

Isa anota en su cuaderno.

—Sandwich de pavo... —murmura— ¿Y tú? —le pregunta a Jareth.

—La sopa de brócoli y cheddar —responde mirando su móvil.

—Sopa de brócoli y cheddar, el plato más fácil de escupir. Entendido.

Mi risa raspa mi garganta y los otros dos se miran con una media sonrisa, están deseando que empiece el espectáculo.

—Al fin puedo verte ponerle empeño a algo —responde colocando una servilleta de tela sobre sus piernas con la calma de un asesino.

Las mejillas de Isa hacen algo que nunca creí ver.

Se ponen rojas.

En sus ojos se pierde esa chispa que la hace ella y la tensión en el aire es comparable con la que vivimos hace un rato.

—Que no te quepa ninguna duda —dice haciendo un garabato en su cuaderno—, enseguida

vuelvo.

Los tres lo miramos mientras estira arrugas imaginarias de su servilleta puesta elegantemente.

—El tiempo en esta ciudad es realmente abrumador, ¿alguien más está pensando en irse a un lugar donde el verano exista de verdad? —suelta, y procede a llevar un vaso de agua a sus labios.

Alex parece despertar de golpe y con una expresión graciosa cambia el tema.

—¿Crees que la despedirán por esto?

—Espero que no —devuelvo mirando hacia la cocina, la Bandida sigue allí dentro.

—¡¿Debo recordaros que es mi cumpleaños?! —dice Archie apoyando sus manos sobre la mesa—. Ya Bernardo me robó todo el protagonismo cuando apareció con ese corte hípster, luego Harriet se volvió viral, basta, hablad de mí...

Y nos disponemos a darle todo lo que Archie más quiere en el mundo. Atención.



NO LOGRÉ HABLAR con ella desde el incidente.

No me sorprendió cuando la vi salir de la cocina con un nuevo delantal y su cabello recogido en un moño alto.

Transitaba entre las mesas como si nada hubiese ocurrido y sentí orgullo.

También me sentí un idiota, por tener este complejo de héroe que no sentía desde que vi la última de Iron Man, intentando tomar partido en cosas que no me corresponden porque ella es una mujer independiente, ella carga con responsabilidades que yo no puedo imaginar porque tuve la suerte de nacer en una gran familia y con un buen poder adquisitivo.

Con una red de apoyo increíble.

Y aunque algunos están desaparecidos porque tienen hijos o porque tienen una pareja, sé que, si yo los necesito, se suben a un avión y aparecen en la puerta de mi casa en menos de seis horas.

Harriet es la responsable de un niño, y no solo eso, tiene inspecciones constantes del gobierno por ello, tres trabajos en los que rendir, sueños que soñar y un presupuesto que cuidar.

—Dios, me siento un idiota —digo mirándome en el espejo de mi baño. El vapor de la ducha comienza a borrarse de los bordes y sujeto la toalla envuelta en mi cadera.

No es un corte hípster, ¿no? Es corto pero los rizos le dan un poco de personalidad, aparte, los hípsters murieron en el dos mil.

Cuando vuelvo a la habitación, encuentro en la pantalla del móvil un mensaje.

Bandida:

Gracias por defenderme hoy.

Dejo caer la toalla al suelo y me siento en la cama.

Berny:

No me des las gracias, no debería haber pasado eso, Bandida.

Bandida:

Lo sé, pero es el mundo en el que vivimos los mortales.

Eso me hace pensar, quizás sí soy demasiado inocente algunas veces, quizás yo estoy

jugando en modo fácil desde que nací y no vi con claridad todo lo negativo que, ahora que paso tiempo con ella, me doy cuenta que tal vez siempre estuvo ahí, frente a mí, solo que fui muy soñador para verlo. Siempre hablo de ángulos y puede que en este momento no esté logrando el mismo que usa Harriet.

Berny:

¿Qué estás haciendo?

Bandida:

¿Quieres la verdad?

Berny:

Siempre.

Bandida:

Estoy pensando en ti.

Mis pulgares se paralizan sobre la pantalla, estar desnudo de golpe me hace sentir muy vulnerable.

Algo en mi pecho se despierta y enloquece.

¿Qué es esto?

¿Qué tengo en el estómago?

Bernardo:

¿En lo bonito que soy?

Por supuesto que tengo que hacer un chiste estúpido, por supuesto.

Bandida:

Sí, y en que no suelo encontrar tipos como tú.

Berny:

¿Cómo yo? Explíquese, señorita.

Bandida:

Hoy nadie se interesa por los vínculos, todo el mundo le teme a esa palabra y debo confesar que yo también, pero quizás por razones diferentes. El mundo se volvió frío, los hombres y mujeres de hoy viven despegados de lo emocional, solo buscan el placer instantáneo y avanzar en la vida, y eso me aterra. Tú pareces en búsqueda de lo opuesto.

¿Lo opuesto a la frivolidad y el descarte?

Puede ser, algo busco y, si lo pienso bien, no es solo sexo, no es una amistad, no es el clic en una cámara, lo que busco es algo indescriptible.

Y estoy tan encerrado en mi mundo que no me percaté de que lo que necesito es...

Es...

Que me importe alguien.

Sí, eso es, involucrarme en la vida de alguien.

Sentirme afectado emocionalmente por alguien, no, no alguien, por ella.

Por Harriet.
Quiero...

Berny:
Tú eres lo opuesto.

Harriet se toma unos segundos para responder y espero con atención la respuesta.

Bandida:
Tengo una advertencia: no estoy emocionalmente estable en estos momentos.

Berny:
Prefiero eso a que no estés emocionalmente disponible.

Bandida:
No creo tener la capacidad de contener mis emociones a esta altura.

Me levanto de la cama y decididamente camino al vestidor para cubrir mi cuerpo.

Berny:
Me alegra oír eso, porque yo no puedo inhibir lo que me provocas.

Bandida:
Pero entiendes que mi energía hoy está puesta en mi hermano y sus necesidades, ¿no?

Berny:
Déjame aportar a esa energía también. No creas que soy un bebé adulto que necesita ser cuidado constantemente, déjame cuidarte a ti por una vez.

Quince minutos tarda en responder.
Quince tortuosos minutos.

Bandida:
¿Poco a poco?

Sonrío.

Berny:
A la velocidad de un caracol, Bandida :)

CAPÍTULO 25

HARRIET



Jada sonríe sin mostrar los dientes.

Creo que lo hace porque sabe que sus visitas sorpresas no son bien recibidas por nadie, por eso le devuelvo el mismo tipo de sonrisa.

—Jada, un placer verte —digo dejando espacio para que entre.

La agente es una mujer alta, de carácter fuerte, pero con un gran corazón.

Siendo una mujer negra, sabe perfectamente que la vida es injusta para algunos, lo vive de primera mano todos los días en esta sociedad. Los tacones de sus botas resuenan en el suelo de cerámica y avanza hasta el centro del pequeño salón, mira a su alrededor y agradezco que Isa hoy no dejó ropa tirada.

—¿Cómo están los hermanos Baker? —pregunta mirando a su alrededor.

Parte de su trabajo es comprobar que Mason vive en un lugar seguro, que tiene todo lo que necesita, por eso observa todo al detalle. Su última visita fue hace tres semanas, pero le gusta mantenerme alerta, por eso no sigue un itinerario regular.

—Muy bien, por suerte, espera que lo llamo. ¡Mason! —señalo una silla para que se siente.

—Hay una cuarta silla, ¿estás recibiendo visitas?

Bernardo dejó una silla cuando vino a cuidarme, una de esas plegables que se compran en

Costco.

—Hatty la compró para que pueda invitar a mis compañeros —dice Mason sentándose.

—Oh, eso es muy bueno, Mason, ¿vienen a menudo?

—De vez en cuando, ahora de vacaciones tienen más tiempo.

Mason, gracias a Dios por tu cerebro.

Jada me mira con sus ojos negros y me sonrío casi diciendo «buen trabajo».

Trago saliva nerviosamente al recordar que no estoy haciendo las cosas muy bien últimamente.

¿Pero cuáles son mis opciones? ¿Dejar que Isa duerma en la calle? Ni de coña.

—¿Qué tal te están yendo las vacaciones de verano? —pregunta sacando una carpeta con papeles, normalmente rellena información que no tengo idea de qué es.

La cafetera hace un ruido y sirvo tres tazas, dos de café y un té. Por más que Mason tome cafeína todos los días, no quiero arriesgarme a que Jada me regañe por eso.

—Bien, aunque me gusta ir al colegio.

—No falta mucho para que comiencen las clases. ¿Y tú, Harriet?

Me uno a la mesa y sonrío, intentando disimular todo el estrés que esta charla me provoca. No puedo mencionar a Isadora, tampoco a Bernardo, ya que nuevas personas en mi vida pueden traducirse en papeleo y un nivel de compromiso muy grande para que Jada lo tome con seriedad.

—Muy bien, las ventas de la feria subieron —*gracias a él*— y conseguí clientes nuevos para cocinar en eventos empresariales.

—¡Oh, eso es una muy buena noticia! ¿Cómo estás organizando tu tiempo?

Traducción: ¿cómo haces para que Mason no esté solo todo el maldito día?

—Suelo avisar a Gerardo de que no podré asistir a ese turno y cocino durante la noche o la mañana temprano.

—¿Tú la ayudas, Mason?

Mis hombros se endurecen.

—A veces, pero no soy muy bueno con la cocina y Hatty no me deja tocar sus preparaciones. Sonrío tensamente.

Jada le da un sorbo al café y asiente, luego anota algo.

Lo que más temo en este momento es que haya visto el video viral en Yen's, tengo pavor de que lo mencione. Sin embargo, hace algunas preguntas más, sin ahondar mucho en mi trabajo.

Hace dos días que ese video corre por todas las redes sociales, hasta incluso hubo gente que la rastreó por internet y la expuso delante de todos.

Gerardo no está contento con el resultado, pero intenté que entendiera algo que me dijo Bernardo: «Mala publicidad es publicidad también».

Cuando se levanta para irse, lo recuerdo.

—Jada, olvidé mencionarte que este fin de semana iremos a Disney. —Es obligatorio avisarle a la agente si salimos de la ciudad.

Ella sonrío ampliamente.

—¡Oh, eso es estupendo! Yo fui el mes pasado con mis hijos, lo pasaron de maravilla, ¿estás emocionado, Mason?

—¡Mucho! Es mi primera vez.

Por favor, no menciones a Berny, suplican mis ojos.

—Bueno, espero fotos —le dice, y luego agrega acercándose a mí—, y el móvil encendido en caso de que tenga que verificar tu paradero.

—Sí, claro, Jada, cuenta con ello.

Y así paso una prueba más que me permite tener a mi hermano.



CUANDO ABRO la puerta que da a la calle y veo lo que hay al otro lado exploto en una carcajada.

Bernardo está apoyado sobre su coche, con una gorra de Goofy, dos vasos de Starbucks y el pelo absolutamente corto.

Mason se ríe a la par mía y coge el vaso que Bernardo le entrega.

—¿Quién está listo para Disney?

—¡Yo! —grita mi hermanito levantando la mano adorablemente.

—Dentro del coche tenéis vuestras respectivas gorras, no hay que subestimar el sol de Los Ángeles.

Cuando entro, encuentro una gorra de Minnie y mi hermano tiene la de Stitch, todo un acierto para ese pequeño demonio.

—Gracias —digo poniéndomela, las orejitas chocan con el techo, pero quitármela no es una opción. No cuando Bernardo me mira así y sonrío de esa manera.—Me gusta tu pelo.

—No lo se, creo que lo dices de compromiso.

—¡No! —ríó— lo digo de verdad.

—Sí, pareces más grande—agrega Mason con maldad haciendo que Bernardo le saque la lengua.

Lentamente, se forma una emoción en mí que nunca sentí. Esperar ansiosamente por un viaje así no es algo que hayamos hecho jamás. ¿Esto es de lo que hablaba Bernardo cuando decía que se emocionaba al viajar?

Mi hermano tira de las orejitas de Stitch y me sonrío tanto que se le llenan los ojos de lágrimas.

Bernardo aprieta mi muslo izquierdo y dice:

—Disney, ¡allá vamos!

De San Francisco a Los Ángeles hay aproximadamente cuatro horas, depende del tráfico y el nivel de calor. La carretera de la costa del Pacífico es una de las más pintorescas de California. La diversidad del paisaje me deja completamente impresionada. Los acantilados imponentes de Big Sur se extienden a mi izquierda, mientras las olas rompen con fuerza contra las rocas. En cada curva, nuevos viñedos y bosques exuberantes captan mi atención. Cada kilómetro es una nueva maravilla visual, y mi corazón late rápidamente cada vez que encuentro a Bernardo mirándome de soslayo con una gran sonrisa orgullosa en su rostro.

Me duele el estómago al recordar la conversación que tuvimos hace unos días:

A la velocidad de un caracol, Bandida :)

Y eso me tranquiliza, no siento presión ni incomodidad, voy a la velocidad de un caracol, cómoda y segura.

Mason tiene los auriculares puestos porque se mareaba en las curvas de la carretera, y como él también está disfrutando cada momento, nos grita datos interesantes de cada paisaje nuevo que nos encontramos porque los auriculares no lo dejan escucharse a sí mismo.

Es gracioso.

—Estoy deseando que conozcáis el parque, tengo todo planeado, primero iremos a las atracciones más populares y luego comenzaremos de izquierda a derecha para... —Me río y cubro mi boca, eso lo interrumpe—. ¿Qué?

—Pensaste esto al detalle.

—Pues claro que sí, llevo tres días diagramando este viaje, quiero que tengáis la mejor experiencia posible.

Sin pensarlo, apoyo mi mano en su pierna.

—Gracias —digo con verdad absoluta—, sé que Mason pasará un día increíble.

Bernardo apoya su mano sobre la mía y la sujeta; su mirada se vuelve seria y permanece en mí unos segundos de más hasta que vuelve a la carretera.

No la soltó hasta que llegamos a nuestro destino.



TODO ES UNA MARAVILLA.

La música te hace sentir que estás en una película, la energía de la gente es desorbitante. Los tres llevamos nuestras gorras y encajamos perfectamente con el público, todos parecen llevar alguna pieza con personajes.

Mason se sacó fotos con al menos cuatro personajes y en una de ellas salimos los tres cuando un empleado del recinto nos preguntó si queríamos una todos juntos. Bernardo fue el primero en decir que sí, ¿cómo iba a negarle eso?

Comimos churros y nos detuvimos a tomar agua después del cruce de la jungla para calmar los calores.

La atracción favorita de Mason fue la de los piratas y la mía la de la mansión embrujada.

Hace años que no me reía así, por no decir nunca.

—¡Hatty! ¡¿Podemos ir otra vez?! —grita Mason teniendo una sobredosis de azúcar, energía y felicidad.

Me siento en uno de los bancos de la plaza y suelto todo el aire de mis pulmones.

—¿Esto es lo que llaman vejez? —pregunto abanicándome.

Bernardo se ríe, pero también se desploma a mi lado. Ninguno le puede seguir el ritmo a mi hermano.

—¡Vamos! —insiste—. ¡Ha sido genial!

—No puedo moverme, dame al menos unos minutos —ruego sacando la botella de agua de la mochila, una vez que le doy un sorbo, se la paso a Bernardo y él se toma todo el resto.

Hay algo sexy en el movimiento de la nuez de adán, cómo sube y baja, joder, ¿ahora me calienta una nuez? ¿Cuál será mi siguiente fetiche? ¿Las rodillas?

Miro disimuladamente de todas maneras, desde que vi a Sam Heughan con un Kilt en Outlander, las rodillas son una perdición para mí.

No tiene explicación alguna.

En el banco de al lado, una familia descansa también y su hijo hace un berrinche porque quiere volver a entrar.

No somos los únicos que debemos lidiar con esta energía, entonces.

—Oye, Mason, ¿por qué no vuelves a meterte con ese muchacho? Los dos tenéis la altura justa para ir solos.

Mason lo mira y parece analizarlo todo en cinco minutos. Antes de darme cuenta, camina hasta el chico y le pregunta si quiere subir con él. Los padres nos miran entendiendo que nosotros tampoco estamos dispuestos a movernos.

Cuando el muchacho acepta, se van los dos corriendo con una sonrisa.

—¡No corras! —grito, pero ni fuerzas para hacerme escuchar tengo—. Nunca lo vi tan emocionado.

—Lo que daría por tener su energía, para empezar, estaría aprovechando estos pocos minutos para besarte de una maldita vez.

Volteo rápidamente y antes de entender lo que ocurre, Bernardo deposita sus labios en los míos.

Su mano se apoya en mi mejilla y lentamente comienza a explorar mi boca.

Me pierdo durante unos segundos por la sensación.

—No deberíamos hacer esto en un parque lleno de niños. —Dejo besos rápidos sobre sus labios.

—Esos niños deberían saber que así es como comenzó el proceso de su nacimiento.

Me río y él besa mis labios absorbiendo mi risa.

Estoy perdiendo este juego, debería ser más precavida, aprender a manejar mis impulsos, pero todo lo que me pide mi cuerpo ahora es atraerlo a mí y besarlo un poco más.

No suelo tener momentos a solas, por eso este es tan preciado.

Bernardo se aleja un poco, pero sus ojos siguen puestos en mis labios.

—¿Cómo puedo ahogar la necesidad que tengo de besarte todo el maldito tiempo, Harriet?

—Tú sabrás, porque yo tengo el mismo dilema.

—Solo voy a decir que tienes suerte de que tu hermano esté aquí, lo respeto demasiado.

—Oye, es a mí a quien debes respetar, ¿no a mi hermano!

Bernardo se ríe echando su cabeza hacia atrás.

—Me encanta hacerte cabrear, voy a ir por algo fresco, este calor es sofocante —dice levantándose.

—No hace tanto calor —devuelvo, mirando el cielo parcialmente nublado.

—El problema no es el clima, Bandida, el problema es tenerte tan cerca.



AL FINAL DEL DÍA, los tres, ahora sí, estamos agotados. La mayoría de la gente se retira del parque después de ver un gran desfile y ahora tenemos que volver a San Francisco.

Mason bosteza abriendo bien la boca y yo lo regaño mientras seguimos al gentío.

—Lo siento —se ríe—. ¡Es que fue un día genial! Estoy cansado.

—Ni me lo digas, que yo tuve que seguirte el ritmo, ahora hay que sacar fuerzas para el viaje de vuelta.

Bernardo se detiene en seco y tapa su boca con la mano.

—¡Lo olvidé! —dice con pánico.

Me alerta y me acerco a él.

—¿Qué olvidaste? —Miro sobre sus hombros la mochila, sigue ahí con su cámara colgando del cuello.

—Deciros que nos quedamos a dormir en el hotel —señala hacia la derecha—, es por allí.

Uno mis cejas en confusión.

—¿Olvidaste decirnos que habías reservado un hotel?

—Sí —choca la palma de su mano sobre la frente—, joder, no trajisteis nada, es un resort, hay una piscina y todo.

—¿Piscina?! —grita Mason olvidando todo el cansancio que tenía hace apenas unos segundos.

—¡Y todo! —dice Bernardo chocando los cinco con mi hermano.

Qué par, por Dios.

—No trajimos ropa —digo caminando junto a él.

Bernardo apoya su brazo pesado sobre mis hombros y dice:

—¡Para eso existen las tiendas de regalos!

Entramos a la más cercana y Mason comienza a elegir ropa sin tapujos.

—No te preocupes, Hatty, yo traje mis ahorros, este es mi regalo.

—Mason... —suspiro mientras corre hacia la sección de villanos.

—Déjalo, Bandida —dice Bernardo detrás de mí—, le gusta poder regalarte cosas.

Miro a mi hermano buscar entre las camisetas y elige la más chillona.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco el sentimiento, toma —pone algo sobre mis brazos, es un traje de baño con el famoso estampado rojo con puntitos blancos—, ve a probártelo, mañana será día de piscina.



A PESAR DEL CANSANCIO, mis ojos están abiertos y miran al techo de la habitación del hotel.

Todavía estoy nerviosa por el cambio de planes. A Jada no le agradó cuando le dije que tuvimos que parar en un hotel, pero entendió que volver con tanto cansancio no era la mejor idea.

Mason duerme en la cama doble de al lado, todo despatarrado, disfrutando de unas sábanas suaves y almohadas esponjosas. Toda nuestra vida hemos dormido en camas individuales, así que esto es una mejora incomparable.

La habitación es amplia, las paredes están adornadas con murales encantadores que cuentan historias mágicas, y una lámpara en forma de Mickey ilumina la habitación con una luz cálida y acogedora. El toque mágico de los parques se encuentra en cada rincón: desde los detalles del mobiliario hasta los pequeños adornos que hacen referencia a mis películas favoritas.

Bernardo dijo que tenía una habitación para él solo a un par de puertas de aquí, y que, si necesitaba algo, simplemente le enviara un mensaje.

Aún no puedo creer lo que hizo hoy por mi hermano, sé que este día no se le olvidará jamás, quizás en algún momento de nuestras vidas podamos darnos estos gustos, acumular experiencias como hizo Bernardo durante su vida.

Debo admitir que nunca me picó la curiosidad por eso de viajar, las limitaciones de mi vida y la mala suerte que alguna vez me persiguió hicieron que mantuviera mis expectativas bajas.

Mi familia no fue demasiado exitosa, mis padres vivían de trabajos mal pagados y no tenían ambición alguna, mis abuelos murieron jóvenes, pero mi abuela pudo vernos crecer, la única integrante de la familia que nos trataba como humanos. De hecho, ella le había planteado a mi padre hacerse cargo de nosotros, pero un cáncer repentino hizo que todos esos planes se esfumaran. Por eso nunca supe que había un mundo tan maravilloso ahí fuera, al menos hasta que tuve acceso a internet y veía videos de muchachas de mi edad, caminando por las ruinas del Machu Picchu o navegando por los canales de Venecia.

Algún día, pienso, algún día podré recorrer el mundo.

Quizás cuando Mason se vaya a la universidad y comience su vida académica pueda ahorrar un poco y aunque sea conocer más lugares de California.

Cojo el móvil y le envío un mensaje a Isa.

Harriet:

¿Por qué no me dijiste que era tan increíble? Estoy enamorada.

Ella me dijo que conocía todos los parques, inclusive el de Orlando.

Isadora:

¿De Disney o del fotógrafo?

Respondo con el emoji del dedo del medio y abandono el móvil bajo la almohada.

Pero segundos después vuelvo a cogerlo. Esta vez le escribo a Bernardo, estoy segura de que está durmiendo, pero quiero darle las gracias por todo lo que está haciendo.

Harriet:

Oye, Mason está alucinando, otra vez gracias por todo.

Segundos después me responde.

Bernardo:

Es un placer llevar a pasear a los Baker.

Harriet:

¿Sigues despierto?

Su respuesta es una foto de un vaso con un líquido naranja y amarillo, detrás se ve una piscina encendida en la noche.

Harriet:

¿Dónde estás?

Bernardo:

En el bar del hotel, tiene una temática Tiki y te dan sombrillitas con el cóctel tropical, ¿quieres venir?

Muerdo mis labios pensando, debatiendo, considerando las alternativas.

Sí que quiero ir.

Miro a Mason de soslayo, su ronquido es un gran indicador de que está profundamente dormido.

Harriet:

Quizás me ayude a conciliar el sueño.

Bernardo:

Ven, yo te ayudo, tengo muchas historias sumamente aburridas.

Cubro mi boca para detener la carcajada y rápidamente salgo de la cama.

CAPÍTULO 26

BERNARDO



Mírala. Con una camiseta del doble de su tamaño con la cara de Tiana en su pecho, camina hacia mí con unas piernas largas y musculosas, revelando las arduas horas de pedaleo con su bici.

Sonríó inclusive cuando ella no me ve, porque no creí volver a verla hoy y a veces puedo ser muy afortunado. Levanto mi mano, ella me encuentra sentado en la barra rápidamente y se sube a un taburete a mi lado.

No digo nada, simplemente la miro.

—¿No podías dormir? —pregunta recogiendo la carta de bebidas que deslizo hacia ella.

—Demasiado exaltado.

—Yo también, ¿cómo puede ser? Caminamos todo el día.

No es por la caminata, pero ella no está lista para escuchar eso.

Por supuesto, ella ocupaba todo el córtex prefrontal esta noche, por eso arrastré mis pies a este bar Tiki, donde la mayoría de los adultos descansan tras un largo día en el parque.

Tengo que admitir que mentalmente jugué a la familia feliz mientras recorriamos el parque y debo decir que se sintió muy bien.

Extremadamente bien.

Justo en el blanco, diría.

Así que definitivamente esto era lo que necesitaba, y haberla encontrado en aquella fiesta parece cosa del destino.

—No siempre el cansancio mental va de la mano con el físico, por eso —levanto mi vaso con una sombrillita amarilla— esto.

—Yo también quiero uno —dice mirando el resto de los cócteles a nuestro alrededor.

Levanto la mano, el bartender me encuentra rápido y le hago señas para que traiga otro más.

—¿Qué historias aburridas tienes en tu repertorio? —pregunta clavando los codos en la barra, sostiene su rostro con el puño bajo su barbilla.

—Déjame pensar —digo esforzándome en dejar de mirarla, me concentro en mis manos envolviendo el vaso—, podría contarte aquella vez que gané un premio y subí al escenario borracho, sin pensar sujeté el micrófono y dije: «Lo importante es ver».

—¿Ver qué? —Se ríe.

Encojo mis hombros.

—No lo sé, en mi cabeza creí que dije: «Lo fundamental es ver las oportunidades que se presentan frente a uno y capturarlas en tiempo y espacio»; pero mi cabeza decidió acotar esa frase y levantar el premio, dándole a todos paso para aplaudirme, por supuesto fueron unos aplausos incómodos y breves.

Harriet se ríe mientras acepta el vaso con su sombrilla; la de ella es celeste.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres veranos —recuerdo—. La gente me criticó porque pensaron que estaba diciendo que para ser fotógrafo lo importante era ver, lo cual es cierto, pero a la gente no le gusta sentirse excluida. Y los medios me mataron. Eventualmente se olvidaron de todo. ¿Y tú? ¿Qué hacías hace tres veranos?

Harriet hace la cuenta en el aire y su sonrisa poco a poco se difumina.

—Mi vida era muy diferente hace tres veranos.

—¿Por qué? —pregunto con hombros relajados, cuando en realidad la tensión en mi cuerpo es abrumadora. Quiero saberlo todo, pero sé que ese todo viene con una carga emocional pesada.

—Es cuando viví un tiempo en la calle, no encontraba trabajo, ni un lugar donde dormir.

—¿Isadora?

—No la conocía, nos conocimos en Yen's.

—Guau, vuestra amistad es muy fuerte entonces para el poco tiempo que lleváis conociéndoos. Joder, conozco a Jareth desde hace mucho más y no tengo ese nivel de amistad.

Ella asiente y le da un buen sorbo a su vaso.

—Ella venía de una mala racha también, por eso nos apoyamos la una a la otra, es una muy buena amiga.

—Y tanto, casi me arranca la cabeza la primera vez que fui a Yen's en tu búsqueda —murmuro teniendo escalofríos.

Harriet se ríe por lo bajo.

—Esa no la sabía.

—Me pidió que no te dijera nada, obviamente he fallado, pero no se lo cuentes, le tengo miedo.

Harriet hace la seña del silencio y deja pasar el tema. Mejor, si no tendría que explicarle que en aquel momento ya sentía la necesidad de estar con ella.

Y no la conocía.

—¿Cómo es tu familia? —pregunta jugando con la sombrillita entre sus dedos.

—Pfff, son un espectáculo circense, mi padre es el mago al que no le salen los trucos y mi madre, la mujer que doma a los leones.

Harriet sonríe y me obligo a dejar de mirarla.

—¿Por qué?

—Mi padre ahora está jubilado, pero el chiste familiar es que él nació retirado, aún espía de vez en cuando la empresa que tiene. Es más, tú conoces a Valentino, él es quien timonea el barco mientras mi padre toma el sol. Aunque debo admitir que le encanta hacer eso, sus tatuajes ya están todos desgastados por ello.

—¿Y tu madre?

—Mi madre tiene todo un imperio montado, tiene un pódcast muy famoso y escribe libros y da charlas de autoayuda a señoras que renunciaron al amor.

—Suenan muy interesantes.

—No lo es, lo juro, sus eventos son... Demasiado cursis para mí.

Harriet suelta una risa explosiva justo cuando estaba dándole un trago a su vaso, su barbilla termina toda chorreada.

—Pero  qu e dices?  T u eres supercursi!

— ıNo lo soy! —La empujo con mi hombro y luego limpio la gota que le cae con el pulgar—. Puede que un poco, pero solo contigo, Bandida.



LA VUELTA a nuestras habitaciones es tensa y no paro de pensar en qué hacer.

 Quiere que la invite a mi habitación?

 No quiere que la invite a mi habitación?

 Le parecer  un idiota si lo hago?

 Le parecer  un idiota si *no* lo hago?

Piensa, Berny, piensa.

Los pasillos están silenciosos a esta hora y las alfombras amarillas y rojas ahogan nuestros pasos lentos, muy lentos. Estamos a pocas puertas de su habitación y trago saliva.

Cuando finalmente llegamos, sus ojos almendra me miran, un poco más brillantes de lo normal gracias al alcohol.

Sujeta mi mano, mirándolas unidas, y yo hago lo mismo.

—Sé que dije que quería ir lento —el corazón se me sale, lo juro, espero que no se impresione al verlo—, pero...

Sujeto su mano con fuerza y la atraigo hacia mí.

El beso es precavido al principio, pero se vuelve pasional y muy muy personal en pocos segundos.

—Ven conmigo... —suplico sobre sus labios—, solo... quiero tenerte un rato más.

— Nada más que mi compañía quieres? —Se * r e* de mí. Se *burla* y la dejo.

Porque lo siguiente que hago es deslizar mi otra mano por su trasero y apretarlo hasta traerlo hacia mi erección.

—Follarte suena como un plan bastante decente también.

CAPÍTULO 27

HARRIET



Mi espalda golpea contra la puerta segundos después de entrar a su habitación.

Su boca está sobre mí, sobre mi cuello.

Su mano sostiene mi mentón para fijarme allí.

¿Bernardo tenía esta pasión guardada? ¿Dónde?

Recuerdo el día en que me besó en el evento y en la casa de Alex, parecía haber despertado algo explosivo en mí, una necesidad transformada en fuego.

Besa la línea de mi mandíbula y apoya su erección en mi estómago sin tapujos.

Quiere que sepa cuán excitado está, quiere que entienda que esto va a pasar si es lo que quiero. Y por supuesto lo es, mis sueños con Bernardo perdieron el control hace mucho, es hora de llevarlo a un plano real.

—Quiero tocarte —susurra sobre mi oído enviando escalofríos por todo mi cuerpo—, lamerte, sujetar tu cintura y enterrarme profundamente en tu coño.

Cierro los ojos para controlar el calor sofocante.

Las llamas quieren salir y aún no las dejo, porque sé, casi con seguridad, que en el momento en que exploten en mí no habrá vuelta atrás.

—Podríamos empezar con... —sujeto su mano y lentamente la arrastro por mi pecho, mi

estómago y la dejo entre mis piernas, ahí donde el calor irradia.

Bernardo sujeta mi coño con fuerza, lo cubre en su totalidad con su mano y muerde sus labios al masajearme por encima de la ropa.

Trago los gemidos que salen de mi garganta.

—Abre los ojos y mírame —ordena—, quiero que veas quién te da placer.

Su mano sube solo para deslizarse por dentro de mis pantalones y apartar mis bragas.

Sus dedos se hunden y se pierden por completo en mi humedad, haciéndome sentir llena, saturada.

El gemido esta vez no es contenido y cuando sale de mí, Bernardo sujeta mi rostro y me besa con tanta posesión que por un momento creo ser completamente suya.

Muevo mi pelvis a su ritmo y nuestras frentes se unen cuando miramos lo que pasa ahí abajo. Mi respiración se entrecorta, la de él también.

—¡Oh, Dios! —gimo, cuando sus dedos se curvan dentro de mí, mi nuca golpea con la puerta y él coloca su otra mano ahí para que no me haga daño—. ¡Bernardo!

Él no dice una palabra, simplemente sujeta mi nuca y besa mis gemidos.

Sé que me corro y no sé por qué siento vergüenza.

Joder, ¿por qué?

—Córrete en mis dedos, Harriet. —Su tono, su pesadez, sus labios sobre mí, todo eso hace que mis rodillas se venzan, pero el orgasmo se forma lentamente.

Y se eleva.

Y se eleva.

Y cuando explota, mis ojos se cierran porque no puedo contener el arrebatamiento.

Sus dedos siguen penetrándome, con la palma frota mi clitoris.

—Hermosa, absolutamente hermosa —susurra.

Cuando los abro, puedo ver el hambre en su rostro, el fuego que sale también de su cuerpo.

—Cama —digo sin filtrar mis pensamientos.

Bernardo se ríe y retrocede hasta que sus pantorrillas chocan con el colchón y se sienta.

Con rapidez me arrojo frente a él y desabrocho su cinturón con dedos torpes y apresurados.

No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tan ansiosa por darle placer a un hombre.

Creo que nunca.

Él me termina ayudando y baja sus pantalones hasta dejar que su miembro salga a la luz, el resto de la ropa queda arrugada en sus tobillos.

No lo pienso, voy a por ello.

—¡Joder! —gime cuando siente mis labios envolver su polla y mira hacia abajo, sosteniéndose con sus codos.

Sé que no soy buena en esto, me lo han dicho muchas veces, que a veces uso mucho diente, que no puedo ir hasta el fondo por las arcadas que me provoca, por eso me concentro, porque quiero impresionarlo, quiera o no admitirlo, esa es la verdad.

Por alguna razón deslizo mi mano por su estómago, le hace un poco de cosquillas, sé que puede soportarlas.

Como si escuchara mis pensamientos, se quita la camiseta de un solo movimiento exponiendo todo su torso.

Me gusta su cuerpo, es exactamente como solía fantasearlo, nada demasiado abultado, perfecto dentro de la normalidad de un cuerpo activo y terrenal. Los tatuajes llaman mi atención, pero no lo suficiente para alejarme de mi tarea.

—Bandida —gime mirando con intensidad cómo su polla se pierde en mi boca—, si sigues haciendo esa maravilla, voy a correrme en tu boca. *Oh, Dios*, recuérdame que tomarte una foto ahora es inmoral.

Ahogo la risa, realmente su voz suena a súplica.

Me doy un respiro y Bernardo no pierde tiempo para atraerme hacia él, sus brazos me envuelven y me aprieta contra su cuerpo.

—¿Estás segura de que quieres seguir? —susurra sobre mis labios.

Asiento lentamente, la otra opción era gritar «Sí» como una loca.

Bernardo sujeta mi cuerpo rápidamente, dejándome con la espalda pegada al colchón y quita mi camiseta, exponiendo mi sujetador.

No es el mejor que tengo, pero es el más cómodo. De todas maneras, Bernardo parece restarle importancia al negro lavado y la tela estirada, porque lo quita del medio y se entretiene con mis pechos.

Los frota, los besa y los lame eróticamente.

Cada segundo estoy más cerca de perderme.

De soltar el último hilo que me hace una persona coherente.

—¿Tienes un...?

—Debo admitir que sí, espero que no pienses que planifiqué todo esto solo para follarte.

Me río, pero él parece angustiado, por eso lo abrazo intensamente. ¿Dónde estuvo todos estos años?

En medio de un desierto o en alguna isla de Oceanía, pienso, y eso tensa mi estómago.

Los dos sabemos aquí que no lidio bien con gente que se va de mi vida.

No pienses, vive el ahora.

—Ve a buscarlo —digo apretando su culo.

—Había olvidado cuánto te gusta tocarme el culo. —Sonríe y deja un beso rápido en mis labios.

El problema es que Bernardo olvida que sus pantalones han quedado enredados en sus tobillos, por eso en cuanto se levanta cae con todo el impulso y la fuerza de la gravedad al suelo.

—¡Bernardo! —grito y bajo de la cama con rapidez.

Está boca arriba, sus brazos cubren su rostro, no puedo ver si está dolorido o no.

—¿Estás bien? ¡Oh, no! ¿Llamo una ambulancia?

Su cuerpo comienza a convulsionar en una risa silenciosa. Parece resonar por todo su cuerpo y lo empuja molesta por el susto de muerte que me dio.

—¡Creí que te había pasado algo!

Voltea y tapa su rostro con las dos manos.

—No puedo creer que me acabe de pasar esto frente a la chica que quiero impresionar. —Se ríe, pero suena como una risa maniática.

Es imposible no reírme con él y lo ayudo a sacarse los pantalones. Cuando los dejo tirados por ahí, me siento sobre él y sus manos se depositan inmediatamente en mis caderas.

Sus mejillas están coloradas y las beso para calmar su ofuscación.

—Sigo impresionada —adviento—, no sientas vergüenza.

Cuando calma su risa, deposita una mano en mi mejilla y me sonríe con tanto cariño que no puedo dejar de mirarlo a los ojos.

Siente amor por mí.

Y creo que es la primera vez que alguien me mira así.

Lo beso.

Sin bozal, sin contención. Lo beso y él devuelve la intensidad que vierto sobre él. Su mano se pierde en mi pelo y sostiene mi nuca para mantenerse más cerca.

—Harriet —dice tragando saliva con fuerza, sus ojos parecen querer decirme algo, confesar algo y entro en completo y total pánico.

—¿Dónde está el condón? —Me levanto de su regazo.

—En mi mochila, bolsillo frontal. —Se sienta y señala hacia el sillón en la esquina de la habitación.

Mientras lo busco, calmo mi mente.

Seguro que solo me lo pareció, siempre se me ha dado mal leer a las personas, sí, seguro, no debería preocuparme.

Volteo y lo encuentro de pie detrás de mí, alto y serio.

—Harriet... Ven. —Sujeta mi mano y me lleva hasta la cama, me acuesta y se echa a mi lado.

No solo están nuestros cuerpos cerca, sino que me rodea con sus brazos hasta descansar su quijada en mi cabeza.

—¿Esto significa que el momento ya pasó?

—¿Podríamos quedarnos un rato así? Mi ego sigue herido.

Asiento y me dejo rodear por Bernardo.

CAPÍTULO 28

BERNARDO



Su pelo tiene un perfume frutal.

No sé si es algo que se me escapó antes, pero ahora que la tengo tan cerca, puedo notarlo y registrarlo en mi cerebro para siempre.

Sus pechos están presionados contra el mío, su respiración sincronizada con la mía.

Tuve que detener el tiempo, recomponerme, organizar mis ideas, Harriet puede afectarme demasiado a veces. Tuve que detener el alud de emociones que vinieron de golpe y sin control. Si abría la boca, iba a decir palabras que ni yo sabía que sentía.

Hubiera sido irresponsable por mi parte decirlas, podría confundirme con un hombre dispuesto a decir lo que sea con tal de hundirme en ella y quiero que sepa, que se asegure, que aquí solo encontrará un tipo de persona.

Un estúpido enamorado.

Acaricio su espalda, su piel es suave y tibia.

—¿Cuándo será el próximo viaje? —pregunta inesperadamente.

¿Por qué quiere saber eso?

—Probablemente iré a Texas, estoy seguro de que mi primo querrá casarse cuanto antes.

Eso capta su curiosidad y se aleja un poco para mirarme a los ojos.

—¿Tiene prisa?

Miro hacia abajo y río al recordar a Astor y su historia.

—Siempre estuvo enamorado de una chica con la que creció, pero cuando eran adolescentes, la escuchó hablando mal de él y mi primo, Harriet, joder, te puedo asegurar que es el tipo más engreído y orgulloso que encontrarás, por eso decidió que sacarla de su vida para siempre era la mejor opción.

Harriet sostiene su cabeza con su mano y yo imito su nueva posición.

—Muchos años después, ella tuvo un accidente que le arrebató su cartera. Entró en depresión profunda y Astor terminó involucrado en su vida de nuevo. La última vez que estuve allí, estoy casi seguro de que se habían reconciliado y, por cómo es Astor de ansioso, supongo que querrá casarse rápido antes de que ella se dé cuenta de que es un viejo gruñón y no tenga escapatoria.

Harriet se ríe y me escucha con atención. Nunca había notado antes si la gente realmente me escuchaba cuando hablaba, siempre miran de reojo el móvil o el ordenador, supongo que en realidad no me importaba mucho, pero con ella...

—¿Y por trabajo?

Dejo caer mi cuerpo y miro al techo fijamente, aparentemente este techo de hotel tampoco me da las respuestas a las preguntas que siempre me hago.

¿Quiero seguir con mi carrera?

¿Qué haré con mi vida?

¿Puedo jubilarme? Tengo el dinero para hacerlo.

—No estoy seguro, hay una revista que estuvo intentando contactar conmigo, pero estoy ignorando sus emails.

—¿Por qué? —Ella se sienta sobre mis piernas y descanso mi mano en su muslo.

Amo esta cercanía.

Me hace sentir que estoy menos solo.

—Como te dije en casa de Alex, últimamente los viajes han perdido su encanto original. Lo que solían ser aventuras emocionantes ahora se sienten más como una tarea tediosa que como un verdadero placer. Recuerdo con nostalgia la emoción que solía sentir hace tan solo unos años atrás cuando me disponía a explorar nuevos destinos. Sin embargo, ahora parece que el trabajo y las responsabilidades han eclipsado esa sensación de alegría y asombro. Tal vez sea hora de hacer una pausa, desconectar un año y reflexionar sobre lo que realmente quiero hacer con mi vida, buscar un nuevo propósito.

Mi otra mano descansa en su mejilla.

¿Realmente quiero seguir buscando cuando siento que ella es mi nuevo propósito? Aquí es donde quiero quedarme.

Harriet sujeta la mano en su mejilla y besa la palma.

—Si pudieras viajar por placer, ¿a dónde irías?

—¿Además de a tu coño? —Aleja mi mano con una sonrisa en sus labios, pero rápidamente vuelvo a ponerla allí, luego sujeto su cadera—. Supongo que volvería a Japón solo para comer yakisoba.

—¿Yakisoba? Son unos fideos de trigo con caldo o algo así, ¿no? El restaurante de abajo de mi casa los hace.

—Exacto, hasta los he comido dentro de un pan, ah, cómo los extraño.

Harriet baja hasta apoyar sus brazos sobre mi pecho; su boca está a centímetros de la mía y no dejo de mirarla fijamente.

—¿Crees que tu falta de interés en los viajes está relacionada con la claustrofobia que tienes?

Me quedo paralizado.

Mis cejas se unen en confusión...

—¿Cómo lo supiste, Bandida?

Nunca antes he hablado sobre esa claustrofobia, nadie lo había notado.

—Me lo imaginé el día que viajamos en el tren, al principio pensé que eras un pijo sufriendo en un transporte público, pero luego te miré un poco más...

—Ah, ¿sí? —interrumpo, no puedo ignorar la necesidad de desviar la conversación—. ¿Te gustó lo que veías?

Harriet le da un toque a mi nariz y luego a mis labios.

—Puedes hablarme de eso, no es necesario cambiar de tema.

—Joder... —digo por lo bajo, mis ojos se alejan de ella, pero Harriet sujeta mi rostro como lo hice yo antes y me obliga a mirarla—. Qué fiera —me burlo.

Se baja de mí y se sienta a mi lado, esperando pacientemente.

No puedo evitar sentir la urgencia de satisfacer todos sus deseos; es parte de quién soy, está impreso en mi ADN. ¿Anhela escuchar mi historia trágica? No tengo reparo en compartirla.

—Hace un par de años, en un viaje de Kenya a Tanzania tuve que subir a una avioneta un tanto destartada, atravesamos una tormenta y las turbulencias era algo a lo que estaba acostumbrado, pero estas realmente pusieron a prueba mi calma. El piloto comenzó a presionar botones con desesperación, había sonidos de alerta por toda la cabina, pero cuando me dijo «¡Protéjase!», debo confesarte, Harriet, que pocas veces en mi vida tuve tanto miedo como en ese instante, y tuve a un león a menos de dos metros de mí, ¿vale? Esta experiencia no fue fácil.

—Imagino, Bernardo. —Me abraza, dejando una de sus piernas desnudas descansar sobre la mía—. ¿Y qué pasó?

—El avión cayó en un lago, el piloto hizo un excelente trabajo maniobrando los vientos y lidiando con una de las turbinas en llamas. Mientras caíamos solo pensaba en escapar de allí, Dios, pocas veces deseé tanto algo. El terror te hace eso, ¿no? Haces promesas absurdas, hablas con alguien en tu cabeza, le ruegas vivir un día más, comienza la negociación, pero no puedes negociar una escapatoria cuando estás en un sarcófago de metal cayendo en picado en plena noche. Abrir la puerta no era una opción, obviamente, y en el momento del impacto, cerré los ojos y esperé lo peor. Me temblaba tanto el cuerpo que no logré reaccionar hasta pasados varios minutos, cuando el piloto me sacudía con miedo, creyó que estaba muerto.

Ella me aprieta con más fuerza.

—¿Cómo hiciste para subirme a un avión después de eso?

—Drogas, legales, obviamente, pero drogas a fin de cuentas. Mi médica me recetó unos calmantes que ayudan en vuelos largos. —Miro hacia abajo y acaricio su pelo—. No suelo tener problema cuando sé que puedo escapar. En un tren en movimiento sé que no puedo, pero si estoy en un coche, no siento ese terror. Así que aquí tienes la triste historia, ¿no merezco un beso por mi valentía?

Harriet se acerca lentamente a mis labios, depositando los suyos con una delicadeza casi tímida. Aunque al principio sonrío, reflejando su gesto, pronto me doy cuenta de que este beso es el preámbulo a lo que más deseo en estos momentos. Su lengua se desliza tímidamente entre mis labios y yo le permito explorar mientras mis manos la suben a mi pelvis y sujeto su cadera presionándola contra mi erección.

La necesito.

No puedo seguir así.

Incito movimientos lentos y Harriet se sostiene sobre mi almohada para seguir el ritmo. Este

frotamiento no lo hago desde que era un adolescente, la diferencia es que ella es la única que tiene ropa interior puesta, pero me importa una mierda, con Harriet todo es exactamente como lo necesito.

Puedo sentir sus bragas mojadas sobre mi polla y aprieto mis muelas con fuerza para contener las ganas que tengo de arrojarla contra el colchón y darle un pedazo de mí.

—Quiero hundirme en ti, Bandida —gimo—, déjame demostrarte lo que siento cuando te tengo cerca.

Ella muerde sus labios ante mis palabras, ¿así que a Harriet le gusta que le hablen sucio?

—¿Y qué sientes? —susurra buscando su orgasmo en la fricción entre los dos.

—Que has hecho de mí un completo baboso cuando estás en la misma habitación, que si no estoy dentro de ti ahora puede que pierda la puta cabeza y, sobre todo, pienso en las ganas que tengo de escucharte gemir cuando mi polla esté enterrada profundamente entre tus piernas.

Eso es, Harriet relame sus labios incinerando la última neurona sana en mí.

Volteo su cuerpo y, mientras beso sus pechos, arranco su braga, dejándola olvidada sobre el colchón.

Mis dedos se deslizan sobre su coño, tan mojado, joder, puedo resbalarme durante horas aquí.

Sujeto mi polla y la alineo con su entrada.

Empujo lentamente, sintiéndola, permitiéndole adaptarse a mí.

Harriet empuja su cabeza sobre la almohada y gime entre sus dientes.

—Joder, te sientes tan bien... Demasiado bien, serás un problema para mí, Harriet. —Empujo hasta sentir que la lleno por completo y, cuando ella abre la boca para soltar la presión entre sus piernas, inserto un dedo allí y acaricio su lengua.

Inmediatamente, succiona, está perdida como yo, entregada por completo.

Mía.

Completamente mía.

Joder, el pensamiento me vuelve loco.

—Chúpame —insisto, y la imagen me distrae tanto que dejo de moverme en su interior—. Joder, Bandida.

Reemplazo mi dedo por mi lengua y la beso salvajemente, tomando control, embistiéndola lento pero profundamente.

Suave pero duro.

—Oh Dios... —dice ella sujetándose de mis hombros.

—No puedes correrte —ordeno—, no todavía.

—¡Pero Bernardo! —sujeta el cabecero de la cama con fuerza—. ¡Por favor!

—Te ves tan irresistible cuando ruegas, Bandida.

Ella hace un ruido que indica que está en total desacuerdo, pero un gemido se mete entre medias y lo que sale de su boca hace que mi cerebro no pueda soportarlo más.

Sujeto su barbilla y ordeno:

—Mírame mientras me corro dentro de ti.

Y entonces me doy cuenta.

¡Joder!

—Oh, joder, Harriet, olvidamos el condón. —Eso la despierta de su nube mental y me mira con pánico—. Estoy limpio, lo juro.

—Te creo —responde—, pero pónitelo igual, quiero que te corras dentro.

Oh, joder.

Y eso es todo lo que necesito para obedecer ciegamente, romper el envoltorio del condón con

mis dientes como un salvaje y deslizarlo por mi polla. Porque en estos momentos solo hay una persona en esta habitación que tiene control sobre mí y estoy feliz de dárselo.

Entro en ella otra vez, le toma un momento adaptarse a mi tamaño, pero poco a poco puedo sentir cómo su coño me recibe.

—Eres muy grande.

—Lo sé, lo siento —respondo sobre su cuello, mi lengua lame toda su longitud—. Me la pones como una roca, no puedo evitarlo.

Las embestidas se vuelven rápidas, mis ojos se posan entre los dos, en la unión de nuestros cuerpos, y Harriet mira también, viendo cómo la penetro.

—¿Esto que ves aquí? —digo con mi respiración entrecortada—. Es en lo único en lo que pensé todo el día. Tienes que dejar de caminar delante de mí, no puedo evitar mirarte el culo.

Se sonrío entre placer y gracia.

Nunca imaginé que Harriet sería alguien a quien le gustaran tanto las palabras sucias.

—Solo puedes correrte si eres capaz de exprimir mi polla dentro de ti, Harriet.

—¡Oh joder! —dice soltando la última gota de cordura. Porque Harriet se corre con mi polla dentro de ella y la sensación hace que yo la siga perdiéndome en una explosión que... que...

—¡Dios! —grito derramando todo en ella, empujo y empujo, y Harriet está conmigo en la cima.

Cuando abre los ojos y me mira solo hay una cosa que decir.

—Eres para mí.

CAPÍTULO 29

HARRIET



Son las seis de la mañana cuando abro la puerta de mi habitación de hotel.

Mason aún duerme como un tronco y camino de puntillas hasta rodear mi cama y sentarme en el colchón.

En ese instante se gira y me mira.

—¿A dónde vas? —pregunta con su voz llena de sueño.

—Vengo del baño —miento.

Parece creerse la mentira, porque asiente y vuelve a dormirse de inmediato.

Eso estuvo cerca.

Pensaba volver mucho antes, pero tras mi experiencia con Bernardo, caí en un sueño profundo y dormí hasta hace unos cinco minutos, cuando él me despertó y con mucha consideración dijo:

«Estoy seguro de que no quieres que Mason se levante y no te vea allí».

Tenía razón, no había forma de enfrentar esa conversación con mi hermanito de trece años. Estoy más que segura de que sabe lo que pasa cuando los adultos tienen relaciones, pero no necesito que sepa los detalles de toda mi vida privada.

Joder, Bernardo me folló como nunca nadie lo había hecho y ahora todavía lo siento entre las

piernas, siento su olor sobre mí y quiero más.

No cabe duda, quiero más.

Gracias a Dios que decidió ser más animal, porque si follábamos vainilla iba a confesarme, estoy segura.

No hay forma de disimular esto ya.

Él lo sabe, estoy segura de que sabe que lo que siento no es pasajero.

Estoy perdida, completamente.

Y no confesarlo se siente mal, redundante, por eso, antes de volver a dormirme, decido que es momento de decirle a Bernardo que estoy lista para dar un paso más.



ME DESPIERTA Mason moviéndome del hombro.

Ya está con el bañador puesto y unos flotadores en los brazos.

Uno mis cejas en confusión total y mi hermano sabe cómo hablarme cuando estoy en ese estado.

—Piscina.

—Oh, cierto. —Me siento en la cama con los ojos cerrados, demasiada luz—. Quiero darme una ducha.

—¿Una ducha antes de meterte en la piscina? —Se ríe y coge una toalla del hotel.

—Eh... Sí, ya sabes, hay que cuidar la higiene.

—Pero Bernardo ya está listo. —Mason señala hacia un rincón de la habitación.

—¿Dónde? —Levanto la cabeza y allí lo veo, sentado en el sofá.

Sujeta su gorra y baja su cabeza como saludo.

—Buenos días, dormilona, veo que el parque realmente te machacó. —Guiña un ojo e inmediatamente siento mis mejillas coloradas—. Hagamos algo, iré yo con Mason a desayunar y luego a la piscina, ¿por qué no te nos unes cuando termines?

—Está bien.

—Al fin —dice Mason y abre la puerta, escucho sus pasos alejarse por el pasillo del hotel.

Entonces Bernardo se levanta rápidamente del sofá y camina hacia mí.

Deposita un beso suave sobre mis labios.

—Buenos días.

—Hola —susurro sintiendo el perfume de su cuello.

—Mi cama te extrañó estas horas —susurra.

—¿Tu cama o tú?

—Cazado. —Me besa una vez más y se levanta—. No tardes mucho, no sé manejar a un adolescente.

Me río y froto mis ojos.

—No lo haré, ya bajo.



LOS DOS ESTÁN en la piscina cuando llego, Mason lleva un chaleco inflable que le queda gigante y supongo que Bernardo está detrás de esa decisión.

Yo me instalo en una de las tumbonas que están cerca y los saludo, justo antes de que Mason se tire por un tobogán.

—¡Ven! —grita Bernardo acercándose al borde.

—Estoy bien aquí —digo.

Bernardo emerge del agua con una elegancia casi etérea, su figura se desliza a cámara lenta mientras los destellos del sol resaltan los tatuajes que adornan su piel, brillando con cada gota que se resbala por su cuerpo. Su presencia emana una sensualidad arrolladora, particularmente cuando con un gesto sutil ajusta su traje de baño con la intención de mantener una apariencia impecable.

—¿Qué ocurre?

—Nada —digo ignorando cómo su miembro sobresalta.

Se agacha a mi lado y apoya una mano sobre mi brazo.

—¿No sabes nadar?

Joder.

—No.

—Haces pie si te quedas cerca del borde, es una piscina para niños, no te preocupes; aparte, quiero ver ese bikini que compramos anoche.

—¡Hatty! —grita Mason desde el agua—. ¡Ven, esto es increíble!

—No te vayas a perder este momento, vamos —se yergue y estira su mano, la sujeto sin pensarlo y camino hasta el borde.

—Aquí están los escalones —indica bajando los primeros tres—, yo te espero.

Asiento y me quito la camiseta dejándola en el suelo, luego la mano de Bernardo me sujeta y espera por mí mientras bajo por los escalones.

Juntos llegamos al final y sonrío cuando me doy cuenta de que el agua apenas me llega al pecho.

Mason se abalanza sobre mí con mucha emoción.

—¡Tranquilo, Sony! —dice Bernardo acercándose a mí—, que tu hermana no tiene chaleco.

—Tú podrías ayudarla a flotar —sugiere mi hermano.

—Eso lo hice anoche —susurra Bernardo deslizando una mano por mi cintura.

Mi hermano, gracias a los dioses de las piscinas, no escuchó nada.

La piscina sigue la forma de un río, por encima pasa un puente y la gente pasea por allí.

—Me dijo un chico que hay atracciones de agua más adelante, ¿puedo ir?

—Bueno, pero vuelve en un ratito, ¿vale?

Mi hermano comienza a nadar hasta que lo veo subir a una estructura con forma de nave espacial, donde los chicos se tiran por un tobogán y caen sobre el agua.

Las manos de Bernardo están sobre mí, pero ocultas bajo el agua.

—No podré borrar este bikini de mi mente, Bandida.

Lo empujo con mi hombro, pero me río al sentir cosquillas en mi oído cuando acerca su barba.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Es tu culpa completa, por instalarte en mi corazón así.

Envuelvo sus hombros y me acerco, sentir su cuerpo en el agua resbaladiza está encendiéndome otra vez.

—Creo que... —Mi boca se seca por completo a pesar de estar rodeada de agua.

—¿Qué crees, mi Harriet? —susurra sobre mis labios.

¡Así no puedo!

—Que... —Su mano se desliza por mi trasero y aprieta—. Que...

Una señora pasa por la izquierda y nos mira con desaprobación, por ende, alejo a Bernardo para tener un poco de distancia.

—Que este es un ambiente demasiado familiar para que me toques el culo.

Bernardo suelta una risa hermosa y muy natural, pero lo acepta y se aleja.

—Oye —escucho a Mason acercarse—, no tenéis que disimular, ¿está bien? Pero no intercambiéis saliva frente a mí.

—¡Oh no! —cubro mi rostro—, Mason, ¡lo siento!

Bernardo se ríe y apoya sus codos sobre el borde de la piscina con toda la confianza y autoestima que tiene.

—Prometemos comportarnos, Sony. Palabra de cuñado.

—¡Bernardo!

CAPÍTULO 30

BERNARDO



Cuando detengo el coche en la puerta de su casa, Mason es el primero en hablar.

—Gracias, Bernardo, fue un gran fin de semana —desde el asiento de atrás me da un abrazo rápido—, me iré arriba, tómate tu tiempo, Hatty.

Abre la puerta y se va.

—¡De nada! —grito con una sonrisa en mis labios.

Cuando miro a Harriet tiene los ojos brillantes.

—No tienes idea lo que significó este fin de semana para él.

—Me alegro mucho, Bandida, y para ti, ¿qué significó?

Ella sonríe y agarra el cuello de mi camiseta para arrastrarme hacia ella.

El movimiento es tan sexy que me quedo sin habla. El beso que me da es demandante, atrevido y me encanta, por eso, sujeto su nuca y la atraigo hacia mí eliminando cualquier espacio que quedaba entre los dos.

—Si tuviera un coche más grande, te estaría follando en este momento.

—Pero, aquí todos pueden vernos —dice mirando a nuestro alrededor. Muchos turistas aún permanecen en las calles del barrio chino un domingo por la noche.

—Tienes razón, no me gustaría que vieran lo que es mío. —Dejo un beso rápido—. ¿Cuándo

puedo volver a verte?

—No lo sé, sorpréndeme —dice alejándose de mí.

—Oye, eso no es justo, no puedes dejarme así.

—Mañana salgo a las ocho.



EL ROSE and Wolf se transforma en un hervidero de oficinistas a medida que avanza la tarde. La bulliciosa multitud parece un reflejo de mis propios pensamientos, recordándome la necesidad de reconciliarme con mi trabajo, ya que lo de cumplir con un horario fijo me resulta abrumador.

Desde la barra, Finn me saluda con una sonrisa mientras prepara una cerveza negra con la maestría de un experto que ha perfeccionado su arte. Recuerdo la vez que viajó hasta Irlanda para aprender los secretos detrás de cada tiraje, y no puedo resistir la tentación de hacerle señas para que me sirva una también.

En una de las mesas, diviso a Archie devorando un bol rebosante de patatas fritas mientras Jareth, desde el otro extremo, lo observa con asco.

Justo cuando estoy a punto de unirme a ellos, Alex aparece de la nada y ocupa el asiento que había reservado en mi mente. Me sonrío y levanta sus cejas repetidas veces, haciéndome sentir un perdedor.

Capullo.

—Alguien te busca —señala Alex detrás.

Cuando me giro, tengo la desagradable sorpresa de encontrarme con Sofía, mi ex.

—Hola Nando —dice—. ¡Hola a todos!

Los otros tres saludan desganados y pretenden conversar entre ellos.

—¿Necesitas algo? —pregunto alejándome de la mesa.

—No, solo quería saludarte, te vi entrar, estoy en aquella mesa con mis amigas. —Señala y un grupo de mujeres nos sonrían.

—¿Y desde cuándo vienes a este bar? Esto queda un poco lejos de Silicon Valley, Sofía —mi tono rasposo y seco, no se merece nada más de mí.

Ella da un paso más al frente y pasa su mano por mi chaqueta, pretendiendo quitar alguna pelusa.

—No seas gruñón, ¿no quieres charlar un rato?

—La verdad, no, vine a ver a mis amigos. —Señalo detrás.

Realmente no quiero ser grosero a pesar de que ella no me haya tenido respeto en ningún momento de su vida.

—¿Es verdad entonces? ¿Estás en pareja?

—Claro que lo estoy, ¿creíste que iba a quedarme llorando por tus andanzas? Adiós Sofía.

—¿Y también es verdad que es una ladrona?

Eso me detiene y volteo para mirar a Archie que sigue comiendo como un perro.

—No sé de dónde has sacado eso, ni me interesa.

—Has caído muy bajo si ahora tienes que acostarte con los sintecho de San Francisco.

Doy un paso adelante, invadiendo su espacio personal, por un segundo ella cree que estoy a punto de besarla, pero me detengo en su oído.

—Imagina hasta qué punto ha caído tu ética que incluso una ladrona muestra más lealtad que tú.

Su sonrisa seductora se difumina en el aire y esta vez sí vuelvo a la mesa.

Me lleva un tiempo largo incorporarme a la charla, es Alex quien me saca de mi mente tumultuosa.

—Tengo un favor que pedirte —dice sacando el móvil del bolsillo interno de su traje, lo deja sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo.

—No tendré una cita contigo, no importa cuánto dinero me ofrezcas, si lo rechacé una vez, lo puedo hacer mil veces más.

Alex pone los ojos en blanco.

—Un amigo, el productor de Teflix, ¿lo recuerdas?

—Sí, el raro que se rascaba la axila constantemente.

—Se había depilado y le picaba, no seas idiota —se queja—. Está haciendo un documental en Egipto y su director de fotografía acaba de tener una sobredosis, tuvieron que internarlo.

—No —respondo inmediatamente.

—¿Por qué?! —pregunta Archie con la boca llena, involucrándose en la conversación.

—¿Por qué cojones estás comiendo así?

—Gracias —dice Jareth masajeándose la sien.

—Porque vengo de una sesión maratónica de sexo y necesito recuperar la energía gastada, ¿estás intentando avergonzarme por mi peso?

Ignoro a Archie y me enfoco en Alex, quien hace lo mismo.

—Has dicho que no tienes proyectos.

—Y eso es por una razón, el objetivo era no hacer nada.

—Dice que paga bien y me debes un favor por ayudar a Harriet.

Mi boca permanece abierta.

—¿Yo te salvé el culo cuando te diste cuenta de que no tenías con qué alimentar a todos tus invitados!

—Pero yo le dije a Harriet que estabas interesado en ella, y así podía dar un paso adelante.

Silencio en la mesa.

—¿Que le has dicho qué?!

Jareth cruza sus brazos y escucha sin decir nada.

Archie clava su tenedor en el bol con furia.

—De nada, ¿qué tal te ha ido el fin de semana?

¿Eso fue obra de Alex?

La cerveza aparece frente a mí y cuando miro a Finn, le hago la pregunta:

—¿Qué harías tú si tu amigo le confiesa a la chica que te gusta que estás enamorado de ella?

—Depende —explica—, ¿funcionó?

—Sí.

—Le debes un favor —dice Finn sin mucho énfasis, luego vuelve a su lugar permanente, detrás de la barra.

—No le creo, ¡seguro que le has sobornado para que responda eso!

Alex me señala con la botella de cerveza.

—Me debes una, ya te envié el contacto, espera que lo llames cuanto antes.

Cuando miro la pantalla, veo el mensaje de Alex.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas.

—Joder... —no quiero irme tanto tiempo, no justo ahora que Harriet me dejó entrar en su vida—. Las cosas están muy bien como para irme ahora.

Alex apoya su mano pesada en mi brazo y me mira con pena.

—No se irá a ningún lado, y tengo un trabajo para ella el próximo fin de semana, no tendrá tiempo para extrañarte.

—Tanto ego es abrumador —susurra Jareth.

—Deja de quejarte o llamo a Isa —amenazo.

Y eso lo calla.



A LAS OCHO en punto estoy en la puerta de Yen's.

No sé si podremos pasar mucho tiempo juntos, es tarde y entiendo que Mason la está esperando para cenar, pero al menos puedo acompañarla hasta su casa y disfrutar de su compañía durante algunas calles.

Cuando me ve entrar, sonrío abiertamente y me sorprendo cuando camina hacia mí, arrojándose sobre mis brazos.

La rodeo con fuerza y siento su perfume.

Es aquí donde quiero estar y aquí me quedo.

—Bandida... —digo sobre sus labios—. Necesitaba verte.

—Yo también —sonríe—. Déjame cambiarme de ropa, vuelvo en unos diez minutos, puedes sentarte.

Me siento en donde suelo hacerlo, la mesa cinco, su mesa.

A mi lado pasa una de las camareras, María creo que es su nombre.

—Qué bueno que alguien venga a recoger a Harriet, siempre me preocupa que vuelva sola, tener novio tiene sus beneficios. —Me guiña un ojo y desaparece tras la puerta.

Novio.

¿Harriet me llama su novio o María simplemente asumió, por el simple hecho de que entré y nos abrazamos como si estuviéramos en una película de Hallmark y susurré palabras tiernas sobre sus labios, que lo éramos?

Supongo que me enteraré luego, de todas maneras, me gusta el título. Lo llevo con honor.

Miro alrededor, recordando el día en que vi a esa mujer maltratar a Harriet y siento cómo mis puños se aprietan con furia.

No quiero que trabaje aquí.

Quiero que cumpla sus sueños, que rompa con este círculo de trabajar para vivir y que aproveche las oportunidades que este país siempre te brinda, sin importa de dónde vengas.

Se asoma por la cocina y hace señas para avisarme de que la siga, su bici está en el callejón de atrás.

Caminamos en la soledad de San Francisco, especialmente de este barrio, donde la gente desaparece a esta hora.

Llevo su bicicleta desde el tubo del medio y una mano apoyada en su hombro.

—¿Están Isa y Mason esperándote?

—Mason, nada más. Isadora sigue en búsqueda de apartamento, tras la última visita de Jada,

dice que no quiere poner la situación en riesgo.

—¿Jada es la agente? —pregunto acariciando su cuello con mi pulgar, mis ojos se pierden en el movimiento.

—Sí, nos hizo una visita hace poco y no le dije que Isa estaba viviendo conmigo, tendría que haberlo hecho, ya que a Jada no le gustan las improvisaciones.

Me detengo y Harriet me mira confundida.

—¿Significa que yo también soy alguien de que deberías informar?

Harriet asiente.

—Cualquier persona que se involucre en la vida de Mason.

Mis ojos confusos miran al suelo, intentando buscar las palabras exactas.

—Bandida... —levanto la mirada—, si necesitas concertar una entrevista con ella, cuenta conmigo.

Los ojos almendra de Harriet me observan mientras sus cejas se elevan.

—Para hacer eso tendríamos que estar seguros de que...

Doy un paso al frente acariciando su rostro.

—Yo no tengo ninguna duda de qué es lo que quiero de ti, solo necesito que tú sepas, qué es lo que buscas en mí.

Harriet parece disolverse de golpe con mis palabras y cierra los ojos.

—Yo te quiero a ti —susurra.

Mi estómago reacciona de una manera que había olvidado con los años. Con emoción, tensión y excitación, y un amor que no puedo contener.

Apoyo mis labios en ella y con un beso, en la oscuridad de San Francisco, sello todas las promesas que acabo de hacerle.

—Sin embargo... —agrega ella cuando nuestras bocas se alejan—, para hacer eso debemos estar muy muy seguros, debemos, aunque sea... —no encuentra maneras para no lastimarme.

—Lo entiendo, créeme, lo entiendo completamente, conocernos más. —Seguimos nuestro caminar lento—. Por el momento ya sabes que no sé planchar, que en el departamento de cocina soy un seis, que mi hobby es sacar fotos, que claramente soy muy inocente porque te creí el día del evento y que tengo la polla muy... —Su mano aparece en mi boca, por detrás nos pasa una pareja.

—¡No es necesario que se entere todo el mundo! —Se ríe.

—Por otro lado, yo sé que eres una excelente besadora, una mujer responsable, leal hasta la coronilla, una cocinera de primer nivel que tiene frío todo el tiempo y le gusta usar ropa extragrande. Ya nos estamos conociendo, ¿ves? Y déjame repetirme, Bandida, no soy un niño, puedo entender la seriedad que conlleva este asunto.

Ella habla en suspiro y suelta aire como si acabara de quitarle mil kilos de encima y continuamos la caminata hasta casa.

Cuando llegamos a su piso, Mason la espera sentado obedientemente en la mesa de la cocina, cuando me encuentra se sonríe.

—¡Lo sabía! Por eso hice comida de más. —Se levanta y saca un plato más.

Harriet sonríe y sujeta mi mano.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Lo que sea que me dé más tiempo contigo —susurro sobre su oído.

CAPÍTULO 31

HARRIET



Es la primera vez que pongo un pie en el piso de Bernardo.

A veces me olvido de que viene de buena familia, que tiene mucho dinero y que no conoce otra vida que no sea una de lujos y libre de estrés.

Bueno, este piso acaba de recordármelo abruptamente.

Los colores dominantes en la habitación son el negro y el gris, que le aportan un estilo varonil y elegante. El sillón es de cuero marrón clarito y tiene una mesita de café de cristal llena de libros de fotografía.

El lugar es amplio, sin llegar a la ostentación como la casa de Alex, pero al menos cuatro o cinco veces más que mi piso en el barrio chino.

Se nota que los muebles están cuidadosamente elegidos y no son las migajas de otras personas. Las paredes están decoradas con fotografías enmarcadas y estanterías con objetos diversos, que sospecho que son recuerdos de sus viajes, como máscaras y esculturas talladas en madera.

Cuando Mason me dijo que iba a dormir en casa de su amigo, le propuse a Bernardo tener una cita. Después de todo, le prometí ceviche peruano y por esa razón tengo en mis manos un táper colmado después de haberlo dejado más de cuarenta y cinco minutos macerando en la

nevera.

Cuando vuelvo la mirada hacia él, lo encuentro mirándome con pánico. Parece que acaba de darse cuenta de que su «gran idea» de invitarme involucraba su hogar y yo en él.

Isa estaba en mi piso, por eso el mío no era una opción. Debo admitir que me intrigaba mucho venir aquí, conocer su espacio más íntimo.

—¿Es demasiado? —dice mordiendo una uña.

Doy un paso adelante y le entrego el táper para que deje de hacerlo.

—Es muy tu estilo —digo mirando las paredes de ladrillo y las grandes fotografías colgadas en la pared con un marco negro mate.

Nunca se me ocurrió buscar las imágenes que lo hicieron famoso y, ahora que las tengo delante de mí, estoy sin habla.

Con razón es tan reconocido.

No entiendo mucho de fotografía, pero la imagen de una señora africana me llama poderosamente la atención. Sus ojos brillan con una emoción que traspasa el papel y llega directamente a mí. Me pregunto qué estaría sintiendo en ese momento, ya que sus comisuras se elevan solo un poco para que parezca que está a punto de sonreír, algo así como la cara de la Mona Lisa. Es como si estuviera compartiendo un momento íntimo con ella, aunque nunca nos hayamos conocido.

Observo cada detalle de la imagen: la textura de su piel, las arrugas que cuentan historias de risas interminables o la serenidad en su mirada.

—Berny, estas fotos...

—No son gran cosa... —dice, pero cuando voltea, se muerde los labios para no reír.

—No pretendas ser humilde —me río—. Son preciosas, todas ellas; es indudable que tienes talento. ¿Cuál es tu preferida?

—Esta —dice haciendo que me gire, tiene un portarretrato en la mano, pero no puedo ver qué es—. Esta fue la última foto profesional que saqué y la tengo enmarcada porque me gusta lo que me transmite. Hay algo en su mirada, como una profunda introspección y concentración en sus ojos. Quizás esté reflexionando sobre algo importante. Como si estuviera tomando una decisión difícil. A pesar de la seriedad en su expresión, su belleza me hipnotizan y me gusta tener la imagen en mi escritorio. Observarla me hace sonreír.

Camino hasta él y cuando rodeo la imagen, puedo verla.

Soy yo.

La noche de la gala. Estoy mirando cómo la gente se movía a mi alrededor, odiaba estar allí, me sentía humillada por tener que recurrir a algo como robarles a las personas para poder llegar a fin de mes.

—¿Tienes una foto mía, enmarcada?

—Sí. —Sus ojos me miran fijamente y cuando elevo la mirada, siento que me atraviesa.

—¿Por qué?

—Me hace sentir más cerca de ti.

Al principio estoy emocionada, pero luego lo entiendo, lo entiendo a la perfección. Porque inclusive cuando estaba convencida de que no debía acercarme a él, algo en mí suplicaba por la cercanía.

Por su contacto.

Sujeto el portarretrato y lo dejo donde creo que estaba; lo siguiente que hago es abrazarlo.

Sus brazos me rodean como un manto de protección y suelto el aire lentamente, sintiéndome segura.

En paz y, después de muchísimo tiempo, *feliz*.



—Oh, joder —dice después de su primera pinchada cargada de ceviche—. Joder, no puede ser.

—¿Está muy ácido? —pregunto con urgencia.

Estamos sentados en la mesa del comedor, uno frente al otro. Él cubre su boca, sus ojos muy abiertos.

Necesito que diga algo antes de que me dé a *mí* algo.

—¡Esto es delicioso! —Entierra otra vez el tenedor y llena su boca, lo siguiente que dice es con la boca llena—. ¿Y este fue tu primer intento?

—Sí... —Sonrío, sintiendo un placer inmenso por devolverle un poco de las sensaciones que él me dio todo este tiempo.

—Comería esto todos los putos días, Bandida, igual que a ti. Tienes que dedicarte a esto, deja de estar del otro lado, tu lugar es la cocina. Oh, eso sonó muy machista, lo siento.

Cubre su boca, apenado, haciéndome reír.

—Entiendo a lo que te refieres, no te preocupes. ¿Qué otros platos te gustaría volver a probar?

—La lista es interminable —dice—, pero definitivamente voy a sacar provecho de tus habilidades. ¿Crees que mañana podamos hacer las fotos en la feria?

—Pero ¿qué excusa tendrás para venir entonces? —me río.

—No necesito una excusa ahora, Harriet la Espía cayó en mi trampa. Por cierto, una gran película.

—¡Lo sé!, la amaba cuando era pequeña, ella era tan guay ¡y compartíamos nombre! No lo podía creer.

—Tú también lo eres.

—Gracias, PixelPoeta.

Cuando terminamos de comer, se levanta y camina hacia mí, luego deposita un beso sobre mis labios.

—Gracias por esta comida, hacía mucho que no disfrutaba tanto. ¿No quieres ser mi chef personal? —Sujeta mi mano para levantarme de la silla y cuando quiero coger el plato vacío, me distrae llevando mis manos a sus hombros—. Podría tenerte conmigo todo el día, en mi piso, probablemente inventaría excusas para ir a la cocina y tocarte disimuladamente el culo.

—Alex tiene todo mi calendario lleno —se ríe—. Su secretaria se comunicó conmigo ayer, al menos tres eventos en el próximo mes.

—Eso es genial —dice deslizando sus manos por mi cintura—, pero debo admitir que la frase me dio un poco de celos.

—¿Bernardo Walker, celoso? Increíble.

Me lleva hasta el sillón y, en vez de dejarme sentar, me coloca sobre sus piernas.

—No tienes una idea —susurra volviéndose serio de golpe.

—No pensé que fueras de esos.

—Nunca fui celoso, mi ex solía echarme en cara siempre eso de mí, decía que no demostraba interés. La moraleja dice que hice bien en no sentirme así, porque cuando yo viajaba ella se

dedicaba a conocer íntimamente a los peces gordos de Silicon Valley.

Uno mis cejas en disgusto.

—¿Por qué la gente hace eso? ¿No entienden el daño que le hacen a los demás?

Bernardo sonrío y sujeta mi rostro, luego me lleva hacia él y me besa lánguido y con detenimiento.

—Mientras todos los caminos terminen en Harriet, estoy dispuesto a pasar por lo que sea.

CAPÍTULO 32

BERNARDO



—Si sigues besándome así, terminaré follándote en este sillón, y limpié cada rincón de mi habitación para impresionarte con mis habilidades domésticas, así que, por favor, detente.

—¿Tú o tu sirviente? —pregunta arqueando una ceja.

Joder, se ve muy adorable sobre mis piernas, tan pequeña, tan mía.

—¡Yo! —respondo levantando mis piernas para que su rostro vuelva a estar a centímetros del mío—. Déjame impresionarte con algo, ya que mi dinero es lo mismo que una bola de pelos olvidada de un callejón.

—Muéstrame el camino —dice, y sin dudar, aprovechando que lleva un vestido de verano, entierro mis dedos en la curva de su culo con fácil acceso y la levanto conmigo—. ¡Ah!

—Prefiero llevarte —digo caminando a ciegas—, asegurarme de que terminas en mi cama.

—¿Como el día que me conociste?

—No me hagas recordar cómo mi ilusión se desmoronó esa noche.

Cuando pasamos el marco de la puerta, la arrojo sobre mi cama y me coloco encima de ella. Deslizo el tirante del vestido floreado y deposito un beso en su hombro desnudo.

—Tenía todo planeado —digo en su cuello—, iba a traerte aquí, servirte una copa de vino

argentino, quizás alardear de los premios que tengo en el despacho, y emborracharte lo suficiente para que te soltaras un poco, pero manteniendo la capacidad de disfrutar de una noche de puro sexo; iba a traerte a esta habitación y...

—¿Y hacerme qué? —susurra.

Aquí llegó Harriet.

Levanto la cabeza y digo sobre sus labios:

—Primero hubiese demostrado mis habilidades para besar, hubiese metido mi lengua tan profundamente en tu garganta que no sabrías si era un beso o una endoscopia.

Harriet libera una risa que expone su cuello, dándome pie a besarla allí.

—¿Qué más?

—Después de haber saboreado tus labios, hubiera saboreado tu coño, te hubiera penetrado con mi lengua hasta ver cómo te aferrabas a las sábanas para paliar el placer. —Bajo su vestido, por supuesto que mi chica no trae sujetador.

Por supuesto que me explota el cerebro cuando me doy cuenta.

Me distraigo con sus pechos por un momento. Son tan suaves, me encanta sentirlos en mi rostro.

Luego sigo hasta hacer desaparecer el vestido, su braga también sale del juego.

Ella, desnuda en mi cama, es todo lo que quiero en estos momentos.

—Todavía no puedo visualizar lo que acabas de decir —dice con una media sonrisa ladina.

—Permíteme demostrártelo.

Hundo mi cabeza entre sus piernas, sosteniéndolas cerca de mis oídos mientras lamo su coño.

Los gemidos de la Bandida llenan la habitación, mientras sus dedos se entierran en mi pelo cobrizo.

Fui hecho para darle placer a esta mujer, no me cabe ninguna duda.

Tal como predije, Harriet se sujeta a las sábanas y grita mi nombre.

Mi nombre.

Cuando su orgasmo se calma, relamo mis labios y sonrío.

—¿Quedó claro o debo hacerte una segunda demostración?

—Quedó... claro... —intenta regular su respiración—. Qué tal si...

—No —interrumpo—, hoy soy yo quien toma las decisiones, Harriet.

—Solo iba a sugerir que te quitaras la ropa, así no vuelves a caerte.

Mi carcajada sale explosiva y la beso con fuerza.

—Me gusta cómo piensas, me gusta tu mente, tu rostro, tu cuerpo, inclusive tu lado más obstinado, más salvaje, tu supervivencia y tu sonrisa.

Ni cuando una colonia de hormigas se subió por mis piernas, reaccioné así de rápido. Mi ropa desaparece y me gusta verla observar mi cuerpo con fuego en los ojos.

—Tus tatuajes —susurra.

—¿Qué les pasa?

—Algún día quiero saber el significado de cada uno de ellos.

La encierro entre mis brazos y la beso hasta el olvido.

—Harriet —susurro en su oído, mi lengua recorre la forma de su oreja, dándole olas de frío por el cuerpo—, hoy quiero que sea especial.

Su mirada me encuentra, confundida e interesada.

Deslizo un condón rápidamente por mi polla y cuando me hundo en ella, lo hago lento.

—Así, pausadamente, quiero estar dentro de ti y que me mires a los ojos.

Ella asiente sin despegar nuestras miradas.

Mis arremetidas son suaves, llenas de sentimientos. No la estoy follando, le estoy haciendo el amor y espero que entienda lo que quiero demostrarle.

Beso sus labios y su cuello, tomo control de los dos.

Lento y profundo.

Demostrativo.

Puedo ver cómo pierde la cabeza, pero no me detiene. Sigo entrando y saliendo de ella hasta sentir su desesperación.

Sus brazos me envuelven, sus piernas me sujetan contra ella.

Yo acaricio su pelo, alejándolo de su rostro y juego con su lengua.

—Así, Dios, así —susurro entre besos.

Tan lánguido.

Tan significativo.

—Bernardo —dice cerrando sus ojos con fuerza.

La observo correrse disfrutando de cada segundo y cuando es mi turno, apoyo mis labios sobre los de ella y me pierdo en el placer.

Nunca hice el amor.

Nunca me sentí así con otro cuerpo y creo que nuestro abrazo al final lo demuestra.



LA CAMA revuelta y nuestras piernas enredadas.

Es una gran imagen que miro fijamente para recordarla para siempre.

Mi mano acaricia su espalda desnuda, me gusta el espacio de su columna, sentir el camino con mi pulgar.

—¿En qué piensas? —murmura acomodando su cabeza sobre mi pecho.

—En el sonido del parque nacional de Yosemite cuando te despiertas de madrugada. —explico— Déjame decirte por que, es una combinación de mil pájaros diferentes cantando cada uno su canción, grillos rezagados que hacen que entiendas que es muy temprano todavía, las copas de los árboles se mueven con suavidad y el agua de río corre libremente. Se siente tanta paz en ese momento que es fácil olvidar los sonidos de los coches, la gente hablando por el móvil... Es como si tu cuerpo recordara lo que era vivir en ecosistemas como ese —dejo un beso en su frente—; ahora siento el mismo tipo de paz.

Harriet levanta la mirada, sus ojos cargan con algo que no puedo identificar; sin embargo, creo que es el momento.

—Entiendes que siento cosas muy fuertes cuando estoy contigo, ¿no? —Asiente lentamente—. Te prometí ir como un caracol, eso es lo que intento hacer, pero avísame cuando quieras cambiar de marcha, estoy dispuesto a darte lo que necesites.

—A ti... —susurra tragando saliva con fuerza.

Sostengo su rostro con una media sonrisa.

—Has sido dueña de mí desde el día en que te llevaste mi cámara.



Es la segunda vez que lo hacemos esta noche y los dos estamos agitados y absolutamente derrotados.

Los ojos de Harriet se cierran y se abren mientras habla y yo sonrío al verla luchar por mantenerse despierta.

—¿Pasarás la noche? —Si suena a demanda es porque lo es.

—No puedo —bosteza—, tengo que preparar todo para mañana, la mayoría de las cosas están cocinadas, pero las galletas es mejor hacerlas a primera hora de la mañana.

La sujeto con fuerza contra mí, temiendo el momento en el que deje mi cama.

—¿Qué tal si dormimos unas horas y luego nos levantamos para ir a la feria?

—No tienes que venir, tú duermes.

La aprieto con más fuerza.

—Porfis... —Aleteo mis pestañas haciéndola reír.

—Está bien, pero no tendremos mucho tiempo, en cuatro horas debería irme.

—No te preocupes —digo cubriéndola con las sábanas—, mañana tengo tiempo para hacerte mía una vez más.

CAPÍTULO 33

HARRIET



Otra mañana exitosa de ventas gracias al, según él, «carismático Bernardo Walker».

No solo logramos vender todas y cada una de las galletas y tartas, sino que, además, al final, pudo tomar fotos no solo de la deliciosa comida, sino también de mí y del ambiente de la feria.

El clic de la cámara sonaba todo el tiempo, inclusive cuando estaba distraída. Pero después me pudo mostrar algunas fotos y se ven increíbles.

Eso me incentiva a abrirme un perfil en redes sociales y alardear un poco de esto, quizás logre atraer más clientes, aunque Bernardo confesó tener dos millones de seguidores en sus redes, así que en el momento en el que publique las fotos puede que todo explote.

Me da miedo, pero me emociona al mismo tiempo.

—¿Iremos a buscar a Mason? —pregunta mientras recogemos todo.

Me gusta que esté al tanto de mi rutina; me hace sentir que él también es parte de ella, parte integral de mi vida.

—Si no te molesta.

—Sabes que me encanta pasar tiempo con Sony. —El móvil comienza a sonar y chista por lo bajo cuando mira la pantalla.

—Yo terminaré con esto —digo rápidamente—, responde la llamada.

—No quiero —susurra con irritación—, ya sé quién es.

Pero lleva el móvil a su oído de todas maneras y su voz cambia inmediatamente a una adulta, seria.

Es todo negocios.

Él me contó que su familia se especializa en la construcción y bienes raíces, que su padre tiene la empresa número uno en la ciudad y que sus tíos son magnates en otras partes del país. Supongo que esto lo lleva en los genes.

Hace señas para que le dé las bolsas justo después de ponerse los auriculares y sujeta mi mano cuando dejamos el puesto atrás y caminamos hacia su coche.

—Si no respondí a los correos por algo es —dice firmemente, haciendo que corra un escalofrío por mi espalda—, ¿cuándo comienza el proyecto? ¡¿Ya comenzó?!

Trago saliva y lo miro de reojo.

Nunca lo escuché hablar así.

—¿Cuántos días planeáis grabar? Aha. Puedo daros una semana, máximo, especialmente si la producción ya ha comenzado. ¿Cuánto estáis ofreciendo? Joder, ¿nada más? Para lo desesperados que estáis, no parece mucho. —Me mira y susurra: «Dos millones».

Abro los ojos y tiro de su mano.

—¡No vayas a rechazar ese dinero, Bernardo!

Me mira de soslayo y niega con la cabeza con media sonrisa plasmada en su rostro.

—No, hoy no puedo, mañana tampoco; el martes puede ser. Está bien, tienes suerte de que mi novia insista en que vaya, si no... No, no es porque quiere deshacerse de mí.

Mi estómago reacciona inmediatamente y comienzo a sentir calor en mis mejillas.

Su novia.



CUANDO LLEGAMOS AL PISO, Mason nos relata lo mal que durmió porque la mascota de su amigo olía a pis y se acostó en su cama.

Bernardo se burla de él y, como siempre, tiene alguna anécdota que suena mucho más trágica que esa.

Cuando abrimos la puerta, Isa nos recibe con una sonrisa.

—¡Conseguí piso! —dice levantándose del sofá.

—¡Eso es genial! —respondo abrazándola—. ¿Dónde, cómo?

—Contactos —responde evasivamente—, me mudaré mañana.

—¡¿Mañana?!

Quiero sonreír, pero a la vez no, estos últimos tres meses fueron increíbles con ella aquí.

Isa detecta mi sonrisa falsa y me abraza.

—Tengo la sensación de que tú también cambiarás de piso, pronto —susurra—, embalé todo esta mañana, pero seguro que me olvido de algo, ya sabes cómo soy.

—¿Segura que no ha quedado ningún sujetador debajo del sofá? —pregunta Bernardo, apoyando la cámara en la mesa de la cocina.

—Estoy segura —responde ella con una sonrisa cómplice—, gracias por ayudarme estos

meses.

—Isa... —dice Mason abrazándola—. No te vayas.

¡Oh, joder!

El arrebató emocional es tan grande que giro sobre mis talones y me encierro en el baño.

Y mientras sueno mis mocos y seco mis lágrimas, escucho a Bernardo decirle que pronto comenzará el colegio otra vez y vivirá muchas aventuras.

El corazón se me estruja y pienso en lo afortunada que soy por tenerlo.

CAPÍTULO 34

BERNARDO



Berny:

Tu amigo arruinó mi semana @Alex.

Alex:

¿Por qué?

Berny:

Mañana tengo que viajar.

Alex:

¿Y desde cuándo eso es un problema?

Archie:

¡Tiempo de ir al psicólogo!

Jareth:

Todos en este grupo deberíais ir, obligatoriamente.

Dejo todo preparado para mañana en la madrugada salir hacia el aeropuerto internacional de San Francisco.

Destino: Egipto.

Mi mochila de viaje está hecha, el equipo que necesito para este proyecto está perfectamente ubicado en el maletín.

Dejo todo cerca de la puerta, pero me voy de aquí, tengo otro rumbo mucho más importante que tomar esta noche.

Me subo al coche y conduzco directamente a casa de Harriet para verla antes de irme.

Todavía ignoro el comentario de Alex señalando lo obvio.

¿Desde cuándo eso es un problema?

Bueno, desde que irme implica dejar de verla por un tiempo, dejar de aprovechar cada minuto para sentir su piel, escuchar sus risotadas o decirle cosas que la sonrojan.

Alex no está listo para escucharme decir eso, ninguno de ellos lo está, pero yo me siento más que listo.

Es más... Basándome en un sueño que tuve y la insistencia de mi padre a que debo pensar en mi futuro, tomé la extraordinaria decisión de hacerle una propuesta a Harriet que creo que no podrá rechazar.

Y hoy haré mi presentación.

Es perfecto, puedo dejar caer esa bomba sobre ella y desaparecer durante una semana para que no intente matarme.

Llegar hasta el barrio chino es una odisea, especialmente gracias a estos conductores que están tan absortos en sus teléfonos que ni siquiera notan cuando el semáforo cambia de rojo a verde. Me pregunto si alguno de ellos se da cuenta de que tiene un problema serio de adicción digital. Toco la bocina con todas mis fuerzas para tratar de despertar a la adolescente del coche de delante, que parece más interesada en hacer TikToks que en avanzar en el tráfico. La chica con complejo de «personaje principal» me muestra el dedo del medio por el espejo retrovisor y tomo aire para no empezar a matar gente.

Matar es ilegal, Berny, sí, en todo el mundo es así.

Apuesto que todas esas organizaciones ambientalistas que me idolatran se llevarían la mano al pecho si escuchasen mis pensamientos cuando estoy conduciendo por la ciudad.

¡Es que quiero llegar! Quiero verla antes de pasar una semana fuera.

Todo este tema de Isadora la tiene acongojada, sé que piensa en Mason y en su soledad, por eso quería estar aquí, echarle una mano, pero este estúpido proyecto y el estúpido favor que le debo a Alex...

Bueno, no es del todo real. La cara de Harriet cuando dije dos millones me dio una gran idea, por eso tuve ese sueño.

Encuentro un hueco en un estacionamiento y subo las escaleras de dos en dos.

Con los nudillos toco rítmicamente la puerta y Mason la abre con una sonrisa.

—¡Sony! —digo dándole un abrazo. El muchacho responde con la misma intensidad y aún me sorprende que sea tan cariñoso. Los adolescentes suelen ser todo lo contrario, gruñen y muestran los dientes cuando les pides una demostración de afecto.

Recuerdo a mi primo Julián en esos años, joder, fue difícil.

—¿Estás emocionado por el viaje? —me pregunta inocentemente.

Le conté todo sobre este proyecto y está más que interesado.

—En absoluto —respondo buscando a la Bandida por el piso—. ¿Y tu hermana?

—Aquí —dice saliendo de su habitación.

La sudadera que lleva es la que usó en Disney, los recuerdos de esa noche salen a borbotones de mi mente, sus piernas están expuestas y su pelo liso y largo como me gusta.

Joder, me gusta cada detalle de lo que veo.

Menos mal que Mason está aquí para mantenerme a raya.

Me acerco y la sujeto fuertemente contra mi pecho, depositando un beso rápido en sus labios.

Ella me envuelve con sus brazos y escucho a Mason hacer arcadas.

—Ahora crees que te da asco, pero ya hablaremos otra vez a los dieciocho —digo mirando a mi alrededor—. ¿En qué puedo ayudarte?

—En sentarte. Esta vez no pude cocinar, pero compré Yakisoba para los tres.

—Estoy más que listo.

Solo que ella todavía no entiende a lo que me refiero.



—PANZA LLENA, corazón enamorado —digo dándole palmaditas a mi estómago.

—Corazón contento —corrige Mason, pero mis ojos se dirigen a Harriet, quien sonríe y le doy un guiño.

—Tienes razón, chico genio. Hablando de negocios...

—Nadie habló de negocios—se queja Mason, no obstante, lo ignoro.

Llevo mi plato al fregadero. Harriet me pasa los otros dos.

—Anoche tuve un sueño interesante...

—¿Es un sueño para mayores de dieciocho? —*Pero ¿qué idea tiene de mí este chico que piensa que le contaré los sueños sexuales que tengo con su hermana?*

Para empezar, no le diría que no cambié las sábanas solo para sentir su olor y así incentivar mi creatividad en el estado REM.

Fue una gran idea.

—No, no te preocupes. Harriet, escúchame. —Ella clava los codos en la mesa y sostiene su rostro con las manos—. Deja de ser adorable, que no puedo concentrarme.

—¡No estoy haciendo nada!

—Sí, existir, suficiente para mí. Bueno, estoy buscando dónde invertir dinero, estuve escuchando propuestas de algunos conocidos, ideas, pero nada me entusiasma. Como bien sabéis, quiero invertir en esta ciudad para no tener que viajar tanto.

—¡Al grano! —dice Mason.

—Quiero abrir un restaurante —suelto, dejando que el silencio consuma el piso por completo, los rostros de ambos son estoicos—. No cualquier restaurante, uno que tenga mi impronta, mi sello; imaginad esto: «el restaurante del famoso y apuesto fotógrafo Bernardo Walker, donde puedes degustar sus platos preferidos del mundo y ver sus fotos como si fuese un museo». ¿Qué os parece?

Los hermanos se miran entre ellos.

—Bueno... —comienza Harriet, pero la detengo.

—Quiero que seamos socios, tú te encargarás de la cocina, yo de todo lo demás.

Harriet se levanta de la silla de golpe.

—¿Has perdido la cabeza?

—¿Por ti? Sí.

—¡Oye! —grita Mason—, sigo aquí.

—Bernardo, no, yo entiendo lo que estás haciendo, lo aprecio muchísimo, pero no tienes que hacer esto por mí. ¡Y aparte, un restaurante es muy caro! No quiero ni imaginarme en cuánto puede llegar a salir...

—Quinientos mil dólares —interrumpo—, teniendo en cuenta que quiero comprar el edificio y los gastos extras por los detalles en los que quiero invertir, al menos un millón.

Harriet se agarra la cabeza y comienza a caminar por todo el lugar.

—Loco... Está loco —murmura.

—Bandida... —Me acerco para detenerla—. Piénsalo antes de darme una respuesta, tú misma escuchaste cuánto ganaré solo esta semana. No te muestro mi cuenta de banco porque no quiero que dejes de hablarme, pero esto me entusiasma mucho, no tienes idea de cuánto.

—¡No puedo ser la chef de un restaurante! No tengo experiencia.

—Eso se gana en la cocina.

—No tengo el dinero.

—Me lo devuelves con besos y... —Miro a Mason y cierro la boca, él parece estar agradecido—. Esto es perfecto, podré exponer mis experiencias y al mismo tiempo compartir tu habilidad culinaria.

Harriet se aleja de mí mientras murmura palabras como «loco», «impulsivo» y «delirante», y lentamente se sienta en el sofá y sujeta su cabeza con las dos manos.

—Amigo, ayúdame —susurro.

Mason asiente y camina hasta su hermana, se arrodilla frente a ella y quita las manos que cubrían sus ojos.

—Hatty... Si estuviera Isadora aquí, te diría una cosa, ¿sabes qué?

—Que debo aprovechar las oportunidades —susurra con odio.

—Creo que esto podría ser una de esas, yo lo veo muy convencido —dice mirándome por sobre su hombro—, y basándose en los números que hice en el aire, un restaurante como ese podría ser una gran atracción turística, podría recuperar la inversión en menos de un año.

—No puedo ser chef de un restaurante así...

—Podrías hacer un curso para quedarte tranquila de que tienes todas las herramientas necesarias. La habilidad la tienes, solo te faltaría aprender algunas técnicas.

Ella finalmente me mira.

—No puedo invertir en esto.

—Lo sé —me apuro a decir—, pero podrías tener un sueldo que cubra todos los gastos que tienes y que te permita ahorrar para la universidad de Mason. ¿Quién sabe?, quizás en algún momento puedas ser mi socia por completo.

—Jada lo verá como un salto al vacío...

—Yo me ocuparé de explicarle los planes al detalle, si eso ayuda con la decisión.

Mason se aleja de ella y me hace señas con la cabeza para que me acerque.

—Iré a la habitación, así podéis conversar sobre el tema.

Cuando cierra la puerta me siento a su lado.

—Deja de pensar que esto es caridad, esto en verdad es un proyecto que me entusiasma, y compartirlo contigo me haría muy feliz. No solo porque hace mucho que no me siento así por un

trabajo, sino porque podrás explorar tu sueño, sé que no será tuyo al principio, probablemente le ponga un nombre excéntrico que haga alusión a mi marca, algo como «Selva Urbana» o «Del mundo», bueno, no tenemos que decidirlo ahora, pero eventualmente planeo que sea nuestro negocio.

—¿Nuestro?

—Bueno, sí, cuando nos casemos lo mío será tuyo.

Eso la espanta, haciéndola levantarse del sofá.

Joder, Berny qué idiota.

—No ahora, lo sé, no te estoy proponiendo nada, solo quiero que sepas...

—Esto es demasiado —confiesa mirando al suelo—, es muy impulsivo, necesito tiempo para digerir todo esto.

—Bandida... —sujeto su rostro entre mis manos—, piénsalo, sin pánico, solo piénsalo, tienes una semana completa para digerirlo. No era mi intención abrumarte, es solo que estoy muy ilusionado por hacer esto contigo.

Dejo un beso en su frente.

—Lo siento, sé que no estoy manejándolo muy bien —susurra.

—No es la primera vez que rechazas un proyecto mío, me estoy volviendo experto en recibir golpes tuyos. —Sonríe y ella me acompaña por primera vez desde que tiré esta doble bomba.

¿Matrimonio? ¿De dónde demonios salió? Ni yo sabía que pensaba en eso, simplemente salió de mi boca y el sabor fue dulce.

¿Y cómo se me ocurrió decirle eso ahora que está en mitad de un ataque de pánico!?

—Prometo pensarlo.

—Gracias —dejo varios besos sobre sus labios hasta terminar en un abrazo—, te voy a echar de menos.

—Yo también —dice con una voz entrecortada—. ¿Me llamarás?

—Todos los malditos días.

CAPÍTULO 35

HARRIET



Bernardo:

El avión está a punto de despegar, apagaré el móvil, ya te extraño.

Harriet:

¡Buen viaje! ¡Yo también!



Bernardo:

Aterricé, sigo vivo.

Harriet:

Lo sé, seguí el vuelo con la página que me mandaste de radares, ¿cómo te sientes?

Bernardo:

Aún medio grogui, pero nada que una siesta no espante. ¿Está todo en orden en San Francisco? ¿Aún no llegó el gran terremoto que amenaza hace años con destruir mi ciudad?

Harriet:

Aquí seguimos de una pieza, te extraño.

Bernardo:

No veo la hora de volver y tenerte otra vez.



—**H**atty, la cámara de Bernardo está aquí, ¿lo sabías? —dice Mason desde el sofá.
Yo estoy de espaldas cocinando para esta noche. Tuve la suerte de tener el turno de mañana, así que estoy en casa temprano para pasar tiempo con él.

—Sí, dijo que la dejaba para que me bajas las imágenes a la tablet, ¿podrás hacerlo?

—¿Y qué cámara se llevó entonces?

—Una de las tantas que tiene, no lo sé.

Estaba tan ansiosa por ver las fotos otra vez, que dejó la cámara aquí, de esa manera, durante la semana, y mientras decido qué hacer con su propuesta, puedo revisarlas y seleccionar las que más me gusten.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al recordar el domingo pasado y lo maravillosamente que lo pasamos juntos. Es increíble cómo la gente responde a su presencia, especialmente las señoras mayores que lo adoran. Quién iba a imaginar que ser amable y simpático sería el secreto para aumentar las ventas.

El vapor que sale de la cacerola calienta mi rostro, el olor a arroz frito se aplaca con lo que estoy haciendo y me abre el apetito.

Todavía es raro no tener a Isa aquí. Prometió invitarme a su nuevo piso en cuanto terminara de desembalar todo, más las cosas que tenía guardadas en un trastero. Le dije que tenía algo importante que contarle, pero hace dos días que no la veo, ya que nuestros turnos de trabajo no coincidieron.

—Estas fotos son geniales —dice Mason, puedo escuchar su sonrisa—, ¿crees que seguirás en la feria si comienzas el proyecto de Bernardo?

—Aún no le he dicho que sí, no te adelantes —indico mientras pelo las zanahorias.

—Yo opino que decirle que no es una estupidez.

—Bueno, yo no te pedí opinión —devuelvo mirándolo sobre mi hombro, una media sonrisa en mi rostro es imposible de ocultar—. Aún tengo mucho que considerar.

—¿Como qué?! No tendrás a otro chico tan enamorado como para que te monte un restaurante por la cara.

—Y ese es el punto, todavía nos estamos conociendo.

—Lo conoces desde hace tres meses.

Me giro.

—¿Tres meses? ¿Eso significa que estarás de vuelta en el colegio en nada?

—Una semana.

—¡¿Qué?! ¡Una semana! ¡Joder, tenemos que comprar todo!

—Enviaron la lista hace un mes.

Apoyo el cuchillo sobre la tabla y respiro profundamente.

—Mañana iremos de compras, entonces —digo pensando en todo lo que conlleva que Mason vaya al colegio.

Cuando vuelvo a girarme mi hermano me mira con inquietud.

—Tenemos el dinero, no te preocupes —digo caminando hacia él, me desplomo en el sofá, él tiene la cámara apoyada en la mesa de café y un cable se conecta a la tablet que tiene sobre sus piernas—. ¡Uh! Esa me gusta. —Señalo a la foto de una galleta con pedazos de chocolate gigantes.

De pronto el corazón se sale de mi pecho cuando unos nudillos furiosos golpean la puerta con una violencia que sacude hasta el último rincón de la habitación. Un escalofrío recorre mi espalda mientras intercambiamos miradas cargadas de ansiedad. Nos quedamos petrificados por un instante, temerosos de lo que pueda aguardarnos al otro lado de esa puerta.

Me levanto dubitativa y Mason sujeta mi brazo.

—¡Policía, abra la puerta! —grita alguien desde el otro lado.

Mis pasos se apresuran y cuando abro hay un policía del otro lado y...

—¿Jada? —pregunto. Su sonrisa ya no es la de siempre, ahora parece decepcionada—. ¿Qué ocurre?

El policía me empuja con rudeza, su fuerza brusca me hace retroceder mientras irrumpo en el piso con determinación. El aire se carga de tensión mientras observo cómo investiga el piso.

Mis manos tiemblan ligeramente, incapaces de ocultar el nerviosismo que se apodera de mí ante la incertidumbre de lo que está a punto de suceder.

Mason está de pie en un instante, indeciso.

—Tenemos una orden de arresto para Harriet Baker, ¿eres tú?

—Sí... —respondo con mi voz entrecortada—. Soy yo, ¿alguien me puede explicar qué está pasando?

Jada entra al piso con pasos tímidos y mira a Mason, luego a mí con una expresión que tensa todos mis músculos.

Esto no pinta bien.

—Hay una denuncia a tu nombre, aseguran que has robado una cámara fotográfica —explica Jada.

Mi estómago se cae a mis pies y cuando me giro, el policía dice:

—La encontré, aquí está —levantándola junto con la tablet—, coincide el modelo y el número de serie.

—¡No es robada! —grita Mason.

—Mason, querido, ve a recoger tus cosas.

—¡Jada! —suplico—. Puedo explicarlo, esa cámara es de...

—Bernardo Walker, lo sabemos —interrumpe el policía, quien se acerca con esposas y yo retrocedo.

—¡Espera, espera! Bernardo es mi... mi pareja, esto es una equivocación.

—¿Puedes contactar a Bernardo para que rectifique su declaración?

—En este momento está en el extranjero, déjame intentar llamarlo... Solo, un segundo —digo buscando el móvil por la cocina.

—¿Quién hizo la denuncia? —pregunta mi hermano.

—Sofía Fulgor, su novia.

—¿¡Novia?! No, aquí hay un malentendido. —El temblor de mis manos hace que el móvil se caiga, pero Mason lo recoge por mí y llama a Bernardo.

—En altavoz —dice el policía cruzándose de brazos.

La llamada suena y suena.

—Vamos, Bernardo...

—Son diez horas de diferencia con Egipto, Hatty —susurra Mason con espanto.

Cuando es evidente que no responderá el policía se acerca.

—Harriet Baker, tienes derecho a permanecer en silencio...

—¡No! ¡Por favor! —grita Mason—, ¡Hatty!

—...Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra en un tribunal. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes permitirte uno, se te asignará uno de oficio. ¿Entiendes estos derechos?

—Sí, sí —digo viendo a mi hermano romper en llanto—, tranquilo, los dos sabemos que esto es una equivocación.

—¿¿Qué hago?! ¿¿Qué hago?! —grita perdiendo la cabeza. Mi corazón se rompe en mil pedazos.

—Llama a Isa, ella sabrá qué hacer. —Miro a Jada—. Por favor, llámala, ella tiene el teléfono de Bernardo.

Jada sigue con su rostro de desesperanza, como si esto fuese algo que temía que pasase y eventualmente pasó.

Pero no puede estar pasando esto, ¿no? No a mí. ¿Quién demonios hizo la denuncia? ¿Quién es Sofía Fulgor?

—La vitro —señalo con mi barbilla, ya que mis manos están esposadas—, apágala por favor.

Jada lo hace y vuelve a decirle a Mason:

—Recoge tus cosas, nos iremos a una casa de acogida.

—No, no quiero volver, por favor... —suplica.

Joder, Dios, qué hago.

—Mason, mírame —digo firmemente, mi garganta está tan cerrada que mi voz sale distorsionada—, esto es un error, Bernardo puede resolverlo en cuanto llegue.

—¡Pero falta una semana! ¡No puedes estar una semana en la cárcel!

—Estaré bien, serán como unas vacaciones, ya lo verás. Jada, por favor, cuida de él hasta entonces, ¿está bien?

Jada se acerca a Mason, pero mi hermano se aleja de ella violentamente.

—Serán vacaciones —repito con la sonrisa más radiante que puedo encontrar en mi repertorio, aunque por dentro grito hasta que mi garganta arde—. Solo encárgate de hablar con Isa, ella sabrá qué hacer, no estarás solo.

Cuando mis ojos se vuelven a posar en Jada, la veo apenada.

—Si me hubieras dicho que tenías una pareja...

—Lo siento, no estaba lista para decírtelo —confieso.

—Haré lo que pueda —finalmente dice, haciendo que me quede mucho más tranquila—. No te preocupes por él, estará en buenas manos.

Mi hermano corre hacia mí y me abraza; yo apoyo mi cabeza sobre su hombro, en poco

tiempo ya será más alto que yo. Y la idea de que quizás ahora nunca vea eso me retuerce las tripas.

—Te quiero, todo estará bien, créeme.

—No quiero que te lleven, no es justo.

—Esto no es nada comparado con nuestras otras aventuras, verás que esto será una anécdota más.

—Al menos tendremos algo que contarle a Bernardo cuando vuelva —dice entre sollozos.

Me río.

—Al fin podremos ganarle con esta historia, Mason.

CAPÍTULO 36

BERNARDO



Todos los amigos de Alex son unos impresentables y eso de que «se había depilado las axilas» era una tremenda falacia, porque el tío no para de rascarse como un perro sarnoso, dando órdenes con un muy mal tono y siendo particularmente engreído con las mujeres de la producción.

En cuanto puse un pie en Egipto, me arrepentí de aceptar este trabajo; todo es desprolijo, espontáneo y poco profesional. Para empezar, cuando llegué, me encontré con que no había servicio satelital, lo cual es un problema para mí, ya que mi idea era comunicarme constantemente con la Bandida y ahora se redujo a los momentos en los que estoy en el hotel, que es solo en la noche y ella ya está en el quinto sueño a esas horas.

No me hace gracia.

La productora eligió un hotel muy lejos de las zonas de excavado, eso significa que movilizarnos hasta la zona de producción nos lleva al menos una hora de preciado tiempo donde podría estar durmiendo.

Lo único positivo de este viaje es saber que alguien me espera al volver y eso solo calma la crisis que estaba teniendo, al menos se siente menos agresiva cuando pienso en ella... Joder, en los dos.

Ya les compré souvenirs y todo, a Mason un papiro con símbolos y una guía de jeroglíficos para que aprenda a descifrarlos, y a Harriet le compré cantidades industriales de especias y dátiles para que pruebe en su nueva aventura.

Estoy deseando llegar y verlos.

Mi trabajo es seguir de cerca la expedición, tomar fotografías de los antropólogos trabajando y sus descubrimientos. Cada clic de mi cámara cuesta mucho dinero y con este tipo de documentales me gusta hacer un buen trabajo, ya que luego se vende masivamente a todo el mundo.

Al final del día, mis labios están resacos de la arena que vuela constantemente aquí, mis brazos quemados porque tuve que arremangarme la camisa y el protector que compré en el aeropuerto tenía el mismo factor de protección solar que un bote de mayonesa.

Solo quiero llegar al hotel, darme una ducha y llamarla, escuchar su voz y, si la señal es buena, hasta ver su rostro.

Oh, espera, no puedo llamarla, ya es de madrugada en San Francisco, joder, otro día perdido.



PUSE la alarma más temprano para conectar el móvil a la red, no importa cuántos millones de dólares me cobren por segundo, necesito hablar con ella, saber que está todo bien.

Cuando finalmente la señal está activa, mi móvil se convierte en una tempestad de notificaciones. Millones de llamadas y mensajes inundan la pantalla simultáneamente, sobrecargando el dispositivo hasta el punto de hacerlo colapsar.

Mi corazón se acelera mientras mi estómago se retuerce con ansiedad ante la avalancha de sonidos y movimiento que se despliega frente a mis ojos.

¿Qué diablos sucedió?

Llamadas de Harriet, de Mason, de Isadora y hasta de Jareth.

Devuelto la llamada inmediatamente a Harriet, el móvil suena y suena sin respuesta. Quizás esté en Yen's.

Llamo a Mason, lo mismo, la llamada no es atendida.

Me levanto de la silla del hotel y comienzo a caminar nerviosamente por la pequeña habitación. La sensación en mi estómago empeora por momentos.

—Jareth —digo en cuanto atiende la llamada.

—¿Dónde coño tienes el móvil? ¿Metido en el culo? —dice con un tono que nunca escuché de él, uno casi nervioso.

—Pero ¡qué ha pasado?!

—Tienes que volver, Isadora estuvo intentando llamarte porque aparentemente Harriet está presa.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¡Aparentemente no! —se escucha detrás la voz de Isadora—. ¡Está presa!

—¿Qué? ¿Cómo que presa?

—Sofía hizo una denuncia, dijo que Harriet había robado tu cámara y la policía la encontró allí.

—¿Sofía? ¿Mi ex? ¿Pero qué...? ¡¿Cómo?! ¡Si yo la dejé allí! ¡Voluntariamente!

—Por eso debes venir a corroborar eso.

Pongo el móvil en altavoz, cojo la mochila y la lanzo sobre la cama.

—Necesito un vuelo —digo metiendo ropa con violencia.

¿Cómo puede ser? ¿Por qué Sofía haría algo así?

—Tienes uno que sale en tres horas.

—Resérvamelo, por favor. Joder, ¿cómo pudo pasar esto?

—Esto pasó porque Archie es un bocazas y no sabe contenerse, ahora Harriet tiene que pagar el pato.

—Lo sé, joder, voy a matarlo —cierro la mochila y automáticamente me pongo con las mil piezas de la cámara—. ¿Cuándo pasó todo esto?

—El martes por la noche, según Isadora.

—¿Ella está ahí? ¿Contigo?

—Lamentablemente.

—Pásale el puto móvil.

Escucho un suspiro de Jareth y luego la voz de Isa.

—Bernardo.

—¿Dónde está Mason?

—En una casa de acogida, ya fui a verlo, la familia parece decente.

—Joder, Isa, ¿cómo pasó algo así? ¿Nadie pagó una fianza?

—Fotógrafo, ya deberías saber a estas alturas que la vida de alguien como Harriet es siempre más complicada que el resto. Por supuesto que le negaron una fianza, si no ya le hubiera hecho pagar a la parca que tengo aquí al lado.

Puedo escuchar la voz de Jareth murmurar algo incoherente y me pregunto cómo llegaron a trabajar juntos para ayudar a Harriet.

O peor aún, qué hizo Isa para que Jareth colabore.

CAPÍTULO 37

HARRIET



C Camino por el pasillo de la cárcel del condado con pasos temblorosos. Mis ojos aún nublados por las lágrimas. No lloro por mí, esto no es nada después de haber pasado un mes durmiendo en la calle, lloro por mi hermano. Porque aún tengo grabado en mis pupilas sus ojos llenos de pánico y no puedo ahogarlo en mi memoria, me persigue.

Siempre es Mason el damnificado y eso no es justo, es solo un niño.

Cada pisada resuena en el suelo de baldosas gastadas, y el sonido metálico de las puertas al cerrarse a mi paso me hace estremecer, como si cada cierre fuera un recordatorio punzante de que esto acaba de suceder.

Que es real.

Estoy en la cárcel, porque le robé la cámara a Bernardo, sea esa la verdad exacta o no.

El aire aquí es denso y pesado, impregnado con el olor a resignación. Los murmullos de las reclusas resuenan en los pasillos, mezclados con risas vacías.

Al entrar a mi celda, el frío me envuelve como un abrazo gélido. Por supuesto, nos conocemos bien, pero no quita que mi cuerpo se estremezca hasta los huesos.

Esto es temporal, me recuerdo.

Esto no significa que vaya a pasar todo mi futuro aquí.

Solo que, a pesar de tener ese miedo, en la parte más lejana de mi mente sabía que si seguía hurtando cosas solo para que Mason tuviera todo lo que necesita, iba a terminar tras las rejas y lo seguí haciendo.

Y sí, gracias a eso conocí a Bernardo, pero alguien en mi mente repite: «Te lo dije».

Confiaste en un tipo que no conoces, uno que según su novia fue víctima tuya.

—Bienvenida a tu nueva casa. Intenta comportarte y seguir las reglas, te será más fácil. Si necesitas algo, avísame.

Asiento mientras apoyo el culo en el colchón gastado y me pregunto una y otra vez cómo he llegado a este punto, cómo ha sido tan fácil para otros condenarme sin siquiera escuchar mi versión de los hechos. La sensación de impotencia me invade, haciéndome sentir pequeña e insignificante en un mundo que parece haberme abandonado.

Un mundo que me odia por querer sobrevivir.

Me acurruco en la cama, envuelta en la oscuridad de mi celda, y dejo que las lágrimas broten libremente, me aferro a la única certeza que me queda: Bernardo volverá y me ayudará.

Tiene que ocurrir, si no, deberé decirle adiós a todo lo que conozco.



¿QUÉ PENSARÁ Gary de mí cuando sepa que estoy en la cárcel de mujeres del condado?

Después de todas sus enseñanzas sobre cómo evitar a la policía, consejos para engañarlos y poder sobrevivir en la calle.

«La calle siempre será mejor que la cárcel, quizás la dignidad desaparezca en los dos lugares, pero en la calle la libertad sigue siendo tuya».

Estoy segura de que estará muy decepcionado de mí en estos momentos.

¿Cómo pude poner todo en riesgo por dinero? La ira arde en mi interior, mientras mi mente se retuerce en remordimientos. Joder, parecía tan importante al otro lado de estas rejas, ocupó tanto mi mente y ahora lo único en lo que puedo pensar es en Mason y en dónde estará viviendo, ¿con quién? ¿Habrá podido contactar con Isa?

A la mierda el dinero.

Quiero mi libertad.

Quiero a Mason bajo mi tutela, quiero darle la mejor educación para que no termine como yo. Como nuestros padres.

Este vicio familiar debe acabar con él, quizás sea demasiado tarde para mí, pero Mason tiene todo un futuro por delante.

Por más que le doy vueltas en la cabeza al tema, la única conclusión a la que llego es simple y evidente: por supuesto que no puedo depender de alguien más, por supuesto que a mí no me toca recibir ayuda, mira lo que pasó con Bernardo.

¿Y eso de que tiene novia?

No puede ser verdad, elijo darle la oportunidad de explicarme que pasó para que todo haya terminado tan mal, para que todo haya terminado.

Pero ya no más, mi energía volverá a enfocarse solo en mi hermano, eso de soñar no es para personas como yo, necesito poner los pies sobre la tierra, cortar con la fantasía y eso incluye a Bernardo Walker.



LEVANTO LA MIRADA, sintiendo el frío metal del banco contra mi espalda mientras observo el cielo por encima de los altos muros que nos rodean. Nos han concedido treinta minutos de aire libre, un breve respiro en esta prisión de cemento y rejas.

Un grupo de mujeres se acerca con determinación, sus pasos resonando en el silencio opresivo del patio. No necesito que me digan qué quieren, las reglas de este lugar son claras. Me pongo de pie con calma, preparándome para lo que sea que esté por venir.

CAPÍTULO 38

BERNARDO



—¿Qué tal si me ayudas a convencer a tu hermana para que se case conmigo? —le pregunto a Mason en la cocina de los Daly, la familia que le dio un hogar en estos momentos.

Lo digo solo para sacarle una sonrisa. El muchacho rompió en llanto cuando me vio al otro lado de la puerta de esta casa. Parece que no durmió ni una hora desde que todo esto comenzó y creo que yo tampoco, los dos tenemos ojeras y nuestros pelos no están donde deberían.

—Lo que sea con tal de sacarla de allí —dice con resolución—, ¿qué puedo hacer?

—Aguanta solo un poco más, tengo los mejores abogados de California en caso de que me lo quieran poner difícil. Con la mancha en el expediente que Harriet tendrá, puede que se complique un poco sacarte de aquí, pero lo haremos. Tu hermana saldrá mañana, te lo aseguro.

—Gracias... —susurra entre lágrimas.

Se las borro con cuidado, joder, cómo quiero a este muchacho. No me gusta verlo sufrir.

Quiero detener esto ahora mismo.

—Mientras tanto, piensa de qué color quieres las paredes de tu nueva habitación, porque no volveréis a vivir en ese piso. —Me levanto y le doy un abrazo más—. ¿Te están tratando bien?

—Sí, son buena gente —dice mirando hacia el salón. El matrimonio tiene que presenciar esta

charla, pero nos dieron un poco de privacidad.

—Toma —deslizo quinientos dólares por la manga de su camiseta—, para lo que necesites, úsalo.

—No, Bernardo. —Intenta devolverlo, pero lo empuja levemente.

—Me dijiste que el colegio empieza dentro de poco, ¿no? Ve y compra todo lo que necesitas.

Asiente, pero con tristeza, joder, cualquier adolescente estaría saltando a la pata coja, no Mason Baker.

—¿Puedes decirle a Hatty que me venga a ver cuando salga?

—No tengo que decirle nada, estoy seguro de que tu hermana vendrá corriendo, ya lo verás. Me voy porque tengo la audiencia con el abogado, pórtate bien.

—Sí... —responde, pero algo me dice que este muchacho no se quedará tranquilo hasta que vea a su hermana.



JARETH aún no me dijo cómo es que terminó involucrado en esto. Su frase cuando llegué al aeropuerto fue: «Mi abogado está al tanto, te llamará en unos minutos».

Y ahora estoy hablando con un abogado que vino con al menos cuatro más. Un séquito de trajes de alta costura y rostros perfectos.

—En una situación ideal, deberías casarte con ella, podrías adoptarlo también, pero no tiene mucho sentido, ya que en cinco años conseguirá la independencia financiera.

—Pero entonces Harriet no estará tranquila —respondo uniendo mis manos sobre la mesa. Estamos en las oficinas de Property Group, mi padre me permitió usar sus salas de juntas para poder tener una conversación privada con estos hombres. Por cierto, cuando les conté a mis padres la situación casi pierden la cabeza. Volví de Egipto diciendo que debía sacar a mi novia de la cárcel, casarme con ella y adoptar a su hermano.

¡Sorpresa, sorpresa!

No se pueden quejar, no soy un hijo aburrido.

—Si te casas con ella y creáis una cuenta de banco conjunta, dudo que pongan ninguna pega, considerando la situación económica en la que te encuentras —dice el abogado viendo los registros que me pidió. Yo miro a Jareth de reojo.

—Piénsalo bien —dice rascando su ceja negra—. Esto no es una decisión que deberías tomar sin consultarlo con la almohada.

—¿Almohada? ¿Crees que puedo dormir sabiendo que Harriet está durmiendo en una celda? Joder, Jar.—Miro al abogado otra vez—. Enfócate en sacarla de allí, esa es mi prioridad en estos momentos.

—Lo que ordenes.

Todo el equipo de abogados se levanta y se retira, dejándome solo con el amigo más frío y calculador que tengo.

—La amo —confieso mirando mis manos—. Estoy seguro de que ya lo sabes y no existe nada en este mundo que no haría por ella.

—No tienes que explicarme nada —dice levantándose, sus ojos fríos miran hacia los ventanales, pero detrás de toda esa displicencia, puedo ver una añoranza que reconozco muy

bien.

CAPÍTULO 39

HARRIET



Cuando salgo de enfermería, un policía me espera en la puerta para llevarme a mi celda. Se ríe de mí cuando ve mi ojo cerrado y morado. Sin embargo, él no sabe que me he llevado golpes más fuertes con la bicicleta, siendo sincera.

Joder, nunca creí que iba a pensar en mi bicicleta estando en la cárcel. Es de risa.

Al policía no le caigo bien, es evidente, ya que miró para otro lado cuando vio lo que ocurría, así que espero a que me dé indicaciones, sin decirle una sola palabra.

—Tienes contactos, ¿no, Baker? —pregunta sujetándose el cinturón ancho y gastado para levantarse los pantalones.

—No entiendo.

—Afuera hay un pijo pretendiendo ser un héroe —dice con mala gana.

Mi estómago reacciona, solo conozco un pijo que quiere ser el héroe de mi historia, y en este momento lo es.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, ni me importa —con la cabeza hace señas para que lo siga—, ven...

—¿A dónde vamos? —pregunto con urgencia.

Caminamos por el pasillo oscuro y lleno de eco, el peor lugar de la cárcel.

—La gente como tú nunca aprende así... Apenas entráis, ya tenéis un pie fuera de la cárcel; se necesitan consecuencias más extremas.

—Yo soy inocente —digo intentando alcanzar sus pasos rápidos, pero el protocolo de este lugar dice que delincuentes como yo deben ir con las manos esposadas.

En esta cárcel no hay mujeres asesinas, aquí solo hay casos menores, hurtos, venta de drogas y «todo eso» como diría Bernardo.

—Eso dicen todas —responde sobre su hombro.

Y ahí puede que tenga razón, lo que le dije es una media verdad. Yo sí robé esa cámara, hace algunos meses.

Llegamos a la puerta por donde entré hace unos días. Los golpes metálicos que resuenan ya no me molestan, porque en mi mente hay solo una cosa: salir de aquí y ver a Mason.

En cuanto la abre, un cuerpo se arroja sobre mí y me sostiene con fuerza.

Inmediatamente reconozco su forma, su olor y mi alma pareciera revivir al sentirlo cerca.

—Bernardo... —exhalo su nombre con alivio, mis manos aún están esposadas, pero su agarre es suficiente para mí.

—Mason está bien —dice sobre mi oído—, te sacaré de aquí, Bandida.

A regañadientes nos separamos cuando un hombre detrás carraspea la garganta y se presenta como mi abogado.

Le doy las gracias por ayudarme y dice:

—Por favor, quitadla las esposas, esto es ridículo...

Bernardo sujeta mi barbilla y mira mi ojo.

—¿Quién te hizo esto? —gruñe entre dientes, sus ojos navegan hacia el policía y yo niego con la cabeza antes de que saque conclusiones erróneas.

—Reclusas que querían divertirse.

El policía ignora la ira que irradia Bernardo y me quita las esposas a pesar de estar en desacuerdo, y en cuanto siento mis manos liberadas, lo abrazo con fuerza.

—Gracias por venir.

Bernardo sostiene mi rostro con sus grandes manos y niega con la cabeza.

—¿Todavía no entiendes que tú eres mi prioridad, Harriet?

Abro la boca, pero no salen palabras de mí.

Mis ojos están rebalsados de lágrimas porque la decisión está tomada y él aún no lo sabe.



EL VIAJE en coche es silencioso. El impulso de tocarlo late en mi pecho y lo ignoro a pesar de tener su mano en mi pierna.

—¿Estás bien, Harriet? —pregunta con cuidado en su voz.

Cierro los ojos cuando siento las lágrimas acumularse en ellos y asiento observando por la ventanilla el barrio donde vive Mason ahora, a una hora de mi piso.

—Sí, sí, solo quiero ver a Mason.

—Cuando estés lista para hablarme, aquí estaré Bandida.

—Por favor, no me llames así —suelto mirando al frente.

—Lo siento...

Mason sale corriendo por la puerta, y en un instante nos encontramos sobre el césped del jardín delantero de esta hermosa casa en Walnut Creek. Nos abrazamos con tal intensidad que siento como si el mundo entero se detuviera a nuestro alrededor, como si el tiempo se congelara en este momento único y perfecto.

—Ya pasó... —digo dentro de su cuello.

—Lo siento, lo siento mucho Hatty —dice Mason—, es todo culpa mía.

—¿Tu culpa? Mason, ¿qué dices? —digo despegándome de él.

—Si yo no hubiera sacado fotos con la cámara, Bernardo nunca te hubiera encontrado y su novia no hubiera hecho esto...

Uno mis cejas en completa confusión, lo que dice mi hermano no tiene sentido. Hasta que Bernardo dice:

—Espera, amigo, ¿de que estás hablando? ¿Aquellas fotos en la cámara las tomaste tú?

¿De qué hablan?

—Sí... La encontré escondida, quise jugar con ella y nunca me acordé de borrar las fotos. Y ahora Harriet tuvo que pasar por esto y... —Mi hermano apenas puede hablar sin ahogarse en su llanto.

Miro a Bernardo quien parece dolido y perdido, no sabe qué decir. Y yo todavía no entiendo de qué fotos hablan.

—Supe dónde encontrarte porque había un par de fotos en la memoria de la cámara —explica—, fotos con comida y la tarjeta de la feria.

Oh, con razón me encontró tan fácilmente.

Mi hermano, al escuchar las palabras de Bernardo, llora con más fuerza.

—Esto no es tu culpa, fue una lección aprendida, nada más.

—¡Pero si yo...!

—Yo soy la adulta aquí y si esa cámara estaba en casa es porque yo tomé la decisión de hacer lo que hice, ¿está claro? No más culpa, nadie la tiene —digo mirando a Bernardo quien oculta sus lágrimas sin mucho éxito.

—Sony —dice dando un paso más cerca—, yo nunca pondría a tu hermana en peligro, lo sabes ¿no? Todo esto que pasó con Sofía, que es mi ex —aclara mirándome fijamente—, es algo que tengo que resolver y créeme que no saldrá impune, alguien pagará por hacerle esto a tu hermana, tienes mi palabra. —Apoya su mano sobre el hombro de Mason y mi hermano asiente limpiando las lágrimas de su mejilla.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Jada está hablando con las autoridades para que vuelvas a casa, en poco tiempo volveremos a vivir juntos tú y yo y seguiremos adelante como lo hicimos siempre, luchando contra la marea.

Puedo sentir a Bernardo tensarse ante mis palabras, puede percibir qué es lo que se acerca y su intranquilidad solo deja un hueco en mi estómago.

CAPÍTULO 40

BERNARDO



Cuando Harriet cierra la puerta de su piso, cruzo mis brazos sobre mi pecho, supongo que protegerme de lo que está por venir me sale natural y digo exactamente lo que pienso:

—No hagas esto.

Harriet levanta la mirada e interrumpe su caminar. Todo en su energía dice que algo malo está a punto de ocurrir.

—¿Hacer qué?

—Vas a dejarme, lo sé, puedo sentirlo. Esto no es el residuo de haber vivido esa experiencia horrible, esto es porque me culpas de que haya pasado esto con Mason. —Mis ojos se mantienen firmes sobre ella, intento conservarme entero a pesar de sentir pánico—. Te entiendo, seamos sinceros, es mi culpa. No entiendo por qué Sofía haría algo tan retorcido, pero Harriet... Prometo compensar todo lo que...

—¡Joder, no quiero compensación de nada! ¡Quiero que desaparezcas de nuestra vida! —grita.

Es la primera vez que escucho su voz cargada con tanto odio.

Me paralizó.

Todo mi cuerpo hormiguea, mi adrenalina se mueve por mis brazos y mis piernas.

—Estás enfadada, entiendo que no quieras verme en estos momentos, pero esto lo tenemos que solucionar... Juntos.

—¡A esto me refería cuando te dije que mi energía estaba enfocada en Mason! Bernardo, exactamente a esto, ¡tú no tienes ni puta idea del estrés que cargo sobre mis hombros desde hace años! No puede haber ni un desliz, ¿y sabes cuándo pasan? Cuando dejo a gente nueva entrar a mi vida, a todo tu positivismo barato y tu energía desbordante, todo eso, lo quiero fuera.

—Harriet... —Su nombre sale en un susurro, puedo escuchar el dolor en mi voz y les ruego a mis rodillas que aguanten un poco más antes de vencerse—. Déjame arreglar eso, el abogado dice que si nos cas...

—No termines esa frase, no quiero escucharla —advierte—. Solo dime cuánto dinero te debo de los abogados para terminar con esto de una vez.

—¿«Esto»? —digo haciendo comillas en el aire—. ¿Te refieres a esto que sentimos?

—Sí.

—¿Es así, entonces? ¿La cosa se pone un poco difícil y planeas tirar todo por la borda? Eres una maldita cobarde.

Harriet camina hasta mí con largos pasos y se detiene a centímetros de mi rostro. Su dedo índice apuñala mi pecho.

—No soy una cobarde, debo protegerlo.

—¿De quién?! ¿¡Eh!? ¡¿De gente que quiere ayudarlo?! —devuelvo invadiendo su espacio—. ¿Qué enseñanza estás dándole a un chico que lo resguardas de todo?, ¿que vive con miedo de que su hermana desaparezca? Déjame darte seguridad y estabilidad, Harriet, déjame entrar y ayudarlos.

—No —dice mordiendo sus labios temblorosos—. Gracias por todo, pero vete.

—¡No voy a dejarte sola en este estado! —Su agotamiento físico es alarmante, sin mencionar su ojo.

—No te necesito, Bernardo, vete, quiero estar sola.

Abro la boca para seguir discutiendo, pero algo en su mirada hace que me detenga.

La angustia en ella está a punto de desbordarse y comprendo que necesite tiempo para permitirse sentir todo esto que tiene dentro.

—Vendré mañana con el abogado —digo con calma. Luego camino hacia la nevera, saco una bolsa de brócoli congelado y se la lanzo para que la atrape—. Ponte esto en el ojo.

Ella asiente y retrocede, dándome espacio para irme.

En el preciso instante en que cierro la puerta tras de mí, el sonido desgarrador de su llanto atraviesa el aire. Cierro los ojos con fuerza, luchando por contener la oleada de dolor que amenaza con arrastrarme. Cada sollozo desgarrar mis entrañas y deja un vacío abismal en mi pecho.

Todo se ha acabado.

CAPÍTULO 41

HARRIET



Hace una semana que Mason está de vuelta en casa.

Los eventos de Alex ocupan todo mi día gracias a Dios, ya que me han echado de Yen's a pesar de explicarle a Gerardo que todo había sido un malentendido.

La última vez que vi a Bernardo fue al día siguiente de nuestra gran pelea. Llegó con el abogado minutos después de que Isa llegara a casa y escuchara todo mi drama. Fuimos a buscar a Mason, nos trajo hasta la puerta del piso y se fue sin decir más.

No lo culpo, dije cosas muy hirientes ese día y, por más que muchas de ellas no las considero verdades, era mejor hacerle entender que iba en serio con respecto a mi decisión.

Preparo las cazuelas para el evento en silencio en la precaria cocina. Mason llega a casa justo al mediodía, las clases han comenzado y, por ende, la rutina.

—¿Cómo te ha ido? —pregunto secando mis manos en el delantal.

—Aburrido —dice, dejando caer su mochila al suelo, luego se sienta en la silla, sosteniendo su pómulos con el puño.

—Oye, qué sucede —pregunto sentándome a su lado.

—Nada.

—Mason, dime o me pongo a indagar como vieja chismosa.

Eso le saca una sonrisa.

—La directora quiere verte, dice que hay un colegio que está interesado en mí —sus ojos marrones miran hacia abajo, evitándome—. Es privado, con beca completa y en Palo Alto, aparentemente tienen el mejor programa de ciencias y quieren que vaya.

—¡Mason! ¡Eso es un notición! —Apoyo mi mano sobre su brazo—. ¿Qué es lo que te tiene así, entonces?

—No lo sé, está mucho más lejos que este colegio y tendría que usar el BART, y eso sería un gasto más en la casa.

Excusas.

Aquí hay algo más.

¿Qué enseñanza estás dándole a un chico que lo resguardas de todo?, ¿que vive con miedo de que su hermana desaparezca? Déjame darte seguridad y estabilidad, Harriet, déjame entrar y ayudarlos.

Las palabras de Bernardo vienen a mí.

—Sabes que podemos afrontarlo.

—No es solo eso, estos colegios demandan mucho dinero de los padres —se detiene cuando su voz comienza a distorsionarse—, no puedo ponerte más presión, Hatty, ya bastante tienes con todo lo que está pasando.

—No está pasando nada, Mason.

Mi hermano levanta la mirada y me observa con furia, haciéndome retroceder.

—¿Crees que no te escucho llorar por la noche? ¿Que no me doy cuenta de que apenas duermes? Lo de Bernardo fue una mierda, sí, pero cuando estaba en nuestras vidas, tú estabas mejor. Sonreías, Hatty, algo que ya no hacías casi, o por tristeza o por cansancio, y estabas llena de ambición; y realmente me sentía más tranquilo sabiendo que ibas a tener a alguien cuando yo me fuera a la universidad, ¡y ahora todo eso se esfumó!

—Mi trabajo aquí es cuidar de ti.

—No, no lo es, tú eres mi hermana, no mi madre.

Ese golpe hace que me levante y vuelva a la cocina a ocupar mis manos. Sujeto la esponja y recuerdo a Isa gritarme cuando me decía que no limpiara cuando me ponía nerviosa.

—Tienes razón, soy tu tutora y, por ende, mi responsabilidad eres tú, hasta los dieciocho.

—¿Por qué le dejaste? —pregunta con un tono valiente.

Encuentro a mi hermano de pie, con sus puños bien cerrados.

—¡Porque casi nos arruina!

—No, no fue su culpa, fue tuya por salir a robar, fue mía por jugar con esa cámara, fue de esa exnovia, pero no fue de Bernardo, si algo hizo fue ayudarnos desde que entró en nuestras vidas. Tú pretendes que todo esto es porque él se involucró, pero no ves lo demás. Gracias a él la feria comenzó a ir de maravilla, gracias a él has conseguido trabajo con empresas que gastan un dineral en comida, gracias a él sonreías, eras feliz y, honestamente, yo también. Bernardo se estaba convirtiendo en alguien importante para mí, alguien con quien charlar de... cosas que no puedo hablar contigo.

Es como agua fría cayendo por mi piel, de por sí helada por sus palabras.

Mis ojos están clavados en el suelo y no puedo levantarlos por la vergüenza que siento en este momento.

Sé que tiene razón, y lo que dice solo hace que me sienta más estúpida que antes; creí que había tomado esta decisión pensando en el bien de Mason, pero no es así; él también le quería y yo lo he apartado de su vida.

—Siento mucho que te sientas así, pero lo hecho, hecho está.

Cuando lo miro, solo veo decepción y lágrimas que se acumulan en sus párpados y las elimina con furia.

No puedo soportar esta imagen, por eso, me doy la vuelta y continúo con el pedido que debo hacer para mañana.

CAPÍTULO 42

MASON

Recuerdo claramente el día que encontré la cámara oculta detrás del cubo de basura. Nunca comprendí la razón por la cual Hatty decidió esconderla allí, sabiendo que era yo quien se encargaba de sacar la basura diariamente. Era tan evidente que su elección me desconcertó.

Inicialmente, pude deducir la motivación detrás de su sigilo. Hatty estaba recurriendo a medidas extremas para cumplir con las cuotas impuestas por Jada, una precaución necesaria para evitar posibles conflictos con el gobierno.

En un día de aburrimiento, la presencia de la cámara vino a mi mente. Siempre he sentido una inexplicable curiosidad por la fotografía, una pasión que ansiaba explorar y saciar. Tomé la cámara y comencé a capturar algunas imágenes, aunque solo fueron unas pocas, ya que Hatty regresó temprano del trabajo y tuve que ocultarla nuevamente detrás del cubo.

¿Culpé a mi hermana por robar una cámara? No, en absoluto. Más bien, llegué a comprender sus motivos y la respeté por ello. Soy testigo de los inmensos esfuerzos y sacrificios que mi hermana hace por mí.

Ella desconoce cuánto valoro su presencia en mi vida, y cómo su ejemplo ha contrarrestado la sombra que nuestros padres proyectaron sobre nosotros. En un mundo donde la desconfianza sería lo evidente, Hatty me ha enseñado a percibirlo con una perspectiva diferente.

Además de ella, contamos con Isadora, quien ha compartido innumerables tardes conmigo jugando al ajedrez con un set incompleto que encontramos en la calle y para el cual ella misma fabricó una torre para que eso no nos detuviera. Por ello, cuando se trata de idear un plan, recurro a ella. Su astucia y agudeza me ayudarán a idear el plan perfecto.

Misión reencuentro Bernardo/Harriet comienza ahora.

CAPÍTULO 43

HARRIET



Las oficinas de Alex ya no son un laberinto para mí. Reconozco las esquinas donde tengo que doblar para ir en busca de la asistente que normalmente está en la gran cocina donde se prepara todo para los eventos, esperándome.

Algo me llama la atención, hay un silencio ensordecedor y no me he cruzado a nadie excepto al guardia de la entrada. Según la asistente, hoy habrá un evento de sesenta personas aproximadamente, pero las oficinas están completamente vacías.

¿Quizá lleguen más tarde? Algunas empresas hacen eso de llevarse a los empleados a lugares lujosos o a vivir experiencias fuera del ambiente laboral. De todas maneras, es raro, siempre hay gente aquí, recepcionistas corriendo, hombres y mujeres hablando por teléfono o teniendo reuniones, inclusive los días que no hay evento.

Cuando llego a la cocina amplia, blanca y moderna apoyo las bolsas sobre la isla y con duda vuelvo a mirar al otro lado de la puerta.

—¿Jane? —susurro el nombre de la asistente.

No hay respuesta.

No sé qué hacer con la comida. A mí me gusta organizar todo para que se vea presentable, pero quizás el evento no empiece dentro de un par de horas.

¿Quizás esté en la oficina de Alex?

Mientras camino por esos pasillos angostos, muevo mis dedos rápidamente sobre la pantalla para avisarle dónde deje todo, cuando me choco con un cuerpo rígido.

—Oh, lo siento... —digo, y al levantar la vista me encuentro con sus ojos verdes y todo el aire se esfuma de mis pulmones—. Bernardo...

—Hola, Harriet. —Sonríe tristemente.

—¿Qué haces aquí?

Lleva una chaqueta negra y un gorro de lana que contrasta hermosamente con su piel. Sus manos en los bolsillos y un vaquero desgastado.

—Creo que hemos sido víctimas de un plan macabro y nos han citado a los dos aquí.

En ese momento suenan ambos móviles y cuando miro, encuentro un mensaje de Mason:

«Hablad».

—Creo que tienes razón, ¿qué dice el tuyo?

Levanta la pantalla y me enseña su mensaje idéntico al mío.

Bernardo rasca su nuca con un poco de nervios.

—¿Con que razón te trajeron aquí? —pregunta.

—Se supone que hay un evento, realmente espero que no me hayan hecho cocinar para nada. Vuelve a llegar un mensaje.

Lo que sobre del «evento» puedes traerlo a casa.

Bernardo espía el mensaje y se ríe.

—Bueno, parece que esa comida no se desperdiciará —añade con una media sonrisa y me río por lo bajo.



DE UN PAQUETE A MEDIO ABRIR, robamos con tenedores desechables pedazos de tartas.

Él está sentado al otro lado de la isla y hace sonidos graciosos cada vez que prueba un bocado nuevo.

—Cada día mejoras un poco más —dice con la boca llena, apenas se tapa con la mano—, no creía que fuera posible.

—¿Por mi falta de capacidad?

—No, tontis, por tu gran nivel, esto definitivamente debe darse a conocer, Alex no puede acaparar todo tu tiempo y habilidad.

Sonríó y contemplo sus palabras. Quiero preguntarle si él quiere acaparar todo mi tiempo, pero en cambio, apoyo el tenedor a un costado y junto mis manos sobre la mesa.

—Oye, quiero disculparme por las cosas que dije aquel día —digo mirando hacia abajo, ya que Bernardo detiene lo que estaba haciendo para concentrarse en mí y aún me cuesta ser su centro de atención—. No creo que tu positivismo sea barato en absoluto, si algo me dejó en claro Mason es que tú aportaste a nuestras vidas algo que claramente nos faltaba, y no era la única que estaba disfrutando de ti, él también lo estaba haciendo.

Cuando levanto la mirada, Bernardo está rodeando la isla y se detiene a mi lado. Su rostro es

pasivo y por un instante pensé que íbamos a comenzar a discutir otra vez.

No, Bernardo no es como eran mis padres, Bernardo me escucha y asiente.

—Estabas pasando por mucho estrés y estoy seguro de que la cárcel, por más corta que haya sido la visita, no puede ser algo bueno para el espíritu de nadie, entiendo que necesites espacio para...

—No necesito más espacio —digo mirándolo a los ojos, él da un paso más cerca—. Esta última semana sentí un dolor que no sentía hace tiempo...

Bernardo sujeta mi barbilla y me obliga a mirarlo otra vez.

—Harriet... —Sus ojos pasean por mis labios y se acercan con cuidado, pero se detiene en el último momento—. Quiero que sepas que Sofía dejó de ser parte de mi vida hace mucho, yo sé que ella se presentó como mi novia, pero es una mentira.

—Lo imaginé, yo confío en ti. ¿Qué pasó con ella?

—¿Qué pasó con ella? Bueno —comienza apartando el cabello de mi rostro, su contacto llena mi alma otra vez—, primero, está en juicio por hacer una falsa denuncia, tendrá que pagarte muchos dólares por haberte hecho pasar por esto; y segundo, me encargué de que su reputación terminara de arruinarse en el ambiente donde se movía. Alex colaboró para que se corriera el mensaje de que ella es capaz de hacer cosas como esa, así que tuvo que mudarse a Carolina del Norte, lejos de los medios y los ojos de California.

—¿Por qué haría algo así? ¿Ella seguía sintiendo cosas por ti?

Las manos de Bernardo reposan en mis hombros.

—No, ella no sabe lo que es un sentimiento, de lo que sí sabe es sobre el resentimiento. Se sintió humillada cuando la rechacé hace poco y siempre fue una persona vengativa. Sé que tiene un tío que trabaja en la policía y la ayudó a llevar a cabo todo este escándalo.

Asiento y bajo la mirada, pero él vuelve a levantarla apoyando su dedo índice en mi mentón.

—Cuánto extrañé tus ojos, mi Harriet —dice mirándolos con detenimiento—. Extrañé tu presencia en mi vida. Nunca sentí un vacío tan profundo como este en mi pecho y si me das una oportunidad más, quizás pueda demostrarte lo importante que eres para mí y qué tan lejos soy capaz de llegar para darte todo lo que desees.

Joder, mis ojos comienzan a humedecerse y mi garganta se comprime.

Sujeto su rostro con las dos manos.

—No necesito que me demuestres nada, ni grandes gestos de amor, solo te necesito a ti.

—Me tuviste siempre, Harriet —dice sobre mis labios.

Cuando al fin lo siento sobre mí, algo en mi cuerpo parece despertar y brillar. Bernardo me besa profundamente y me sostiene con fuerza como lo hizo siempre.

Me es difícil explicar lo que siento por él, pero cuando dice:

—Te amo, Harriet La Espía.

Nuestras frentes se unen y nuestros ojos se cierran en total paz. Yo simplemente sonrío y recojo aire para soltarlo lentamente.

Es como si Bernardo hubiera eliminado todo el daño que llevaba en mi cuerpo, todo el estrés y el miedo a transitar esta vida sola y hubiera inyectado todo el amor que siente por mí, la protección que está dispuesto a darme y la vida que visualiza para los dos.

—Te amo, PixelPoeta.

FIN.

EPÍLOGO

BERNARDO

TRES MESES DESPUÉS.

—¡Sony, tráeme esa caja! —grito en la puerta de la casa al ver una caja solitaria en medio del jardín.

Hoy es día de mudanza y los tres estamos bajando lo poco que tenían en su piso.

Compré una casa en Palo Alto, ciudad a casi una hora de donde vivía en San Francisco, pero está a cinco minutos del nuevo colegio de Sony.

Perder el tiempo nunca fue mi estilo, siempre fui impulsivo, por eso le propuse a Harriet vivir juntos los tres aquí, hasta que Mason termine el colegio y comience la universidad.

Sí, tuve que pedirlo de rodillas casi, y soltar algunas lágrimas me atrevo a confesar. Sony colaboró mucho, poniendo cara de perrito abandonado en la calle.

Así que Harriet hizo lo que tendría que haber hecho el día que se dio cuenta de que estaba enamorada de mí, llamar a Jada, informarle de la situación y comenzar nuestra vida juntos.

Por supuesto, conquisté a Jada con mis encantos y sonrisas y todo ese gen que heredé de mi padre. Le prometí que mi compromiso con los Baker no era pasajero, le dije frente a Harriet y Mason que ellos completaban la pieza que faltaba en mí para sentirme un hombre realizado, que Harriet era el amor de mi vida y que eso era indiscutible, y que pensaba casarme con ella en el momento en que ella estuviera lista.

Sony pasa a mi lado con la caja y yo juego con su pelo justo antes de cerrar la puerta.

Nuestro nuevo hogar es realmente bonito, hay espacios abiertos y luminosos, con techos altos para mí y grandes ventanales para ellos. El interior está decorado con muebles contemporáneos, algunos propios, pero la mayoría los elegimos Harriet y yo. Tuve que pelearme para que dejara de elegir el más barato y se enfocara en elegir el que más le gustaba.

Los dormitorios son especiales, como le prometí; la habitación de Sony está en la planta de arriba y está pintada y decorada acorde a sus gustos, el muchacho necesitaba tener su intimidad, yo también fui un chico de trece años en algún momento y no puedo imaginar lo que debe ser compartir una habitación con tu hermana mayor.

Nosotros elegimos la habitación de abajo, por la misma razón, intimidad, no podemos quitarnos las manos de encima. Bueno, yo especialmente, es que hay algo que se despierta en mí cuando la tengo cerca que hace que quiera apretarla contra mí y besar su cuello. El pobre Mason no tiene por qué escuchar todo lo que pasa tras la puerta.

Harriet está al teléfono en estos momentos. La encuentro sentada en la mesa de la cocina moderna y completamente funcional para su negocio. Compré los electrodomésticos de última generación y le agregamos una isla para que ella pudiera desarrollar su magia sin problemas.

Está al lado de la ventana, dejando que el sol ilumine su rostro y anotando todo en una libreta. Creo que habla con un proveedor, al parecer hay una nueva empresa interesada en sus elaboraciones y comprar al por menor ya no le sale a cuenta.

Dejo un beso sobre sus labios al pasar y abro la nevera.

—¿Quieres algo? —susurro, y ella niega con la cabeza.

Pero Mason, que entra por la puerta, dice que él sí quiere, por eso le lanzo una lata y la abre como si fuese una publicidad.

Compartimos una sonrisa con Harriet porque poco a poco se está convirtiendo en un adolescente a tiempo completo y hasta me emociona.

Como dije muchas veces, yo hubiera sido un excelente hermano mayor y eso mismo es lo que quiero lograr con Mason. Ahora tiene que afrontar todo el proceso de adaptarse a un colegio nuevo, con nuevos compañeros, la mayoría hijos de millonarios que reconozco muy bien porque yo crecí en el mismo ambiente. Estoy seguro de que va a sobrevivir y a explotar ese cerebro magnífico que tiene y a triunfar en la vida.

Cuando Hatty termina la llamada, se desploma sobre la mesa y suspira.

Todos sus suspiros son mis preferidos, inclusive cuando se irrita porque una receta no sale a la perfección.

Estamos rodeados de cajas de diferentes tamaños, cada superficie de la casa tiene objetos o cosas que no sabemos todavía dónde poner, sin embargo, en todo este caos, sonreímos los tres.

—¿Qué tal si ignoramos todo esto por hoy, pedimos unas pizzas y vemos la tele hasta que se nos cierren los ojos? —pregunto acariciando su cabeza.

—¡Sí! —grita Mason—. Yo las pido por la aplicación.

Lo escucho correr por la casa en busca de su móvil mientras me siento al lado de Harriet, la subo a mis piernas y dejo que su cabeza repose sobre mi hombro.

—Descansa un poco, mi Harriet —digo acariciando su pelo.

—Siempre dices cosas bonitas —se ríe y envuelve mi cuello con sus brazos—, y en el momento exacto en el que necesito escucharlas.

—Por eso funcionamos tan bien juntos —digo besando su frente.

—Gracias, Berny —amo que me llame así—, por esta casa, por el hombre que eres conmigo y por el amigo en el que te has convertido para mi hermano.

La abrazo con más fuerza y vuelvo a besar su frente.

—Gracias a ti por ser exactamente lo que necesitaba para ser feliz, Bandida.

BONUS 1

MASON

Al bajar del coche, los flashes ciegan mis ojos momentáneamente.

Estoy en la inauguración del segundo restaurante de Hatty y Bernardo. Los Ángeles fue elegido como el mejor lugar para formar una franquicia. Este escándalo es el resultado de mucho esfuerzo por parte de los dos. Su primer restaurante lo abrieron en el corazón de San Francisco, y en poco tiempo el local se convirtió en parada obligatoria para quienes visitaban la ciudad.

Saludo a las cámaras, abrochando mi traje y sonriendo tensamente. Lo mío no es la alfombra roja y un traje Givenchy, lo mío es una bata blanca y extensas horas en el laboratorio. Pero gracias a algunos de mis descubrimientos, mi apellido se hizo eco entre los medios.

«¿Qué se siente ser el científico más joven del mundo?».

«La droga que has sintetizado ha sido de gran ayuda para la población, ¿qué puedes decir sobre eso?».

—Estoy aquí para apoyar a mi hermana y eso es todo lo que diré hoy.

Saludo una vez más a las cámaras y sigo mi camino al restaurante.

Dentro, los invitados exclusivos disfrutan de la comida. Puedo reconocer algunas caras, hasta políticos y actores famosos, pero yo los busco a ellos.

Por supuesto, mi hermana está en la cocina, vestida de gala, pero aún sujetando el mango de una sartén para instruirle a una chica cómo terminar una pieza fundamental de su plato.

Su barriga pronunciada interrumpe sus movimientos y eso parece fastidiarla.

Me río al respecto y espero a que termine de hablar para acercarme.

—Hatty... —digo, y ella levanta la mirada inmediatamente—. Hoy es la inauguración, no deberías estar trabajando.

Ella detiene todo y camina hacia mí con los brazos abiertos.

El cariño que nos tenemos nunca se ha agotado, ni siquiera cuando me fui a estudiar al extranjero durante varios años.

—¡Qué sorpresa!

—Berny insistió —digo buscándolo en la cocina—, ¿dónde está?

En ese momento las puertas de la cocina industrial se abren y Bernardo entra vestido de traje como yo, excepto que su corbata es púrpura en vez de negra, como la mía.

Mira hacia todos lados en búsqueda de su esposa.

—¿Dónde está la embarazada?! —pregunta, y un par de personas señalan a mi hermana.

Cuando Bernardo pone los ojos sobre ella, se le desprende una sonrisa abismal en su rostro.

—Veo que ya has descubierto la sorpresa —dice dándome un abrazo—. ¿Cuándo llegaste a California?

Desde que fui contratado por uno de los laboratorios más grandes del país, vivo en

Manhattan, en un piso que no creí poseer en mi vida.

Property Group se encarga de todas mis propiedades.

—Ayer, primero pasé por San Francisco, a ver a Killian y a Bianca, deben estar al llegar.

Los padres de Bernardo fueron un gran apoyo todos estos años, se convirtieron en mi familia y no podría estar más agradecido de que me hayan tratado como a un Walker más.

Mi hermana me mira y sonrío una vez más.

—Estás tan grande, no te reconozco.

—Ya tengo veinte, Hatty, si no me veo más grande a esta edad, entonces estaríamos en problemas.

Los tres nos reímos, puedo verlos felices, amándose como siempre lo han hecho.

Yo sabía que estaban hechos el uno para el otro, por eso presioné para que nunca dejaran de intentarlo.

Mi hermana ahora cumple su sueño.

Bernardo tiene más fama que nunca por las exhibiciones que hace en sus restaurantes y encima están a punto de formar una familia.

—¿Cómo te sientes? —pregunto apoyando una mano en su barriga. Sé que no se hace, pero no puedo esperar a conocer a mi sobrino.

—Agotada, mira —levanta sus pies. Bajo el vestido de gala hay unas zapatillas negras—, prefiero esto mil veces a tener que usar tacones con mis pies hinchados.

—Ya queda poco —le aseguro rodeando sus hombros con mi brazo. Es raro sacarle casi una cabeza y media.

Realmente la extraño mucho.

Recuerdo de pequeño pasar noches enteras sin dormir pensando maneras para hacer dinero y así ayudar a mi hermana. Hoy ella está formando su imperio, su familia, y no podría estar más feliz y orgulloso de lo que han logrado en tan pocos años.

—Bandida, es hora de ir al salón. La gente de ahí fuera vino a ver mis fotos, pero sobre todo vinieron a comer tu comida. Sujétate de mí brazo.

—Está bien —dice nerviosamente, luego se enfoca en mí—. ¿Te veré luego? Tengo muchas ganas de estar contigo, ponernos al día.

—No te preocupes, mañana vuelvo a San Francisco, nos vemos por allí. —Le doy un último abrazo y los veo salir por las puertas de la cocina.

Al otro lado todo el mundo aplaude y yo me siento eternamente agradecido por las vidas que logramos después de tanto sacrificio.

Si te gustaría leer una escena extra del casamiento de Bernardo y Harriet desde la perspectiva de Killian, te invito a que le saques foto a este código QR:



O haz click aquí:

<http://eepurl.com/dBhGo9>



POSTFACIO

Lectoras, amigas, y familia:

Gracias por acompañarme en esta aventura que fue escribir a los hermanos e hijos Walker.

Me dieron la libertad de poder escribir lo que verdaderamente me interesaba decir, mostrar y expresar.

Me dieron mucha alegría durante estos años, a veces presión también, pero quiero que sepan que cambiaron el rumbo de mi vida por completo, no solo me recordaron que no debía renunciar a mis sueños, sino que llegó un punto donde les debía historias llenas de amor, enseñanzas, reflejos y momentos cochinos también, no lo neguemos.

Los hermanos Walker me permitieron tomarme esto de la escritura con más seriedad Y poder proveer a mi familia.

No los voy a olvidar nunca, Silas fue el primero que llegó a mi mente con una actitud engreída, cruda y abrumadora, luego Luca con resentimiento y dolor, Oliver con miedo y sensibilidad y Killian con un positivismo abrumador. Cada uno de ellos me dejó algo y espero que a ustedes también.

Lauren nos mostró que todo se puede a pesar de algunas desventajas. Emma trajo colores, Cala compasión y Bianca nos representó a todas.

Estoy orgullosa de estos libros y espero que los hayan disfrutado tanto como disfruté escribirlos.

No se preocupen que las siguientes historias serán igual de atrapantes o más, confíen en mí.

Jareth, Archie y Alexander llegan con corazones crueles y estoy segura de que los amarán tanto como lo hago yo.

En el mientras, voy a tomarme un tiempo para cambiar el aire, desintoxicarme de ellos y comenzar muchos proyectos nuevos que tengo en puerta.

¡Estoy muy ansiosa por contarles todos!

En cuanto pueda, se los haré saber en mis redes.

AGRADECIMIENTOS

Espero no olvidarme de nadie, pero aquí va un intento:

Quiero agradecerle a Nati, mi editora que me acompañó todos estos libros, intentando descifrar lo que quería decir y traducirlo al castellano o simplemente a una forma legible para un humano.

A Alexia por ayudarme con las portadas hermosas de la segunda generación Walker.

A Danita [danitalibros](#)

por impulsar mi libro en TikTok cuando nadie lo había dado una oportunidad.

A Yensi [yen_booklover](#)

por transmitirme su locura hermosa, dame fuerzas para seguir cuando dudaba de mis facultades en forma de audios con gritos llenos de emoción.

Gracias a mi hermana por ayudarme con las redes, los libros y por darme opiniones crudas cuando necesitaba escucharlas.

A mi marido por ayudarme a desanudar plots cuando no sabía hacia donde disparar.

A las increíbles bookstagramers de [essenslybooks](#) por la gira, son un grupo de mujeres increíbles. No puedo expresar lo feliz que me ponen cuando me devuelven sus reseñas.

¡Todas las Bookstagramers y Tiktokers que me siguen desde hace mil años, gracias por sus publicaciones, reels, Tiktoks, mensajes y reseñas! No tienen idea lo importante que es su trabajo para un escritor, sigan adelante fomentando esta locura de la lectura a las nuevas olas de chicas que llegan a este mundo.

Las quiero, otra vez, gracias por acompañarme en esta locura.

Hasta el próximo libro. ;)

ACERCA DEL AUTOR

Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace siete años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados trece libros en español y tres en inglés.



Marcia vive en una pequeña ciudad de Texas, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas, pero Marcia tiene que admitir que [Instagram](#) y el [grupo privado de Facebook](#) es donde más interactúa con sus seguidoras.



OTRAS OBRAS DE MARCIA DM

Romance Contemporaneo:

[Amor y Odio en Manhattan.](#)

[Segunda Oportunidad en Miami](#)

[Rivales en Dallas.](#)

[San Francisco Inesperado](#)

Walker Segunda Generación:

[El Color del Anhelo](#)

[El Color del Pecado](#)

[El Color del Odio](#)

[El Color del Impulso](#)

Romance oscuro

[Resiliencia](#)

[Stamina](#)

[Deber](#)

[Rage](#)

[Carter](#)

Saga King Security:

[Mentiras Robadas](#)

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

(próximamente)

Romance distopico:

[La Marca Del Silver Wolf](#)

Romance Paranormal:

[Príncipe Oscuro](#)